

Noticias

CANNADINE, DAVID: *G. M. Trevelyan: A Life in History*, Harper Collins, Londres, 1992, 288 pp.

Son varias las biografías de historiadores aparecidas en los últimos años. Que yo conozca, existen las de Marc Bloch (de Carole Fink), Toynbee (William McNeill), Macaulay (O. W. Edwards), Namier (Linda Colley), Acton (Hugh Tulloch), Hume (Nicholas Philpott), Gibbon (Roy Porter) y Maitland (G. R. Elton), las seis últimas editadas en la colección «Historiadores sobre historiadores» de la editorial inglesa Weidenfeld and Nicholson. Debe haber muchas más, pues la biografía intelectual, como la biografía general, es una clase de historia. Por lo menos, conocer la biografía de los historiadores parece imprescindible para el estudio de la historiografía. Es, además, una forma de entender nuestra disciplina y, al tiempo, de dialogar con quienes la han practicado previamente.

Probablemente, tales razones debieron figurar entre los motivos que llevaron a David Cannadine, el autor de ese libro capital que es *The Decline and Fall of the British Aristocracy* (1990), a escribir la biografía de Trevelyan. El hecho es hasta cierto punto sorprendente. Cannadine, por su vinculación a Lawrence Stone y a *Past and Present*, es un historiador social. Trevelyan fue todo lo contrario (aunque en 1944 escribiese una *Historia social inglesa*): un historiador para quien la historia era principalmente una forma de inspiración literaria.

El resultado, sin embargo, no puede ser más feliz. Ni más oportuno: además de un placer, es una obligación recuperar figuras como Trevelyan. Y digo recuperar porque, aunque sus obras se sigan reeditando en editoriales de gran difusión, como *Penguin*, los historiadores apenas leen a Trevelyan. Es una desdicha; como su tíoabuelo Macaulay, Trevelyan vino a ser el paradigma del historiador: por su distinción personal, su elegancia moral, su ecuanimidad, su brillantez expositiva, su inteligencia y sagacidad, la amplitud de sus conocimientos y su capacidad excepcional para comprender y explicar el pasado.

Ya no existen Trevelyans. Nacido en una familia de la aristocracia del prestigio y del talento (era sobrino-nieto de Macaulay, hijo de Sir George Otto Trevelyan, también historiador y ministro en varias ocasiones con Gladstone, y estaba emparentado con Darwin, Wedgwood y Keynes y, tras su matrimonio, con los Huxley); educado en Cambridge, de donde sería catedrático y presidente de su mejor colegio, Trinity (sin hacer oposiciones: Trevelyan nunca solicitó un puesto de trabajo y todos los que tuvo se los ofrecieron), Trevelyan encarnó la idea liberal del historiador. Su obra (su espléndida trilogía sobre Garibaldi; biografías de liberales como Manin, Grey y Tohn Bright; su historia de la revolución inglesa, su libro sobre Inglaterra en el siglo XIX, etc.) fue justamente una exaltación del internacionalismo liberal y del parlamentarismo británico, y una afirmación de fe en el progreso y en la libertad. Y también su vida: simpatizó con los gobiernos liberales.) y sobre todo con el de 1906-1916; educado en el evangelismo, aunque agnóstico, tuvo serios reparos morales ante la primera guerra mundial (aunque sirvió en la Cruz Roja); historiador de la Italia liberal, fue antifascista, y desde 1935, partidario de una activa política de rearme frente a Hitler; luego, desde 1945 hasta su muerte (1962), le absorbió su otra gran pasión: la defensa de la naturaleza y del paisaje (Trevelyan conocía Inglaterra e Italia a la perfección: las había recorrido andando).

Cannadine subraya que Trevelyan pensaba que el propósito de la historia era hacer al mundo moral e intelectualmente inteligible; y dice que creía que quien desconoce el pasado carece de educación como ciudadano, como intelectual y como persona. No, ya no existen Trevelyans: el especialismo de la investigación, la funcionalización de los puestos de trabajo, las ideologías historiográficas, la masificación de las universidades, la pérdida de una idea de la historia que

enfaticaba la importancia de los individuos, de las ideas y de la moral, todo ello ha acabado con ellos. Para nuestra desgracia. Por eso que me parezca tan estimable el libro de Cannadine: porque viene a indicar que lo que hay que hacer es recobrar la gran tradición historiográfica, volver a Gibbon y Ranke, a Macaulay, Michelet y Burckhardt, y, ya en nuestro tiempo, a Turner, Jaeger, Pirenne, Syme y Trevelyan.

Juan Pablo Fusi Aizpurúa

FUKUYAMA, F.: *El fin de la Historia y el último hombre*, editorial Planeta, Barcelona, 1992, 474 pp.

Si nunca segundas partes fueron buenas, Fukuyama no iba a ser una excepción. Aunque se trate de un *Harvard-boy*, el interrogante amenazador sobre el fin de la historia no ha resistido el envite de un libro; coló el artículo, distribuido generosamente por las rotativas periodísticas, pero tropieza ahora al subirse a lomos de un volumen. Derrotado el fascismo por las armas, caminando el comunismo en una vía pacífica hacia el capitalismo, el nipón-americano enterró la historia al son de *barras y estrellas* del jolgorio liberal y democrático. Se acabaron los ensayos de la revolución; la historia está echada y nada más inútil que perseguir cualquier otra posibilidad de cambio. Antes de enterrar a la historia y a la vista de algunas otras zozobras mundiales, Fukuyama ofrece como sucesores del comunismo a los nacionalismos y a los fundamentalismos religiosos, probablemente más inofensivos para él. De todos modos, la Europa poscomunista de los años noventa puede respirar tranquila: no hay animal más agradecido que el convaleciente.

Tiene el diagnóstico sus fórofos, sobre todo en la derecha norteamericana, inquieta por clausurar el período de incertidumbre originado por la creencia en un desarrollo continuo e inesperado de la historia. No recibió, sin embargo, aplauso alguno de la asamblea de historiadores; antes al contrario, la ingenua sentencia del ex burócrata del departamento de Estado USA unió a éstos en defensa de su profesión amenazada. A pesar de que hay quien está dispuesto a excomulgar a Galileo para demostrar que aquí no se mueve nada, las aulas universitarias sufrieron algún temblor. Conservadora y pesimista, la tesis de Fukuyama ha promovido preguntas sobre la conveniencia

de debatir los objetivos de la ciencia histórica. No podemos decir que haya intranquilizado mucho a la profesión historiadora, pero sí que ha puesto algunas incógnitas en la función social de la disciplina y sus oficiantes.

El conocimiento de la historia y la labor de los historiadores están desde hace tiempo bajo sospecha de inutilidad social. Una mayoría de ellos se ha refugiado en un neopositivismo exagerado, creyendo que la indiferencia hay que rebatirla con un mayor aislamiento perfeccionista y con mayores acumulaciones de hechos. Se han escondido en el almacén de noticias sin oír a Voltaire: el secreto para aburrir consiste en contarlo todo. Falso cientifismo, que deja sin afrontar un posible cambio teórico y abandona la necesidad de renovar la identidad de la historia. No es sólo que los historiadores se vuelvan cada vez más desconfiados, desconocidos e inútiles. Que apenas aparezcan en público o que no participen nunca en tareas políticas, sociales o sindicales. Ocurre, además, que en sus congresos y reuniones y en cualquiera de las actividades oficiales parecen hacer gala de ello. Los diversos simposios no son más que pulsos de datos o alardes de erudición, en los que se ocupan muy bien de ocultar los verdaderos problemas, teóricos y prácticos, los de la función social de la historia, los de la relación entre historia-enseñanza y formación ciudadana, etcétera.

La historia es el encuentro/confrontación del hombre en sociedad con la naturaleza, del que va dejando huellas humanizadas. Pero es sobre todo la explicación de la relación hombre-hombre, de sus formas sociales de dominación/liberación, de su amor/odio, y del paso de unas a otras. Y es también la crónica de sus expectativas, esperanzas de cambio y mejora. La historiografía netamente positivista olvida estas consideraciones y se aplica en exclusiva a levantar actas notariales minuciosas de los hechos del pasado, confiando vanamente en que éstos hablen por sí solos. Si hubiera sido más consistente, la concurrencia de Fukuyama podría haber descolocado al gremio de historiadores hasta obligarse a amueblar de nuevo las galerías del pensamiento y a presentar una alternativa al fin de la historia, a ese pretendido consenso sobre la democracia liberal como forma final de gobierno.

Primero fue Rostow, con *Las etapas del crecimiento*, ahora Fukuyama quien intenta dar una explicación de la evolución histórica de la humanidad, a través de un hilo que no sea la lucha de clases,

ni el mero desarrollo económico y productivo. Tras un recorrido cultural de cuatrocientas páginas, se llega a la conclusión de que el hombre nada tiene que temer, el futuro no sólo está garantizado, sino que ya está alcanzado. Las desigualdades e injusticias económicas mundiales, que a Fukuyama le hubiera gustado ocultar, son presentadas no como fruto de la estructura organizativa de nuestra sociedad, sino como herencia de un pasado liberal, con esclavitud incluida.

Documentado por el autor ya en Platón, el *deseo del reconocimiento* es el protagonista del libro: el progreso hacia la democracia responde a la necesidad de autoestima, al deseo imperioso de ser reconocido y valorado por los demás. A las dictaduras y a los regímenes autoritarios, por contra, les trae sin cuidado el aprecio popular. Fukuyama de nuevo rinde culto a la memoria y obra de dos filósofos que considera sus maestros intelectuales: Hegel y, sobre todo, Alexandre Kojève, oscuro pensador de los años treinta, que, sin embargo, habría encontrado las claves de las tesis ahora desarrolladas por el japonés de Chicago. Con tan ilustres padrinos, la teoría abandona la filosofía para refugiarse gustosa en la psicología política americana, de la que extrae reflexiones sobre la competencia, eficacia y necesidad de aplauso.

Poco más se dice en el libro. Muchos nombres, unos más repetidos que otros: Marx, Nietzsche, Newton, Hobbes, Maquiavelo, Tocqueville y una larga retahíla no exenta de apellidos españoles, Felipe II, Cortés, Pizarro, Adolfo Suárez y Juan Carlos I. En muy pocos pasajes los árboles permiten ver el bosque, pero en muchos se adivina el ambivalente pesimismo del autor que echa mano de Nietzsche para retratar al hombre del final de la historia como un ser carente de sentido trágico y dignidad. Algún remedio se puede rastrear, no obstante, al desasosiego y vaciedad del confort burgués alcanzado; la cohesión comunitaria aparece como salvavidas de esta burguesía cansada. Creando comunidades patrióticas, religiosas, políticas, lúdicas... no se sabe muy bien cuáles, el insatisfecho burgués del final de la historia sacude la pereza y exhibe lo mejor de sí en un loable impulso de autosuperación.

¿Cómo explicar, pues, el eco del libro, cuando sus propuestas —no la oda al liberalismo político y económico— son un amasijo ambiguo de divagaciones demagógicas y elitistas? Cuando ni la propia noción del fin de la historia ofrece originalidad alguna, después de que Marx predicara el término del desarrollo histórico simultáneo a la implan-

tación de la utopía comunista. Quizás el revuelo se ha producido porque la historia, que desde Kant se atrevía a pensar, estaba ahora sumida en la fiebre de lo menudo o lo erudito. La historia había dejado de ser un conjunto activo de conocimientos para convertirse en puro batiburrillo de datos inservibles.

Por mucho que divague Fukuyama, el historiador sabe que el deseo de cambio es el gran artífice de la historia y que las transformaciones políticas de unos pocos países europeos no permiten festejar modificaciones espectaculares del eje de la tierra. Después de varios milenios de intentarlo sólo una persona de cada cinco cuenta, hoy, con las condiciones materiales y culturales suficientes para desarrollarse íntegramente: la gran mayoría está condenada a morir antes de tiempo. Más que al *deseo de reconocimiento* la historia deberá su vida a la utopía. En *Debates por una historia viva*, los historiadores de Deusto insistieron en la urgencia de recuperar la utopía, entendida ésta como ideal de mejora y camino hacia la perfección relativa. Las utopías que se esgrimen a las puertas del siglo XXI nada tiene que ver ni con el optimismo ingenuo de los renacentistas ni con el ensueño del socialismo; ahondan sus raíces en las imperfecciones del presente y ponen su esperanza en la posibilidad humana de cambio futuro. Una larga trayectoria de frustraciones y desengaños las ha hecho más terrestres y menos etéreas, más continentales y menos insulares. Del fondo común del pensamiento racional nace el deseo de transformación que emparenta con la utopía, así concebida.

Desde el poder, legiones de Fukuyamas pretenden asesinar la utopía, haciéndonos creer que vivimos en el mejor mundo posible. Sólo habrá acabado, en verdad, la historia cuando consigan matarla. En el medioevo europeo, la utopía política fue el sacro imperio; después de la revolución burguesa, los ideales se afiliaron a la libertad, la utopía por antonomasia. Prendido el credo socialista, el sueño se encarnó en la igualdad y los que, en la actualidad, bailan ante la pira del comunismo fanfarronean con otra utopía, la democracia. Pues bien, nunca hubo en la historia ni cristiandad universal, ni verdadera libertad, ni igualdad completa, ni mucho menos ese poder del pueblo que dicen ofrecer las democracias, acunadas por la abstención y el escepticismo. Todas han sido grandes utopías. ¿Por qué tirar la toalla y no poner, como hasta ahora, la meta en lo imposible?

Fernando Garda de Cortázar

MOHADIELLOS, ENHIQUE: *Las caras de Clio. Introducción a la Historia y a la Historiografía*, Universidad de Oviedo, Oviedo, 1992, 172 pp.

Concebido como «una exposición breve de los fundamentos científicos de la Historia como disciplina académica y del desarrollo de la tradición historiográfica desde sus comienzos hasta finales de la década de 1980» (p. 9), este breve libro responde, según su autor, a un propósito *modesto y ambicioso a la par*. Dada la naturaleza del asunto, bien se comprenderá que hay en él más de ambición, sana ambición, que de modestia.

E. Moradiellos es un buen conocedor de la historiografía británica (su docencia e investigación en Londres junto al hispanista Paul Preston ha contribuido lógicamente a ello), de la cual se ha servido a fondo para construir estas *instrucciones de uso* en historiografía. Resulta de ello un panorama eminentemente abordado desde el mirador anglosajón, en una retrospectiva que se abre de vez en vez, y periféricamente, a debates procedentes en especial de la historiografía alemana, de la más reciente en particular, y, sólo de modo indirecto, de la francesa.

y es éste, en su conjunto, un resultado muy apreciable, a mi entender. Por dos razones al menos: la más inmediata, la utilidad de esta pequeña obra como libro compacto de iniciación al estudio del saber histórico y a sus corrientes. No a todas por igual, sin embargo, ya lo hemos dicho: la casi total ausencia de la historiografía francesa ha de ser señalada, a mi modo de ver, y si bien sé que no es ello casual (el autor combate vivamente cualquier intento de fragmentación explicativa, y los franceses la practican últimamente hasta el exceso), resulta un tanto injusto ese total vacío, salvo las referencias obligadas a Fustel de Coulanges, en un extremo, y a Paul Veyne, en el otro, pasando rápidamente bien por Langlois y Seignobos o bien por los más significativos miembros de los *Annales*, o incluso recogiendo aspectos críticos a esta corriente, tal y como la enfocan a su vez los británicos L. Stone o D. Cannadine. (Después volveremos sobre este aspecto, que halla su explicación más honda en la postura adoptada por el autor frente al conocimiento histórico y sus supuestos, tanto de orden epistemológico como político y moral.)

En segundo lugar —y esto tiene que ver con lo inmediatamente antedicho—, pienso que este libro ha de ser valorado positivamente

por el esfuerzo que realiza E. Moradiellos -desde el principio del volumen y al tiempo que combate con fuerza toda posible tentación de abordar epistemológicamente la Historia desde los inseguros andamiajes del positivismo lógico- por defender la *crítica racional* en nuestra disciplina, llegando explícitamente a pronunciarse a favor de una *Historia general* construida «sobre una síntesis en la que se establezcan relaciones causales, inmanentes y significativas entre (...) el trabajo, la dominación y la cultura» (p. 130). No siendo por desdicha frecuente, en nuestro gremio, definiciones tan claras a propósito del asunto que nos traernos entre manos, y sin necesidad de compartir hasta el extremo con el autor de esas palabras defensa tan intensa de la causalidad en Historia, hay que poner, sin embargo, de relieve la coherente construcción del texto que me ocupa en torno a esos pilares.

Es por eso también por lo que, y no en menor orden de importancia, merece la pena darse cuenta aquí de este trabajo, ya que su autor acomete con madurez la tarea de dejar sin argumentos a todos cuantos en esta profesión -y no sólo dentro de nuestras fronteras- desprecian o descuidan la incidencia sobre sus «naturales» quehaceres empíricos de las reflexiones de método e, igualmente, de las relativizaciones a que nos obliga, siempre, la historia de la historiografía.

Elena Jernández Sandoica

BELOFF, MAX: *An Historian in the Twentieth Century. Chapters in Intellectual Autobiography*, Yale University Press, New Haven y Londres, 1992, 138 pp.

Desde que antes de la segunda guerra mundial el joven Beloff lograra una plaza de profesor en la Universidad de Manchester hasta su nombramiento como Lord ha transcurrido una apasionante carrera de historiador. Judío, hijo de emigrantes rusos, pasó a engrosar la nutrida lista de intelectuales no plenamente británicos vinculados, de una u otra manera, al poder político. Tradicionalmente, Whitehall fomenta seminarios e investigaciones sobre ternas de actualidad con el fin de llegar a conclusiones generales en las que enmarcar su política. Centros como el Royal Institute of International Affairs, Chatham House y otros de semejante importancia vienen cumpliendo este ob-

jetivo semioficial con indudable éxito. Por ellos ha desfilado lo mejor de la Universidad británica y en ellos destacó la entonces poco conocida figura de Beloff. De Manchester pasó a la cátedra de Gobierno en Oxford, y de allí al rectorado de la recién creada Universidad de Buckingham y a los Lores.

¿Por qué nunca pudo trabajar sobre la III República Francesa, el tema que realmente le interesaba? ¿Por qué redactó obras todavía clásicas sobre la política exterior soviética, el sistema de gobierno norteamericano o la política contemporánea británica, cuando esas cuestiones no eran su principal preocupación intelectual? La respuesta a estos interrogantes nos lleva al tema favorito de Beloff: las instituciones. Whitehall, Oxford... son pilares de un sistema político donde gobierno y Universidad conviven y colaboran estrechamente, sin recelos, entendiendo cada parte cuál es su posible papel. Tras la guerra, Londres necesitaba saber más sobre las nuevas potencias, requería bases para una política a largo plazo y esa tarea incumbía a la Universidad y, en especial, a Oxford. Beloff fue uno más de los jóvenes y prometedores historiadores que dio un giro a su carrera para dar respuesta a esas demandas.

Para aquellos profesionales interesados en Gran Bretaña y en su historiografía, estas breves y bien escritas memorias resultarán mucho más que una agradable lectura.

Florentino Portero

DUBY, GEORGES: *La Historia continúa*, Ed. Debate, Madrid, 1992.

En 1977 se publicó un libro del historiador francés Jean Chesneaux, cuyo título, *¿Hacemos tabla rasa del pasado?*, respondía a una profunda y provocadora reflexión «a propósito de la historia y de los historiadores». Estaba escrito, según advertía el autor, «por un profesional (in)confortablemente instalado en su cátedra y su situación» y, desde esta posición fronteriza, se preguntaba, por ejemplo, qué lugar ocupa el saber histórico en la sociedad; si actúa en favor del orden establecido o contra él o si es un producto jerarquizado que desciende de los especialistas a los «consumidores de historia» a través del libro, la televisión o el turismo...

No son muy abundantes los historiadores que ofrezcan al lector una reflexión sobre su propio oficio o que traten de comunicar su tra-

yectoria profesional. El libro que aquí presentarnos responde a esta doble exigencia, aunque el título podría sugerir otro tipo de planteamientos más arriesgados.

En efecto, *La Historia continúa*, de Georges Duby, no sugiere ninguna innovación teórica ni pretende introducirse en el reciente y cacareado debate del «fin de la Historia». Sólo se propone «hablar de manera sobria y familiar de mi oficio y del camino que hemos recorrido, pues nosotros los historiadores, junto con los especialistas de las demás ciencias humanas, hemos ido todos al mismo paso». Sin embargo, es fácil advertir que la posición de partida de Duby es muy distinta a la de Chesneaux. Su actitud responde más a la de un historiador satisfecho de su oficio y de su escuela y orgulloso de su trayectoria profesional. No pone en cuestión nada ni arriesga nada. Leyendo sus páginas se podría evocar la imagen de un hombre de setenta y tres años, sentado confortablemente ante el fuego de una chimenea, rememorando los felices años de aprendizaje, de sus visitas a los archivos o manejando los documentos de Cluny y de lo mucho que le han ido aportando sus grandes maestros de la escuela de los *Annales*. Y en efecto, como él mismo señala, «esta historia no es sólo mía. Es, a lo largo de cincuenta años, la de la escuela histórica francesa». Desde esta perspectiva, el libro se justifica por sí mismo. A lo largo de sus páginas, escritas con amenidad y cierta elegancia de estilo, el lector puede seguir la andadura de un historiador que inició su despegue en 1942 al comenzar su tesis doctoral, hasta convertirse en un medievalista de reconocido prestigio. Sus obras han alcanzado una gran difusión, desde *El año mil*, *La Europa de las catedrales*, *Guerreros y campesinos* o *San Bernardo y el arte cisterciense*, entre otras. Y hay que agradecer a Duby su esfuerzo, sin duda generoso, por comunicar sus experiencias, sus contactos con otras disciplinas y las inquietudes metodológicas que le han ido acompañando a lo largo de sus investigaciones. Todo ello ha conformado una obra coherente que le llevó, a partir de la Geografía, al estudio de la tierra, los campesinos y el paisaje de una región francesa, para analizar después la estructura social, los valores caballerescos, la Nobleza y la Iglesia, hasta introducirse en el estudio del arte cisterciense, las mentalidades y el papel desempeñado por las mujeres en un mundo esencialmente masculino. Todo un universo medieval que ha conseguido atraer la atención de un amplio y heterogéneo público de finales del siglo XX.

FONTANA, JOSEP: *La Historia después del fin de la historia*, Editorial Crítica, Barcelona, 1992.

Sin abandonar las referencias teóricas y metodológicas de su obra anterior (*Historia, Análisis del pasado y proyecto social*), y desde un compromiso crítico que le ha llevado a combatir las deformaciones de un marxismo «escolástico», J. Fontana nos ofrece ahora un pequeño volumen —*La Historia después del fin de la historia*—, cuyo punto de partida «debe ser el fracaso de las expectativas que se habían depositado en formas elementales y catequísticas del marxismo como alternativa a la enseñanza y a la investigación tradicionales»,

Por otro lado, identificar el hundimiento de la experiencia soviética con el fracaso de la teoría y el método marxista, sería confundir el curso de la historia con el de la ciencia histórica. Y es en este terreno donde se sitúa Fontana para examinar qué ha pasado *después del fin*: una situación de desconcierto ante el hundimiento de una vieja fe, que ha dado lugar a sorprendentes conversiones y que ha dejado a muchos de los que se sostenían arrimados a las andaderas de un marxismo catequístico. Pero, como señala el autor, la primera reacción que suele suscitar la crisis de una fe es, generalmente, el escepticismo:

Lo cual significa, en este caso, la desconfianza ante cualquier planteamiento teórico, que puede muy bien traducirse en formas de positivismo enmascaradas de posmodernidad, en un eclecticismo superficial o en una sensación de que lo que necesitamos es cambiar con frecuencia de bagaje metodológico, renovándolo de acuerdo con las modas de cada temporada.

Con un extraordinario acopio bibliográfico, Fontana recorre el campo de la historiografía actual y, frente a un panorama de fragmentación y confusión, su propuesta es la de recuperar las señas de identidad de una historiografía crítica: la *globalización* y la *politicización*. Es decir, «superar las consecuencias del fraccionamiento cientifista que nos está conduciendo a investigar minucias carentes de relevancia fuera del ámbito estricto de la profesión». Y, por otro lado, «la necesidad de comprender que detrás de toda interpretación histórica hay siempre una *política* y que conviene que seamos conscientes de este contenido *subyacente*, en lugar de limitarnos a transmitirlo inadvertidamente, como solemos hacer».

Pero la reflexión de Fontana va más allá de un cambio metodológico, porque «hemos de ser conscientes de que lo que se está desmoronando a nuestro alrededor es mucho más que un estilo de investigación o de docencia». Desde esta consideración, el autor afronta esta *Historia después del fin* con la necesaria percepción crítica a que obliga un presente cargado de incertidumbres, de amenazas renovadas de fascismo y de unos abismos de desigualdad y empobrecimiento aterradores. Y aquí, sin duda, estamos rozando otro terreno en el que aquella visión de la historia como una invencible marcha hacia el progreso ha hecho aguas. De ahí también la necesidad de preguntarse si podemos seguir manteniéndola como base para nuestra enseñanza de la historia.

Al final de sus reflexiones y ante un presente que se nos manifiesta como resultado de esa idea lineal de la historia hacia el progreso, cabría plantearse -según la propuesta de Fontana- eliminar esa «vía única» que ha sustentado nuestra teoría de la historia: aprender a pensar el pasado en términos de encrucijadas a partir de las cuales eran posibles distintas opciones y evitando admitir sin discusión que la fórmula que se impuso fue la única posible o la mejor. Y, por otro lado, el recurso de un método que procedería «arrancando sus objetos de estudio de la continuidad histórica» y que tendría como objetivo central «colocar el presente en situación crítica», en el centro de nuestras preocupaciones.

Esperanza Yllan Calderón

«Historiografía contemporánea reciente», en *Historia contemporánea*, 7 (1992), Departamento de Historia Contemporánea, Universidad del País Vasco.

La afirmación de la falta de reflexión historiográfica en España es un tópico que afortunadamente se bate en retirada. Buena muestra de ello lo constituyen los artículos recogidos en este número de la revista que el escaso margen de que dispongo me obligan a reseñar muy sucintamente. El volumen se centra en un bloque monográfico dividido en tres apartados. El primero presenta tres balances dedicados a sendas historiografías europeas: la francesa a cargo de F. Dosse, la alemana por W. L. Bernecker, centradas ambas en las obras aparecidas a partir de 1950, y el de R. Samuel sobre «la lectura de

los signos» en la británica. Son tres artículos sugestivos y ricos en información, donde se constata la persistencia de una limitación endémica en la historiografía española: la falta de trabajos trascendentes, de investigación o interpretativos, sobre temas no estatales. Ninguno de los trabajos citados en los tres artículos es de autor español, cuando sí aparecen hispanistas de diversa entidad en los otros balances.

El segundo apartado, de seis artículos, analiza distintos aspectos del contemporaneísmo español. J. Aróstegui traza el balance, un tanto pesimista, sobre los estudios dedicados al franquismo, con reflexiones sobre la esencia del régimen y con valoraciones de las principales líneas de investigación, al paso que señala las lagunas más evidentes. C. Forcadell analiza la historiografía sobre los movimientos sociales, que con toda razón diferencia de la historia social, señalando el retraso en este campo respecto a Europa, derivado de la falta de una formulación teórica que genera a su vez un desajuste analítico. Forcadell señala la existencia de una tradición rota por y bajo el franquismo, reivindica las obras de los pioneros y valora las principales aportaciones secuenciales de los dos últimos decenios. En cierta medida se complementa este artículo con el de J. Canal que analiza el contenido de la sociabilidad y las razones de su escasa penetración en España, dando noticia de los escasos ejemplos. J. G. Beramendi hace el balance de las grandes líneas investigadoras sobre los nacionalismos en España a partir de 1980 y señala los riesgos teóricos que deben superar estas investigaciones para evitar el estancamiento. Conviene destacar que Beramendi, a diferencia de otros balances sobre el tema, dedica una notable atención al españolismo militante, o encubierto, y su bibliografía. J. C. Pereira analiza las diferencias entre relaciones internacionales y política exterior de un Estado, poniendo un énfasis especial en las aportaciones bibliográficas españolas. Si todos los artículos precedentes se refieren a aspectos conceptuales sectoriales, B. de Riquer reflexiona sobre el momento actual de la historiografía catalana, abundando y matizando anteriores planteamientos suyos.

Cuatro artículos analizan la historiografía vasca. J. L. de la Granja reconstruye el camino seguido desde la «literatura histórica», anti y filonacionalista, hasta la consolidación, reciente, de una auténtica historiografía sobre el nacionalismo. R. Miranes presenta el balance de las aportaciones sobre el movimiento obrero. J. Agirreazkuenaga analiza la «construcción de la tradición historiográfica vasca» en un

combativo artículo que es replicado por M. Montero, iniciando así lo que puede ser una interesante polémica sobre los fundamentos tradicionales de la historiografía vasca.

Tres importantes aportaciones, al margen del sumario monográfico, cierran la revista. A. Herbosa nos introduce en el conocimiento del uso del euskera en las instituciones forales del siglo XIX. X. M. Núñez analiza y contextúa un interesante memorándum, del sector filonazi de *Nosaltres 8ols!* (el micropartido catalanista radical), enviado a las autoridades alemanas en 1936. Finalmente J. M. Thomas publica las actas inéditas de la Junta de Mando de la Falange en la crucial etapa de diciembre de 1936 a marzo de 1937.

Pere Anguera

TILLY, CHARLES: *Coerción, capital y los Estados europeos, 990-1990*. Trad. de Eva Rodríguez Halfter, Alianza Editorial, Madrid, 1992, 378 pp.

Síntoma del ya antiguo, luego perdido y últimamente renovado interés por los orígenes de los Estados modernos, este último libro de Charles Tilly se propone responder a dos preguntas ingentes, imposibles: cuál es la causa que explica la gran variación de tipos de Estado en la historia de Europa y por qué, al final, todas esas formas convergen en el Estado nacional. Con este tipo de pregunta, y con la respuesta sistemática y abstracta que ofrece para dilucidar ambas cuestiones, Tilly se sitúa de nuevo en ese terreno a caballo entre la historia y la sociología que, por fin, parece abrirse paso también entre nosotros, aunque de momento no más que a base de traducciones. Moore, Anderson, Mann, McNeill, Wallerstein, Skocpol son nombres afortunadamente familiares entre nuestros historiadores, quizá en algún caso más que entre los sociólogos. No es casualidad que el editor, al ubicar este libro, haya preferido la colección de historia a la de sociología.

En Tilly, el interés por la formación del Estado ha sido constante desde, al menos, *The Formation of National States in Western Europe* (Princeton University Press, 1975), inexplicablemente no traducido al español. En su personal contribución a ese volumen, Tilly ofrecía entonces una explicación de la formación de los Estados europeos según un patrón único: la guerra y los preparativos para la guerra ha-

brían forzado a los monarcas a extraer crecientes recursos que daban lugar al desarrollo de burocracias y a una mayor coerción sobre la población, lo que a su vez incrementaba de forma permanente el aparato fiscal y el tamaño del Estado. La guerra aparecía así como el factor esencial en la formación del Estado al constituirse el primer eslabón de la cadena que, cerrándose sobre sí misma, conducía por idéntico camino hasta los Estados actuales.

La novedad de esta nueva reflexión no consiste en reducir el papel de la guerra y de sus preparativos en la formación del Estado, sino en admitir que a partir de esa lógica pueden explicarse todas las diferencias en la forma de Estado y en reconocer, por tanto, el error de haber atribuido a un proceso único y unilineal lo que debía ser producto de algo más que de la simple lógica militarista. Tilly renueva, más que niega, esa visión situando ahora la formación de los diversos tipos de Estado como resultado de la confluencia de dos lógicas diferentes que explicarían, por una parte, las varias formas de Estado y, por otra, su homogeneización final en la forma de Estado nacional.

Dos lógicas que se entrecruzan: la primera recibe el nombre de intensiva en coerción, la segunda es la intensiva en capital y el cruce será la coerción capitalizada. El Estado no surge ya como producto de la pura lógica de acumulación y concentración de la coerción, sino de la cambiante relación que se establece entre la coerción y la acumulación y concentración del capital. Amante como es de los cuadros de dos y tres dimensiones, de los relieves y sombreados, Tilly distribuye los múltiples tipos de Estado hacia las esquinas o hacia el centro de sus cuadros según la acumulación y concentración de coerción o de capital sean altas o bajas, pudiendo darse una acumulación alta y una concentración baja, o al revés, o ambas altas o ambas bajas; de sólo coerción o de sólo capital o de ambas: ya se puede imaginar la variedad de situaciones que finalmente tienden a la unidad. La ciudad entra entonces a complicar la explicación, pues ella ofrece el espacio propio de acumulación y concentración de capital y, por tanto, de residencia de la coerción capitalizada.

Si el anterior planteamiento de Tilly era una versión modernizada de la vieja teoría militarista de origen del Estado, este nuevo parece un intento de incorporar a la teoría militarista -**la coerción**- algún elemento de la teoría marxista -**el capital**- en el sentido de que el Estado dependería, induso para hacer la guerra, de los recur-

sos que aporten las clases dominantes. Si la anterior tesis podría resumirse diciendo que sin guerra no hay Estado y sin aparato fiscal no hay guerra, ahora la relación entre guerra y Estado se presenta mediada por los recursos de capital que pueden movilizarse. En definitiva, las distintas formas de Estado, y las distintas fases de su desarrollo histórico -cuatro: patrimonialismo, «brokerage», nacionalización y especialización- dependen de la diferente interacción de la coerción y del capital en el marco de las ciudades. Pero, al final, no se puede evitar la impresión de que, en Tilly, lo que de verdad importa es la guerra. No que el Estado no haga otra cosa que guerrear, sino que sin guerra no habría alcanzado el tamaño actual ni su dedicación, más bien reciente, a otras labores menos destructivas.

Santos Juliá

Nueva historia de las ideas políticas, dirigida por Pascal Ory, Mondadori, Madrid, 1992, 483 pp.

Cuarenta y dos colaboradores participan en la redacción de esta obra, a los que hay que añadir un colofón a cargo de René Remond. Número tan grande de redactores hace imposible un planteamiento de fondo verdaderamente común. Esta pléyade de expertos ofrece, sin embargo, la posibilidad, bastante aprovechada, de trazar cada corriente de pensamiento o cada autor del modo más matizado e incisivo, dentro del gran esfuerzo de síntesis que caracteriza todos los trabajos que la componen.

El libro, cuyo interés se concentra en las ideas políticas de los siglos XIX y XX, tiene un comienzo excelente con la apretada síntesis de la herencia del pensamiento de la Antigüedad clásica y la Edad Media, cuyos aspectos resultan más pertinentes para la época contemporánea, a cargo de Bertrand Badié. Las varias colaboraciones de Jean Marie Goulemot sobre el absolutismo y la génesis del liberalismo, así como sobre el pensamiento utópico y el Despotismo Ilustrado en el siglo XVIII, son de una brillantez y agudeza dignas de ser resaltadas.

Como es inevitable, este tono no se mantiene siempre, y suele decaer cuando el sentido crítico no acompaña lo suficiente a la exposición de un autor o una corriente que puedan considerarse suficientemente conocidos. Es el caso, por ejemplo, de Marc Régaldo, que

cuenta cosas interesantes sobre los girondinos, entre las facciones políticas de la Revolución francesa, pero cuya capacidad de matiz no puede evitar que el lector, cuando lee su capítulo sobre los jacobinos, eche de menos la mención, al menos, de la política del Terror y su significado. Tampoco posternarse ante la supuesta grandeza intelectual de Hegel suele conseguir otra cosa que hacerlo ininteligible. Sobre todo cuando faltan referencias imprescindibles para calibrar esa supuesta magnitud fuera de lo común: el pensamiento de dos figuras claves de la Ilustración: Hume y Kant.

En este punto es oportuno poner de relieve la objeción más general y más importante que puede hacerse a la obra en conjunto: una tendencia *alfrancocentrismo*, insuficientemente contrapesada por salidas al exterior, como puede comprobarse ampliamente al consultar la bibliografía que acompaña cada capítulo, la cual, por otra parte, no siempre ofrece la fecha original de las obras de los autores estudiados (caso de Benjamín Constant, por ejemplo).

Como es lógico, al tratarse de los siglos XIX y XX, liberalismo y socialismo concentran la atención, si bien los diferentes autores parecen estar más familiarizados con las interioridades y vicisitudes del segundo que del primero. Los capítulos dedicados al socialismo llamado utópico y a la izquierda hegeliana están mejor logrados que los referidos al pensamiento de Marx y Engels. En lo que se refiere a los padres del socialismo científico, el afán por reflejar con toda su complejidad el pensamiento de ambos (y también sus diferencias), no logra evitar el aburrimiento de la vulgata. Se agradece, por ejemplo, el espíritu crítico de que hace gala Daniel Lindenberg cuando estudia la relación entre el marxismo y la clase obrera y su desarrollo en la época de la Segunda Internacional, junto con el debate revisionista. Algo parecido ocurre con el bolchevismo y la Revolución rusa. El claro perfil ideológico de Lenin trazado por Dominique Colas, hace imposible el planteamiento de falsos problemas como la supuesta desnaturalización de los ideales revolucionarios bolcheviques por Stalin.

Muy satisfactorios resultan los apartados sobre el fenómeno fascista (Philippe Burrin) y, sobre todo, el dedicado al hitlerismo, a cargo de Louis Dupeux. De este último llama la atención la manera de diferenciar el caso alemán del italiano, y su interpretación del hitlerismo como interpretación racista de la tradición *volkinsch*, proveniente de los tiempos de la resistencia antinapoleónica.

Es posible que el lector se pregunte en qué consiste la novedad de esta historia de las ideas políticas que da título al volumen. En Í-

neas generales, viene de que se presta más atención a las corrientes ideológicas que a los autores aislados y a la suerte, a veces paradójicamente, que corrieron las ideas de éstos al convertirse en bandera de movimientos políticos. La aportación más interesante en este sentido es el análisis de la sorprendente conversión de la sociología de Augusto Comte, desprovista de su vertiente política autoritaria, en fundamento de la evolución liberal y reformista del grueso de los republicanos franceses, forjadores de los valores y objetivos democráticos de la Tercera República en aquel país (Pierre Bouretz y Pascal Ory). Otro ejemplo es el de la formulación de una política católica compatible -que no lea1- con la democracia representativa, a raíz de la encíclica *Rerum Novarum* (Catherine Brice). La concentración mayor de este tipo de novedades se halla, como es lógico, en la segunda mitad del siglo XX. Entre las más logradas figuras, en mi opinión, los análisis del auge y la crisis del keynesianismo (Elie Cohen), las actitudes ideológicas del Mayo del 68 francés (Jean-Pierre A. Bernard) y las críticas del totalitarismo (Pierre Birbaum). Otros, por el contrario, resultan unilaterales porque ignoran las tendencias que contradicen su argumentación. Es el caso del referido a Franz Fanon, de espaldas al fracaso abrumador de los regímenes poscoloniales en África, o la marcha triunfal que constituye el análisis dedicado a la liberación del sexo, para el que no existe el sida.

A quien sostenga la opinión de que el ser social determina la conciencia y dicho ser consiste en la «dialéctica» de las fuerzas productivas y las relaciones sociales de producción, los planteamientos de este libro no le agradarán cuando entienden que las crisis ideológicas anticipan, a veces, las de la economía y las de la política. Quienes consideren, por su parte, que las ideas se explican ante todo por las ideas y, en este caso, por su relación con los procesos políticos (entre otros factores posibles), echarán en falta, tal vez, una atención mayor a la influencia política de las ideas científicas, asunto que se considera únicamente en el caso Darwin, pero no en el de Newton ni en el de Einstein. Y, como señala René Rémond en sus atinadas consideraciones finales, también la de las ideas y sensibilidades religiosas, de tanto peso, en ocasiones, para explicar comportamientos políticos. (Por ejemplo, el electoral en Francia hasta muy recientemente.) Ahora bien, y como se decía al principio, un mayor número de referencias aumentaría las piezas del mosaico y el tamaño de éste, aunque no por eso se convertiría en pintura.

Luis Arranz

BERLIN, ISAJAJI: *El fuste torcido de la humanidad. Capítulos de historia de las ideas*, Península, Barcelona, 1992, 268 pp. Prólogo de Salvador Giner.

Bajo un título atractivo como éste (un aforismo kantiano lo respalda), he aquí un bloque compacto de textos sobre *historia de las ideas*, compuestos por Berlin en fechas alejadas entre sí (de 1959 a 1988) y recopilados en la primavera de 1990 por su editor inglés, Henry Hardy, quien se esforzaba de esta manera en completar una representativa edición de los ensayos del filósofo, politólogo y moralista.

La pieza central del volumen es, sin duda alguna, el ensayo más antiguo de todos, escrito a finales de los cincuenta y publicado ahora, con retoques, por primera vez. Se trata de una sugerente indagación sobre Joseph de Maistre (pp. 103 y ss.), considerado por Berlin como un temprano visionario del fascismo, como un angustioso imaginador del horror totalitario más que como un común *reaccionario*, entendido a la manera convencional. En un mundo dominado por la visión romántica de las cosas -viene a decir I. Berlin-, resulta Maistre ser «la antítesis misma del alma melancólica germánica», partidario a ultranza como fue del clasicismo, en su conjunción trinitaria con las ideas de monarquía e iglesia.

No sería J. de Maistre, pues, algo así como «la última tendencia desesperada del feudalismo y de los siglos oscuros para detener la marcha del progreso» (visión que nos es común a la mayoría), sino -muy al contrario- alguien que se adelanta a su tiempo, para volver crispado la mirada hacia atrás, espantado él mismo por lo que acababa de *imaginar*. Nadie entendió, en su tiempo, sus profecías doloridas, y ojalá el siglo XX -se lamenta Berlin- nunca le hubiera dado la razón.

Nadie puede negar, a mi juicio, a Sir Isaiah Berlin la brillantez de su prosa y lo agudo de su intelección de los procesos del pensamiento occidental. Este texto, cuya lectura atrae con fuerza inusual, constituye un ejemplo excelente de su modo lógico de construir: combinación constante de apelaciones a la emoción y exactas (o medidas) andanadas contra el positivismo, el determinismo y el racionalismo cientifista, en cualquiera de sus diversas formas. No sobran, por eso, las reiteradas introducciones de elementos teóricos en la con-

formación del relato, que tanto complacen a Berlin, porque éstas consiguen devolver al lector a un ritmo más pausado, por conocido. Otra cosa es, a mi modo de ver, que Berlin consiga convencernos de modo concluyente de que sus muy sugerentes hipótesis son, en efecto, válidas. La demostración no le interesa tanto, seguramente, como el combate de método que le precede, y ello puede inducir al lector interesado (bienvenido sea este ejercicio) a volver sobre el texto para tratar de completar, si es que fuere posible, la tarea que Berlin ha dejado inconclusa. Hay quien interpreta estos efectos, sin embargo, como originados en una «consciente ambivalencia» del pensador.

Aúna sin embargo el volumen (poco necesitado de artificiosos empastes, por otra parte: el anclaje del pensamiento de Berlin en torno a su idea de *libertad* es inamovible) el ensayo que aparece encabezando la edición («Sobre la presunción del ideal», pp. 21-37). Es éste uno de los más recientes ensayos aquí recopilados (1988) y aquel en el que, de modo más explícito, se recuerda la advertencia de Immanuel Kant —al parecer, tamizada por Collingwood—: «Con madera tan torcida como de la que está hecho el hombre, no se puede construir nada completamente recto». Defensa apasionada del pluralismo, a la vez que diatriba feroz contra las rigideces del racionalismo y el método común en las ciencias físico-naturales, este texto de Berlin reta una vez más al lector a hacer uso de sus propias capacidades de elección.

Sólo por eso, ya merecería la pena ser leído.

Elena Hernández Sandoica

HOBBSBAM, E. J.: *Los ecos de la Marsellesa*, Ed. Crítica, Barcelona, 1992.

Cuando ya han desaparecido de los escaparates de las librerías los numerosos títulos que se sumaron en 1989 al bicentenario de la Revolución francesa, E. J. Hobsbawm nos ofrece una rigurosa y oportuna reflexión sobre aquel acontecimiento en el que «la combinación de la ideología, la moda y el poder de los medios publicitarios permitió que el bicentenario estuviera ampliamente dominado por quienes, para decirlo simplemente, no gustan de la Revolución francesa y su herencia». Esta constatación no podía dejar impasible a un historiador que formando parte del grupo de *historiadores marxistas*

británicos han contribuido a los más fructíferos debates de los últimos treinta años: transición del feudalismo al capitalismo; feudalismo y campesinado; revolución inglesa; teoría e historia o la formación histórica de la clase obrera.

Con este bagaje científico y desde esta tradición historiográfica, E. I. Hobsbawm analiza la novedad de la situación actual en la que el recuerdo de la Revolución se ve rechazado por quienes no están de acuerdo con ella, porque consideran que la tradición principal de la historiografía revolucionaria francesa desde aproximadamente 1815 debe rechazarse por ser marxista y haber demostrado ser inaceptable, en el caso erudito, por una nueva escuela de historiadores *revisionistas*. En efecto, con tales revisiones se trata de sugerir que en realidad la Revolución no produjo grandes cambios en la historia de Francia, ni los cambios fueron para mejorar y que, además, fue *innecesaria*, no en el sentido de que fuera inevitable, sino que obtuvo resultados modestos (muchos negativos) con un coste desproporcionado.

Pero como señala el autor de este ensayo, las variadas y a veces conflictivas versiones *revisionistas* de la historia revolucionaria no siempre proporcionan una mejor orientación sobre el papel histórico y las consecuencias de la Revolución que las versiones anteriores. En este sentido, serían mucho más clarificadoras las aportaciones y análisis realizados por los grandes historiadores liberales franceses de la Restauración y la Monarquía de Julio, mucho más conscientes de la revolución burguesa que se había producido. Estos hombres -desde Tocqueville, Guizot, Thierry, Thiers o Mignet- al escribir sobre la Revolución francesa estaban formando un juicio sobre lo que ellos habían vivido, y sin duda sobre lo que sus padres, maestros y amigos habían experimentado de primera mano. Por otro lado, es evidente que a cualquier estudioso de la recepción e interpretación de la Revolución del siglo XIX tiene que chocarle el conflicto entre el consenso de este siglo sobre su impacto revolucionario y, al menos, algunas de las investigaciones revisionistas modernas y esta diferente valoración, como señala Hobsbawm, «incluso si tenemos en cuenta el sesgo ideológico y político de los historiadores, o la simple ignorancia y falta de imaginación, hay que explicarlo».

El presente ensayo, según se anuncia en el prefacio, es una defensa, así como una explicación, de la vieja tradición. Y está escrito con el convencimiento de que el efecto de esta Revolución sobre la

humanidad y su historia ha sido beneficioso y de que el juicio político es menos importante que el análisis.

Esperanza Yllán Calderón

JOHNSON, PAUL: *El nacimiento del mundo moderno*, Javier Vergara Editor, Buenos Aires, 1992.

La dispersión en migajas de la Nueva Historia, en frase de Dosse, y los diversos caminos emprendidos por otras corrientes historiográficas no significa, a mi juicio, como sugiere Rabb, que el trabajo de síntesis esté desapareciendo. Un ejemplo contrario a esta interpretación es el reciente trabajo de Paul Johnson, *El nacimiento del mundo moderno*.

He aquí un buen ejemplo de lo que se podría denominar *historicismo* y que en la historiografía anglosajona ha sobrevivido a los enfoques estructurales. Se trata de una historia narrativa, sobre temas generales, políticos y de valores, y en la que un eje cronológico claro ayuda a explicar y entender el desenvolvimiento de los protagonistas.

El nacimiento del mundo moderno se debe al surgimiento del *Demos* que Johnson sitúa entre 1815 y 1830. Contra lo que se ha venido manifestando no fue el período revolucionario encarnado en Napoleón un período de desarrollo de las ideas democráticas, sino más bien todo lo contrario. La equiparación que el autor realiza de Napoleón con Hitler es, sin duda, el alegato más claro contra los llamados períodos de *liberación*, o revolucionarios, que causan muchas más desgracias, muertes y totalitarismo que los períodos de estabilidad política.

Barraclough recomendó a quien deseara escribir historia universal que hiciera un esfuerzo por situarse mentalmente fuera del espacio y observar la tierra desde la distancia: «este libro describe el mundo entero y no tiene un ángulo único de visión». En efecto, Johnson hace un esfuerzo extraordinario por recorrer, con un magistral entrecruzamiento de biografías, prácticamente todo el mundo y todos los ámbitos: la historia política, las relaciones internacionales, la historia intelectual, el arte, las ideas, los cambios tecnológicos, las guerras...

Si Plutarco inventó el género de las vidas paralelas para hallar elementos comunes en personalidades destacadas de la historia, Johnson se encarga de entrecruzar, con singular habilidad, vidas diversas

que puntualmente se relacionan entre sí. Lo cual confiere al relato una viveza y realismo que fácilmente engancha al lector. No se trata de una historia *novelada* por cuanto las asunciones son escasas. El aparato documental y la utilización de las fuentes resisten las exigencias más rigurosas. Se puede discrepar de los juicios de valor, pero los alegatos en que se apoyan son de una consistencia muy notable.

A lo largo de casi novecientas páginas la nómina de biografías entrecruzadas es multitudinaria: Adams, Fulton, Irving, Goya, Wellington, Talleyrand, Metternich, Beethoven, Byron, Miranda, Bolívar... Con este método expositivo, Johnson describe el nacimiento del mundo moderno en el que juega un papel fundamental la Relación Especial entre los Estados Unidos y el Reino Unido. Sin preocupaciones atlánticas continentales, confiadas ahora a la doctrina norteamericana de Monroe, el Reino Unido, la gran potencia mundial del siglo XIX, puede orientar todos sus esfuerzos para establecer un prolongado y fructífero equilibrio entre las potencias europeas y desarrollar todas las potencialidades de su condición pionera en la nueva economía del capitalismo industrial.

Así, frente a la visión negativa, del Congreso de Viena, que insistentemente ha transmitido la historiografía dominante, el autor defiende la evidencia de que durante el siglo XIX, desde 1815 a 1914, se produjo el cenit europeo sobre la base del equilibrio, la estabilidad y el sistema fundado por los restauradores del orden frente a las alteraciones revolucionarias francesas. Ciertamente que el sistema se modificó parcialmente en 1830 con la independencia de Bélgica o la guerra franco-prusiana de 1870, pero en su conjunto el Congreso de Viena continuó funcionando, de modo bien provechoso para los europeos, hasta el estallido de la primera guerra mundial.

En conclusión, a mi juicio, Johnson ha realizado en este libro un trabajo aún más interesante y brillante que en sus anteriores obras. Un elogio que espero compense el efecto negativo que este libro puede tener en la historiografía academicista al uso.

Guillermo Cortázar

CLÉNET, Loms-MARTE: *La contre-révolution*, Ed. PUF (Que sais-je?, 2633), París, 1992, 128 pp Y BLED, JEAN-PAUL: *Les lys en exil ou la seconde mort de l'Ancien Régime*, Ed. Fayard, París, 1992, 348 pp.

Revolución y contrarrevolución no constituyen bloques monolíticos. Este es el punto de partida del libro de Clénet sobre la contrarrevolución, que, a diferencia de la imagen complotista creada por el jacobinismo, no poseía ni doctrina unificada, ni jefes únicos, ni, en suma, ninguna unidad. De ahí deriva una exposición múltiple sobre prácticas políticas, revueltas e insurrecciones, sobre líneas de pensamiento (de Bossuet a Maistre y Bonald, pasando por Barruel) o sobre el papel de los emigrados y el clero. Al clero católico y a la contrarrevolución se dedica, precisamente, el séptimo capítulo, el más documentado del volumen, siendo deudor, sin duda alguna, de la tesis de Clénet (1990) sobre el mismo tema.

La contre-révolution es un libro de síntesis, en la onda de la colección «Que sais-je?», que se aproxima ya a los tres millares de volúmenes. Sin embargo, presenta un par de problemas. La multiplicidad expositiva antes apuntada acaba conduciendo a un conjunto desarticulado y desintegrado en exceso, a una simple suma de aspectos parciales. La contrarrevolución es entendida, por otro lado, en un sentido doblemente restrictivo; como exclusivamente francesa (un tratamiento, de hecho, muy habitual en la historiografía del país vecino), y, más concretamente aún en el aspecto temporal, como antítesis de la Revolución francesa. Así, por ejemplo, las pocas referencias a autores no franceses se hacen en función de la historia francesa, ya sea al Burke de las *Reflexiones sobre la Revolución francesa* -olvidando, para el caso británico, la gran importancia de las viñetas de Cillray en la generalización de actitudes contrarrevolucionarias-, o a Brandes, Rehberg y Von Centz. Las igualmente escasas alusiones a movimientos populares se reducen a los provocados por la extensión territorial de la Revolución francesa, como los sanfedistas o los Viva María, analizados subsidiariamente y sin ninguna alusión a los interesantes trabajos publicados en otros países, sobre todo en Italia.

Así pues, el planteamiento restrictivo de Clénet no incluiría los hechos relatados en *Les lys en exil*. Bled, que en 1988 publicó una muy

interesante obra sobre las bases del conservadurismo austriaco entre 1859 y 1879, nos ofrece ahora una visión dellegitimismo francés entre la revolución de 1830 y la muerte del conde de Chambord en 1883, que sería también, para el autor, la del legitimismo. La mayoritaria adhesión al conde de París y la retirada de la vida pública de un número destacable de legitimistas, dejaron como únicos continuadores a un pequeño grupúsculo poco efectivo, conocido como los *blancs d'Espagne* por su reconocimiento a la familia carlista española como legítima sucesora del *enfant du miracle*.

El estudio dellegitimismo se lleva a cabo en función del exilio de la familia real, desde Carlos X al conde de Chambord, y en base a sus diferentes residencias en el extranjero, en especial Praga, Gorizia y Froshdorf. Se hace inevitable pensar en el interés que un atento análisis de este libro podría tener en el caso español, para el más que secular exilio de la dinastía carlista, del pretendiente Carlos V a Alfonso Carlos I, o, incluso, a Carlos Hugo de Borbón-Parma. A partir del exilio se tratan temas fundamentales para la historia francesa, como la agitada y azarosa vida de la duquesa de Berry o la discutidísima cuestión del *grand refus* del conde de Chambord en 1873. En este último asunto Bled replantea las interpretaciones al uso en función del providencialismo, presente en todas las actuaciones del pretendiente: rehuye el activismo, atiende al dictado de la Providencia, sin hacer nada que lo provoque o lo agilice. Esta actitud, que le convierte en respetable, en un símbolo, pero que muchos de sus seguidores pusieron ya en duda por su nula eficacia política, habría que atribuirla, en parte, a la educación recibida, absolutamente tradicional y contrarrevolucionaria, y por tanto, intransigente con cualquiera de las derivaciones de 1789. *Les lys en exil* viene a aumentar, aunque agotando sólo una mínima parte de las posibilidades del tema tratado, el importante volumen de bibliografía existente sobre la contrarrevolución y el legitimismo en Francia, quedando aún, sin embargo, mucho por investigar.

lordi Canal i Morell

HERNÁNDEZ SANDOTCA, ELENA: *El colonialismo (1815-1873). Estructuras y cambios en los imperios coloniales*, Editorial Síntesis, Madrid, 1992, 151 pp.

La tradicional falta de atención de los contemporaneístas españoles hacia los problemas que tienen su escenario más allá de nuestras fronteras no sólo ha empobrecido a nuestra historiografía, además ha dejado la enseñanza de la llamada Historia Universal Contemporánea en manos de otras historiografías para las que el análisis de la Historia de los dos últimos siglos no pasa por la imbricación de la Historia de España en la Historia Universal. La enseñanza de la llamada Historia Universal Contemporánea exige de los profesores universitarios el esfuerzo de integrar en una única explicación los procesos históricos generales que nos presentan una bibliografía abrumadora y los resultados empíricos y teóricos de una investigación propia. No es fácil hacerlo sin la ayuda de un tipo de libro concebido en función de las necesidades de los estudiantes universitarios, unos libros muy frecuentes en inglés, en francés o en italiano pero muy infrecuentes en nuestras lenguas. El libro de Elena Hernández Sandoica que ha publicado la Editorial Síntesis es un magnífico ejemplo de cómo deben ser, a mi juicio, estas monografías universitarias con intenciones fundamentalmente didácticas.

El libro aborda una explicación general del colonialismo entre 1815 y 1873, unos años en los que la crisis del mercantilismo que acelera el resultado de las guerras de la Revolución y del Imperio da paso a un reajuste colonial que, liderado por Inglaterra, conduce al reparto del mundo que acompaña a la llamada *época del imperialismo* y que suele ser presentado en los manuales al uso de una manera muy poco satisfactoria: como un paréntesis anticolonial entre dos épocas profundamente colonialistas. Por el contrario, Elena Hernández Sandoica nos presenta el fenómeno del colonialismo de los años 1815-1873 como parte del largo proceso de mundialización del capitalismo; un proceso en el que, al menos durante un siglo y medio, revolución industrial y reordenación de los espacios coloniales irán de la mano. Después de colocarse en esta línea de interpretación, la autora desarrolla un concepto de colonialismo complejo y rico que integra tres tipos de relaciones coloniales distintas: las que se establecen entre la expansión del capitalismo y el conjunto de tierras que se

llamaron colonias, las que se establecen entre las colonias y las que se establecen entre las colonias y las metrópolis. Sobre esta base, el primer capítulo del libro, a modo de introducción, desgrana, con rigor y sencillez expositiva, el concepto de colonialismo teniendo en cuenta el amplio debate historiográfico al que ha dado lugar. En el segundo capítulo se analizan las constantes coloniales del período estudiado; el liberalismo económico, el librecambio, los imperios informales y las colonias son sus principales argumentos.

En los cinco capítulos siguientes, la autora aplica el método esbozado en la Introducción estudiando la trayectoria general de los imperios coloniales propiamente dichos de la coyuntura histórica de su inserción progresiva y sistemática en el esquema general del proceso de la modernización industrial. El imperio británico, los viejos imperios peninsulares en América, el imposible imperio español en el Caribe, la función colonial de Holanda y Portugal y el imperio francés articulan un estudio en el que se integran un número muy considerable de lecturas sobre los otros imperios y los conocimientos y las reflexiones de una muy buena especialista en la Cuba del siglo XIX. Se imbrincan así la Historia de España y la Historia Universal, la enseñanza universitaria y la investigación.

En el capítulo octavo, bajo el epígrafe «Occidente y las sociedades coloniales», la autora esboza un conjunto de cuestiones que como consecuencia del enfoque adoptado quedan fuera de la línea general de explicación; así, reciben una pequeña atención las transformaciones que se operan en las pautas culturales no europeas bajo el impacto de la colonización y, sobre todo, el talante y los medios no estrictamente materiales con los que el europeo afianzó su protagonismo en la subversión que el colonialismo estaba produciendo.

El libro termina con un Epílogo y con una selección de textos. En el Epílogo, la autora intenta orientar al lector sobre los conceptos básicos que se manejan en la bibliografía del abolicionismo. El apéndice documental incluye doce textos en los que se pueden documentar cuestiones como la naturaleza del colonialismo, la esclavitud y su abolición, la sociedad colonial y los puntos de apoyo de la política en la que se sustenta. Conviene destacar que la mayor parte de esas cuestiones se documentan tomando como ejemplo y modelo el caso del imperio español en Cuba.

SÁNCHEZ JIMÉNEZ, JOSÉ: *Las claves del movimiento obrero 1830-1930*, Planeta, Barcelona, 1992, 118 pp.

Formando parte de la colección «Las Claves de la Historia», compuesta de 26 pequeños manuales, el profesor Sánchez Jiménez estudia en este ensayo «Las claves del movimiento obrero 1830-1930». Realizado precisamente con vocación de manual, constituye una apretada síntesis de muy difícil confección por la naturaleza del tema y el espacio concedido por la línea de la colección. Notable esfuerzo de síntesis y obligado resumen que se resuelve con elevadas dosis de precisión. A lo largo de un centenar de páginas de reducido formato y ocupadas en gran parte con excelentes ilustraciones, se describe la trayectoria del movimiento obrero mundial, desde sus primeros embriones organizativos al calor de las consecuencias sociales de la industrialización, para concluir en la década de los años treinta del siglo XX, aunque prolonga con un último capítulo la valoración del papel del movimiento obrero desde la segunda guerra mundial y su proyección hasta la actualidad. En esta breve síntesis, clara, organizada y didáctica en su exposición, se estudian los efectos de la industrialización, la aparición de las diversas formas de respuesta social y primeros modelos organizativos del movimiento obrero, los planteamientos del socialismo utópico y el marxismo, el nacimiento de la Asociación Internacional de Trabajadores y su evolución, los partidos políticos obreros, la II Internacional y sus opciones frente a los problemas mundiales, para culminar con el movimiento obrero en la época de entreguerras y la influencia de la bolchevización, y a modo de corolario los citados apuntes sobre el movimiento obrero posterior a 1945 y su relación con otros movimientos ciudadanos. Todo ello desde la perspectiva definida en las páginas iniciales por el autor sobre el tratamiento del asunto:

«Por movimiento obrero, pues, se entiende la lucha obrera organizada a través de agrupaciones o instituciones en que los trabajadores y todos los que optan por militar a su lado se aglutinan, conscientes unos y otros de su solidaridad y de la utilidad que para ellos tiene organizarse con el fin de precisar sus objetivos comunes y de proseguir su realización» (pp. 7-8) «... como instrumento y cauce para estas revoluciones...» (p. 9).

Perspectiva en términos de conflicto de clases, a través de una dialéctica revolucionaria, en la actualidad pretendidamente devaluada

por los intentos de trasladar por otras propuestas de análisis el asunto hacia la integración y reequilibrio. Pero la perspectiva de análisis que se expone en el libro no por clásica es obsoleta, sobre todo si se aplica a partir de un concepto más dinámico de clase y no se queda en la historia institucional o economicista, frente a los planteamientos *ofertistas*, que olvidan a menudo las consecuencias sociales de la industrialización, o frente a los marcos de análisis de las versiones de la sociología histórica funcionalista o los revisionismos que ha clausurado los estudios sobre el movimiento obrero y sus pautas organizativas.

Jesús A. Martínez

REID, ALAHTAIR J.: *Social Classes and Social Relations in Britain, 18.50-1914*, Macmillan Education, Londres, 1992, 78 pp.

Vivimos los tiempos del triunfo del revisionismo historiográfico. La ruptura de esquemas y corsés asfixiantes donde los hubiera, se ha venido realizando paulatinamente gracias a los estudios interdisciplinares, a la diversificación de enfoques y, en definitiva, a la profundización en la percepción de la propia multidimensionalidad del objeto de estudio.

El debate y, por tanto, la revisión continua, ha constituido un elemento central al afrontar la compleja materia del análisis de las clases sociales y las relaciones sociales en la segunda mitad del siglo XIX y primer decenio del XX en Gran Bretaña -tema que aborda el autor del estudio objeto de esta recesión. Existe, no obstante, un denominador común a todos los enfoques realizados, al menos en lo que se refiere al tratamiento que Reid realiza de los mismos. Como se dijo que sucedía con la vida pública respecto de cierto conocido político en la historia española, todo parece girar en torno a un tema: con el marxismo, contra el marxismo o alrededor del marxismo.

Reid pasea por un largo sendero historiográfico (desde los años veinte hasta la actualidad) en el que todo el paisaje está condicionado por su relación de identidad u oposición con el de los años sesenta y setenta: los años del reinado historiográfico de las poderosas teorías interpretativas marxistas. Al final «se cierra un ciclo intelectual» -dice el autor- porque en los recientes ochenta la historia social y económica vuelve a sostener con fuerza ciertos postulados previos al

auge de la ciencia social. Existe un mayor grado de sofisticación y complejidad en la argumentación y el tratamiento de los temas. Se han realizado numerosos trabajos empíricos que proporcionan una amplia base de contrastación, pero las conclusiones vienen a ser más o menos las mismas. A partir de un detallado análisis de las más recientes investigaciones, y centrándose en tres objetos de estudio (clases dirigentes, clases trabajadoras y relaciones sociales), Reid expone las consideraciones que se destacan a continuación.

Señala que, frente al pretendido ascenso «radical» de la burguesía como clase dirigente (poseedora de riquezas, poder político e influencia cultural), en la segunda mitad del siglo XIX se puede constatar una fuerte persistencia de la aristocracia, que no sólo acaparó las élites económicas o políticas, sino que siguió imponiendo su tradicional cultura que fue asumida por una buena parte de la burguesía. Destaca cómo, en contra de la idea de polarización de clases (clase trabajadora frente a clase dirigente), adquiere peso la interpretación de unas relaciones «a tres bandos», que diluye la idea del conflicto bipolar en una compleja trama que sugiere más continuidad que cambio en las relaciones sociales o, al menos, un cambio no radical en el que los viejos protagonistas se mezclaron con los nuevos. Niega asimismo -siempre argumentándolo con las más recientes aportaciones historiográficas- el concepto de Revolución Industrial como proceso traumático, para retratarlo como un proceso lento y gradual. Se exageraba -afirma- tanto el papel que tenían los obreros *no especializados* en la toma de conciencia revolucionaria; ni existió -insiste- tal pérdida brusca de especialización, ni tan siquiera existió verdadera pretensión de *llegar a hacer la revolución*. Refuta las teorías -predominantes en la explicación de ese período- de la *coerción* o, fundamentalmente, del *control* (asociado con la palabra *hegemonía*) de las clases dirigentes sobre las clases trabajadoras. Frente a estas teorías destaca el énfasis que la más reciente historia social ha puesto en la hipótesis del *consenso*. Este consenso no implicaría -razona- aprobación, pero sí aceptación de las *reglas del juego: agreement on how to disagree*. La teoría del consenso conecta, de alguna manera, con la interpretación *whig* sobre la inevitabilidad del progreso y la aceptación de esta idea. No obstante, lo que supuestamente pretende esta aproximación es ofrecer un marco más sensible y dinámico del cambio histórico. Este marco resulta, a nuestro modo de ver, excesivamente conservador y autoconplaciente.

Especialmente interesantes son las sugerencias que hace Reid sobre la necesidad de considerar las divisiones verticales en los grupos sociales más que su integración en planos horizontales; o sobre la esencial valoración del papel de la religión o la cultura por encima -en muchos casos- de los condicionantes económicos a la hora de perfilar identidades populares. Un tanto controvertidas pueden ser (si se las lleva a extremo) su enfática apelación a la necesidad de realizar estudios empíricos a nivel local «para la recreación de un cuadro más sofisticado del cambio a nivel nacional», y su insistencia en valorar ciertos elementos -antes considerados como hitos en un macroproceso- como pequeños resultados de pequeños ciclos de contracción o expansión económica. El regreso a la historia «con lupa» podría distorsionar la visión misma de la historia.

Finalmente, Reid incluye una amplia bibliografía seleccionada y comentada. Tanto ésta como el gran esfuerzo de síntesis historiográfica que realiza el autor avalan por sí mismos el interés de este trabajo -del que tenemos tan pocas muestras en España-. De entre todas sus conclusiones --enormemente sugerentes y provocadoras- hay una, sin embargo, que produce una cierta desazón. El ciclo intelectual -afirma- se ha completado, del mismo modo que se ha completado un círculo en la vida pública: del optimismo acerca de la posibilidad de *cambios fundamentales* en la sociedad se ha llegado a la frustración y, por tanto, a la reafirmación de valores tradicionales. ¿Progresamos en espiral?

Maria Jesús González Hernández

GIROUD, F.: *Jenny Marx o la mujer del diablo*, Planeta, Barcelona, 1992, Traduc. por P. Elias.

François Giroud es periodista y ha desempeñado varios cargos públicos en Francia, de los cuales cabe recordar, en función del objeto de esta obra, el que ocupó entre 1974 y 1976: la Secretaría de Estado para asuntos femeninos. Autora de varios libros, se ha decantado últimamente por las biografías de mujeres ilustres; de unas mujeres ilustres bien por serlo ellas mismas, bien por ser esposas de hombres destacados. En 1981 publica *Una mujer honorable. Marie Curie*; en 1988, *Alma Malher o el arte de ser amada*, y en 1992, *Jenny*

Marx ou la femme du diable, de cuya inmediata traducción nos proponemos dar noticia.

El profesor Pabón se refirió a las dos posibilidades que se le ofrecen al autor de una biografía: la de centrarse en su actividad pública o en su vida privada. Carlos Seco, retomando el tema, escribió, hace ya bastantes años, sobre la necesidad de hacer las biografías *a dos vertientes*. En esta línea, la biografía se ha convertido en un género historiográfico de gran interés, que precisamente en el último Congreso Internacional de Ciencias Históricas -celebrado en Madrid en 1990- fue objeto de una sección metodológica.

Giroud, decía, se ha orientado por la biografía femenina que resulta un excelente medio para aproximarse a la sociedad de la época, y conocer las relaciones de género vigente en ella, tema bastante descuidado hasta hoy. Ahora bien, al tratarse de figuras relevantes, obliga al lector que no las quiere utilizar como simple divertimento, sino como vía de aproximación a una situación histórica, a una sugestiva labor: la de tratar de aislar cuáles son las pautas de comportamiento comunes con la sociedad de la época y cuáles son las actitudes específicas asumidas por los personajes en función de su propia especificidad.

En esta delicada tarea, el lector debe intentar aislar qué actitudes suponen rupturas con lo establecido y pueden convertirse en puntos de referencia para la sociedad posterior. Pero debe tomar nota también qué comportamientos no escaparon a lo establecido; ya que creemos que es oportuno detectar qué elementos de permanencia hubo en las actitudes, comportamientos y vida de relación de los personajes biografiados, en este caso figuras femeninas, más allá de sus ideologías o de sus voluntarias actitudes de ruptura.

Desde esta perspectiva, pensamos que la biografía de Jenny, baronesa de Westphalen, hija del segundo matrimonio del barón con Carolina Heubel, puede resultar una buena vía de aproximación a través de una excelente y ágil narración, no sólo al mundo de las ideas, sino también y sobre todo, al de las mentalidades y al de la vida cotidiana de la época.

La obra aparece en 1992, cuando las limitaciones del marxismo han quedado de manifiesto. No sabemos si Giroud tenía *in mente* escribir esta biografía desde varios años antes, pero sí creemos que el hecho de sacarla a la luz, precisamente en el momento en que el marxismo ha mostrado sus limitaciones, le permite tratar con más liber-

tad de los propios límites de la misma persona de Marx en su vida matrimonial, e incluso referirse a algunas de las posibles incoherencias de su comportamiento que, sin duda, años antes hubieran sido más difíciles de expresar sin provocar fuertes respuestas. La aparición de esta obra en Francia dio lugar a una cierta polémica en la que no es ocasión de entrar.

La autora no se propone hacer ni un análisis ni una crítica del marxismo; pero pone sus cartas boca arriba y descubre su postura desde el primer capítulo:

«Hoy el ídolo ha sido roto, como sustituto de la eterna necesidad de creer de los hombres, el marxismo se halla en reflujo. Como método de administración de una sociedad, ha quedado descalificado. No puede negarse que en setenta y cuatro años de aplicación práctica no alcanzó ninguno de sus objetivos, que no ha proporcionado, a quienes lo han soportado, ni bienestar, ni dignidad, ni libertad. Pero como método de investigación, como instrumento de análisis, queda la obra, marginal, en la cual un espíritu poderoso, reuniendo una masa de datos, ha construido una historia científica de la humanidad. ¿Cómo funciona la historia desde siempre? Marx aporta la respuesta a esta pregunta. Nada menos que eso.»

A partir de aquí, Giroud, desde un plano de narrador omnisciente presenta en doce capítulos la peripecia de Jenny desde su nacimiento hasta después de su muerte. El primero está dedicado a presentar la obra y el último a contar la suerte que cupo a su familia.

Creo que nos encontramos ante una biografía sugestiva, en forma novelada, de fácil lectura, que capta la atención desde la primera página, y permite no sólo conocer los avatares de la vida de Jenny, sino también explorar una ancha zona del horizonte mental y afectivo de los hombre y mujeres de las décadas centrales del siglo XIX.

Sintetizando mucho, pienso que, al menos, tres aspectos de la vida del siglo XIX quedan mejor iluminados después de esta lectura. Primero, el universo del hombre romántico; segundo, la historia de las relaciones sociales, y muy especialmente las relaciones hombre-mujer, la vida familiar y la misma historia de los sentimientos; y tercero, la utopía que alienta en el nacimiento del pensamiento revolucionario.

Primero, el universo del hombre romántico. El universo del hombre romántico, bien encarnado aquí por la familia Marx, aparece muy explícito en su concepción milagrosa de la vida: su falta de asenta-

miento familiar y su itinerario errante de país en país; las sucesivas etapas de miseria y bienestar recibidas como algo natural; la importancia de los círculos intelectuales en los que se entrelazan la teoría y la política; la misma fuerza y protagonismo de la mujer, en este caso Jenny, debido tanto a su atractivo físico y a su encanto personal, como al talante apasionado de sus convicciones, puesto de manifiesto en su fe en un futuro triunfante.

Segundo, un acercamiento al mundo de las relaciones sociales y de las relaciones de género. Respecto a las primeras queda de manifiesto la importancia del ascenso social, concretado en el deseo de mantener la respetabilidad y consolidarla para la siguiente generación -las hijas- con unos matrimonios adecuados. Claro también este afán de respetabilidad en el valor que se concede a las pautas morales, y en la vigencia de la moral victoriana, expresa tanto en el mismo noviazgo de Marx y Jenny, como en las normas que éste impone a sus hijas en las relaciones con los hombres.

El tema adquiere también gran plasticidad en la actitud de pudor y silencio que preside la relación familiar con motivo del hijo natural habido entre Marx y Lenchen, la sirvienta que les acompañó durante toda su vida. Quisiera llamar la atención sobre un hecho que me parece interesante: la familia puede descubrir su miseria material provocada por una generosidad permanente en aras de la causa revolucionaria o por una mala administración; pero no puede mostrar que ha vulnerado unas normas morales estrechamente ligadas a la respetabilidad: el reconocimiento público de un hijo ilegítimo le privaría de una buena consideración social.

En fin, tal vez apuntando a la divergencia con un modelo femenino que se afianza a lo largo del siglo XIX, *el ángel del hogar*, Jenny se orienta preferentemente hacia una vida activa más allá de la estrictamente familiar, en la que, sin embargo, nunca toma la iniciativa, sino que actúa más bien en compañía y al amparo de su marido, aunque a veces sólo sea formalmente. Por lo demás, resulta evidente la asimetría en la vida conyugal, y el diferente enfoque de la misma, según se haga desde la óptica del hombre o de la mujer. Cabe también destacar, si bien esto en el orden de las rupturas, el atisbo de toma de conciencia de esta desigualdad por parte de Jenny; toma de conciencia bien explícita en un par de ocasiones, a través de unas cartas que ponen de manifiesto las limitaciones y el papel pasivo que corresponde a las mujeres en la vida (pp. 14 Y 110). Asimetría tam-

bién visible en las relaciones de Marx y Lenchen, y evidente en la solución adoptada acerca del hijo común. Una asimetría en la que el hombre lleva la iniciativa, torna decisión y goza de una mayor libertad.

Hespecto a la historia de los sentimientos, esta obra nos proporciona buenas pistas acerca de la ternura filial, conyugal y maternal, a través de las relaciones de Jenny con su madre, con su marido y de ambos con sus hijas. Pistas también acerca de los afectos e intereses que subyacen a las amistades masculinas y femeninas, e incluso el valor alternativo de éstas.

En lo que se refiere a la fuerza del pensamiento revolucionario parece espléndidamente encarnado, más allá del proceso histórico abstracto, en la vida de carne y hueso de una mujer, eapaz de cambiar su vida acomodada y confortable por otra errante que linda con demasiada frecuencia con la misma miseria. Al término de la obra Giroud, tras hacer una breve referencia al ocaso del marxismo, escribe: «Jenny von Westphalen, eriatura de amor y de fe, fue su primera y voluntaria víctima». Disiento de Giroud; Jenny no fue víctima, sino que, precisamente, debido a la utopía que alentaba en el pensamiento revolucionario, pudo encontrar en él la fuerza, la ilusión y la energía para luchar y seguir adelante en medio de condiciones adversas. Tal vez, cabe la hipótesis de que la misma actitud de su marido — a pesar de otras limitaciones indudables en su relación mutua—, le posibilitara abrirse a un mundo al que difícilmente hubiera podido tener acceso casada con otro hombre.

En fin, se trata de una obra de fácil lectural que se inscribe en un género historiográfico en boga, y nos acerca, sin lugar a dudas, no sólo a la vida del matrimonio formado por Jenny y por Marx, sino al horizonte mental y afectivo de los hombres y las mujeres de las décadas centrales del siglo XIX.

Guadalupe Gómez-Ferrer Morant

BADINTER, HOBEHT: *La prison répubLicaine (1871-1914)*, Fayard, París, 1992, 430 pp.

La cárcel, como el hospital o la escuela que informan sobre las concepciones técnico-sociales de la medicina y sobre las aspiraciones educativas de una determinada sociedad, es un exponente fiable de

las concepciones ético-jurídicas sobre el delito. El libro de Badinter es un estudio documentado y ambicioso sobre los fundamentos políticos del sistema carcelario francés desde los tiempos de la Comuna hasta la guerra mundial, a través del análisis de la ideología de la legislación y del desarrollo de la ciencia social en un época clave para Francia.

El concepto de delito como mal social que obliga al castigo en reclusión, como purgación de la pena ante la necesidad que esgrime la sociedad para defenderse contra los delincuentes, no varió en los años que median entre la Francia imperial y la Francia republicana de 1914. Abolida la pena de muerte, ningún grupo político abogó, sin embargo, por la supresión de la cárcel. Si la consideración social de la enfermedad es variable en el tiempo, la del delito obviamente también lo es, y si en el caso de la enfermedad las soluciones provienen de los cambios en la terapia, esas modificaciones no se produjeron ni en la justicia ni en las cárceles.

Desde la Revolución, la idea de una cárcel purgatoria a la vez que transformadora había sido sostenida con mayor o menor énfasis por los republicanos, para quienes la idea del hombre perfectible a través de una disciplina firme aunque humanitaria sintonizaba con los ideales de progreso de la República. El impacto enorme del positivismo creó las condiciones para que la opinión pública tomase conciencia de los problemas de profunda discriminación social que aparecían tras el delito. El interés que suscitó la obra de Lombroso y sus discípulos en Francia lo confirma, pero inexplicablemente nada se hizo aunque había conciencia de que la prisión era una escuela del crimen.

A los republicanos, que adujeron falta de medios para justificar su misma vacilación ante el problema social, les faltó valor para poner en práctica otras soluciones paralelas como la de modificar el sistema judicial, transformación imprescindible para cualquier cambio en la consideración social del delito y del castigo. La cárcel republicana no era más que un reflejo de la sociedad de la época, severa con los pobres y permisiva con los poderosos.

El trabajo de Badinter, cuyo punto de partida es un seminario en el que participaron, entre otros, Michel Foucault y Michèle Perrot, recoge las enseñanzas de la obra de Foucault (de la que el autor se confiesa deudor y se lamenta de su prematura muerte) e incorpora el análisis de la «otra» vertiente social —la de los excluidos— como

un procedimiento básico de comprensión de la sociedad en su conjunto.

Angeles Barrio Alonso

AMBROSIUS, GEROLD, y HUBBARD, WILUAM H.: *Historia social y económica de Europa en el siglo XX*, Alianza Editorial, 1992.

Gerold Ambrosius y William H. Hubbard confiesan en el prólogo de este libro su intención de ofrecer, en un plano descriptivo y no analítico, las pautas de desarrollo demográfico, social y económico de Europa a lo largo del siglo XX, y de intentarlo con vocación comparativa. Así, dividen su estudio en tres grandes apartados.

El primero de ellos, más breve, muestra los fundamentos demográficos -**la** evolución global, la reproducción y la distribución espacial- y concluye refiriéndose al impacto de la transición demográfica en la estructura familiar, el progresivo envejecimiento de la población, los movimientos migratorios y el proceso de urbanización, y la movilidad espacial como rasgo distintivo de las sociedades modernas.

El segundo, más extenso, bajo el título de continuidad y cambios de las estructuras sociales, se detiene en la presentación de la estratificación y la movilidad social, la integración y el conflicto, la socialización y las instituciones de socialización, y el desarrollo del bienestar social. Dos son las conclusiones que los propios autores seleccionan de su exposición: por un lado, el desplazamiento sectorial de la estructura ocupacional hacia una progresiva terciarización, con las consiguientes implicaciones en las formas y estilos de vida, tiempo de ocio y trabajo, cambios en las instancias de socialización y en los partidos políticos y grupos de presión, y, por otro lado, la creciente *socialización* del Estado, es decir, el relevante papel del Estado en el cambio social y su contribución a *crear U/la sociedad con más sentido de comunidad y más justa*. Este apartado termina con una nota pesimista: si bien las sociedades europeas han alcanzado a lo largo del siglo un grado de bienestar, integración e igualdad como nunca antes en su historia, el último decenio -**hasta 1986**, fecha de edición de la versión original alemana- ha demostrado que el progreso social no se alcanza sin costes ni está concluido.

Por fin, el tercer apartado, con mucho el más voluminoso, pues ocupa más de la mitad del libro, se refiere a la continuidad y el cambio en las estructuras económicas. La exposición se ordena en el desarrollo del producto social -entendiendo el crecimiento del producto nacional-, su estructura generativa por sectores, su distribución -consumo privado, consumo público e inversiones- y su control. En este último punto los autores realizan una exposición histórica de las políticas económicas por períodos, desde la primera guerra mundial hasta lo que se consideró una convergencia del sistema económico capitalista y del sistema de planificación centralizada en los años sesenta, y la posterior divergencia por la introducción de políticas neoliberales en los países occidentales y de reformas tendentes a un *socialismo de mercado* en la Europa del este desde finales de los años setenta; ambas políticas se saldan, en opinión de los autores, con éxitos muy limitados y costes sociales -sobre todo la primera- muy elevados.

El volumen aventura al final cuatro pautas básicas o cuatro modelos de desarrollo socioeconómico en la Europa del siglo XX. El primero sería el característico de la Europa del norte, de los países escandinavos; el segundo, el de la Europa del sur y del sureste -Portugal, España, Italia, Grecia, pero también Yugoslavia, Rumania y Hungría hasta la segunda guerra mundial-; el tercero, el de la Europa oriental después de 1945, y, por último, el de la Europa occidental.

Un contenido tan amplio como el descrito puede recibir un comentario pormenorizado, que no tiene espacio en estas páginas, o uno muy general, como el que aquí va. Y vaya por delante que algunos de los temas expuestos son resueltos con claridad y concisión, ofreciendo un buen resumen de ciertas tendencias seculares en la Europa del siglo XX. Pero que nadie espere una aportación novedosa y estimulante; tampoco lo pretenden los autores. Lo que pretenden es ofrecer una mera descripción del desarrollo social y económico de Europa sobre la base de los avances habidos en la historia demográfica, social y económica, sumándolos y sin abusar de sus *jergas especializadas*, para facilitar la comprensión general; porque el libro pretende ser un libro para no iniciados, no para especialistas.

Sin embargo, y por diversos motivos, el libro ofrece una cierta resistencia a ser manejado con facilidad. La mera adición de informaciones parciales, procedentes de interpretaciones de autores diversos

y no siempre compatibles ni convenientemente citados, o de datos cuantitativos de fiabilidad muy distinta -los propios autores se refieren a las dificultades para disponer de datos significativos para los países de la Europa oriental- no es garantía de una descripción imparcial y objetiva; más bien puede conducir a un lector poco informado a conclusiones erróneas.

En segundo lugar, la decisión de parcelar en cajones aparentemente estancos la demografía -¿por qué los fundamentos demográficos son *fundamentos*, sin causas aparentes en otros órdenes de la sociedad?-, la economía y la sociedad -¿por qué ambos apartados se titulan *continuidad y cambios en las estructuras?*, ¿cuál es la *continuidad* de las estructuras?-, en lugar de optar por una división cronológica, oscurece la exposición y obliga a los autores a introducir en distintas ocasiones y de manera poco sistemática el orden temporal de la evolución, o las variantes nacionales de unas tendencias no siempre generalizables.

En tercer lugar, la decisión de ofrecer una historia social y económica, de la que la historia política no parece formar parte, aunque se cuele sistemáticamente por la puerta de atrás, requeriría una explicación fuerte en algún momento. Es claro que, en una perspectiva mundial, todo el continente europeo puede ser susceptible de un tratamiento homogéneo y presentar ciertas tendencias comunes, pero también lo es que a partir de la segunda guerra mundial, si no antes, Europa se dividió políticamente y las distintas opciones políticas imprimieron a los cambios sociales y económicos, como los mismos autores reconocen repetidamente, objetivos dispares, por mucho que ciertos datos sobre la distribución sectorial de la población activa, los índices de producción industrial o la distribución del producto nacional entre el consumo privado y el consumo público, por ejemplo, parezcan desmentirlo.

Y, para terminar, los años transcurridos desde la edición alemana del libro -1986- y la española -1992- han hecho una mala jugada a los autores. Los acontecimientos tan apretados de estos años, desde el hundimiento del comunismo en la Europa del este con todas sus implicaciones demográficas, sociales y económicas para esos mismos países y para los de Europa occidental, hasta la crisis del modelo de bienestar escandinavo o la depresión económica por la que atraviesa la Europa más desarrollada, constituyen un panorama de fin de siglo que obliga a ciertas reconsideraciones. De nada de ello

tienen la culpa los autores de este libro, por supuesto, pero algo más de lo que se atisba en él se anunciaba ya en el momento de escribirlo.

Mercedes Cabrera

La jlistaria en sus textos, Madrid, Editorial Istmo. TORRE GÓMEZ, HT-PÓLITO DE LA, Y SÁNCIEZ CERVELLÓ, .TOSEP: *Portugal en el sí-glo xx*, 1992, 377 pp.; HERNÁNDEZ SANDOICA, ELENA: *Los fascis-mos europeos*, 1992, 297 pp., y MORENO, .TULLA: *China contem-poránea, 1916-1990*, 1992, 231 pp.

Existen múltiples razones para la utilización didáctica de los textos en el proceso de formar históricamente a los alumnos de cualquier nivel. En el nivel universitario, la utilización de los textos, como soporte de la explicación del profesor y como motivo del trabajo de los alumnos, es imprescindible a la hora de formar historiadores. Sobre esta base no es extraño que dispongamos de un buen número de antologías que ponen una amplia selección de textos a disposición de profesores y alumnos. Sin embargo, no era muy común entre nosotros la elaboración de libros monográficos articulados sobre la explicación histórica a través de sus textos más significativos, y esto es lo que se propone la colección de libros que, para la Historia Contemporánea, dirige José Urbano Martínez Carreras y edita Istmo desde hace tres años.

En el año 1989 apareció un primer volumen de 400 páginas dedicados a *La Revolución Francesa*. Su autor, Fernando Prieto, adelanta lo que serán los rasgos distintivos de la serie: una breve introducción al tema y una antología de unos 60 textos relativamente largos que se ordenan y se agrupan siguiendo una determinada lógica. A la vista de la sencillez de la Introducción y de la falta de conexiones explícitas entre esa Introducción y los textos escogidos, queda la duda de si los textos son aquellos que el autor considera más convenientes para apoyar una explicación histórica o si son los textos que ha encontrado con más facilidad.

En el año 1990 aparecieron cuatro volúmenes y en 1992 han aparecido tres más; sin duda sus autores terminaron de definir la colección con un mejor equilibrio entre introducciones y textos y con la incorporación de relaciones bibliográficas, aparatos críticos y cronologías, aunque no todos consigan establecer una relación directa en-

tre los textos seleccionados y las introducciones que los preceden. En *La sociedad europea del siglo XIX a través de los textos literarios* (1990), Alicia Langa Laorga utiliza la Introducción para presentar a la sociedad europea de mediados del siglo XIX como una sociedad transformada en mayor o menor medida por una modernización y una industrialización que configuran *varias Europas*. La antología de textos, que viene precedida por un conjunto de consideraciones sobre la utilización de los textos literarios como fuente histórica, queda articulada y conectada con esta introducción sobre la base de una selección muy rigurosa de algunos pasajes de 18 grandes novelas europeas que ilustran los problemas propios de las sociedades en proceso de modernización, de la permanencia de las mentalidades tradicionales y de las sociedades ancladas en el pasado.

En *La primera revolución industrial española* (1827-1869), de 1990, Juan Bautista Vilar, como dice Juan Antonio Lacomba, que prologa el libro, intenta esbozar un esquema de *vertebración* -mediante el recurso a los documentos- del proceso económico de la *España isabelina*; un proceso que el autor entiende como el paso desde el *estancamiento económico* a la *modernización* y que tiene como cuestión central lo que él mismo denomina *el despegue de la revolución industrial*. Los 107 textos, articulados en 10 capítulos sobre la base de unas breves introducciones explicativas, se presentan como el *esqueleto* del conjunto de interpretaciones que los historiadores han realizado y que se indica en la orientación bibliográfica que cierra cada capítulo.

Josep Carles Clemente, en *Los carlistas*, también de 1990, quiere hacer recaer el protagonismo de su libro en los hombres que encarnaron ese movimiento social abarcando la cuestión desde sus inicios hasta la época más reciente. En la Introducción, que ocupa la mitad del libro, el autor, que se declara partidario de estudiar el Carlismo como «idea fuerza, como movimiento de masas en relación con las estructuras socioeconómicas y en sus experiencias de gobierno», desarrolla del tema de una manera bastante lineal. La segunda parte del libro recoge 36 documentos que cronológicamente van desde la Ley de sucesión de 1713 hasta la Ley de 1876 aboliendo los fueros.

En *La revolución rusa*, Antonio Fernández Carcía ofrece un trabajo en el que se resumen los veinte años de la historia de Rusia que van de 1905 a 1924; unos años que asistieron a un fabuloso proceso histórico que convulsionó poderosamente todo el siglo XX. En la In-

troducción General, que se extiende sobre un tercio del volumen, el autor explica los elementos y las etapas fundamentales del proceso teniendo muy en cuenta los debates historiográficos que ha suscitado su estudio. Las otras dos terceras partes del libro están dedicadas a la articulación de un conjunto de 65 textos que se ordenan en relación directa con el desarrollo de la Introducción General ayudándose de pequeñas introducciones a cada una de las ocho grandes cuestiones que dan sentido a la selección de los textos.

Hipólito de la Torre Gómez y Tosep Sánchez Cervelló son los autores de *Portugal en el siglo XX*, un título que es mucho más que un período concreto o un tema preciso; es una centuria de la vida de un país próximo y afín, pero que nos resulta demasiado desconocido. Para hacer frente a los problemas que se derivan de la amplitud del tema y de los límites de la colección en la que se integra, los autores han optado por la llamada *historia política* como hilo conductor secuencial. El libro se divide en dos partes, la primera se dedica a los años que van del establecimiento de la República al final de la segunda guerra mundial y su autor es Hipólito de la Torre Gómez, la segunda se dedica a los años que van del final de la segunda guerra mundial a la democratización y su autor es Tosep Sánchez Cervelló. Cada una de las dos partes presenta una estructura similar: una Introducción con la síntesis histórica apoyada en referencias bibliográficas amplias y actualizadas, y un conjunto amplio de textos, de procedencia variada, que cumplen la función de ilustrar puntualmente los muy distintos aspectos abordados en las introducciones.

En *Los fascismos europeos*, Elena Hernández Sandoica nos ofrece un amplio conjunto de materiales con los que indagar las condiciones en las que se originan históricamente estos movimientos, el sentido de su historia y de su desarticulación. La breve Introducción General analiza los conceptos fundamentales de totalitarismo, autoritarismo y fascismo sobre la base de una amplia y rigurosamente seleccionada bibliografía que tiene en cuenta la teoría social y la historia, el antifascismo y los *modelos* que proporcionan los casos italiano y alemán. La Introducción General es el *pórtico* de un libro que se desarrolla sobre 165 textos agrupados en cuatro partes que se dedican a *clases sociales, sociedad de masas y fascismo* la primera, *el partido, el Estado y la economía* la segunda, *el discurso fascista* la tercera y *racismo y expansionismo* la cuarta. Conviene destacar que la autora ha conseguido integrar en una explicación rica y didáctica cada

una de esas cuatro grandes cuestiones sobre la base de una pequeña introducción parcial que da paso a un conjunto muy amplio de textos no muy largos entre los que aparecen algunos de carácter historiográfico que completan la coherencia del discurso general del libro.

Finalmente, en *China contemporánea, 1916-1990*, Julia Moreno utiliza la Introducción para presentarnos una breve síntesis de la evolución histórica de China en el siglo XX, desde la proclamación de la República a los sucesos de la plaza de Tienanmen, marcando las grandes etapas y los principales problemas. Sobre esta base, la autora ordena 71 textos que ilustran esas etapas y esos problemas desde una selección de textos en la que se ha optado por darla voz, sobre todo, a los grandes protagonistas.

Rosario de la Torre del Río

LACOURTURE, JEAN: *André Malraux. Una vida en el siglo, 1901-1976*, Valencia, Edicions Alfons el Magnanim, 1992, 542 pp.

De André Malraux no es fácil tener una opinión muy positiva a primera impresión. El propio Jean Lacouture ha descrito de una forma muy adecuada la razón por la que es así. Falta en él la sensación de sencillez y de cordialidad que hacen atractivo a un personaje. Todo en su vida parece excesivo: hay demasiado romanticismo y demasiada aventura, pero sobre todo existe un exceso de consciente fabulación mitificadora de lo que él mismo hizo. Cuando Malraux decía descubrir Oriente en realidad lo que estaba intentando era robar estatuas para vendérselas a los norteamericanos, cuando pretendía haber hecho la revolución en China no había pasado de ser un turista y sus conversaciones con Mao en 1965 resultaron infinitamente más banales de lo que pretendió cuando las describió en sus *Antimemorias*. La verdad es que Malraux inventó mucho, pero lo que la biografía de Lacouture descubre es que ésta era una especie de segunda naturaleza en él contra la que no podía luchar y que, por tanto, resulta más disculpable de lo que pudiera parecerlo en otro individuo.

No es necesario presentar a Jean Lacouture, que es bien conocido para cualquier buen amante de la biografía. Ha escrito la de algunos de los grandes escritores franceses contemporáneos (Mauriac, por ejemplo) o la de políticos singulares y de significación contrapuesta como Blum o De Gaulle. Sin duda, no llega a ser el profesional de la

Historia que uno desearía ver enfrentado a individuos de la talla de los citados, pero tiene la virtud de superar con intuición y estilo una erudición que quizá acabaría por resultar irritante al lector. Además ha tenido el indudable mérito de progresar con el transcurso del tiempo. Al reportaje periodístico en que consistían sus primeros libros le ha sustituido otro género de trabajos de una profundidad muy superior como son los ya citados y, en especial, la biografía de De Gaulle, que es, sin duda (y como mucha distancia), la mejor publicada hasta el momento presente.

Nada hace pensar que esta biografía de Malraux sea definitiva, pero es, sin duda, hoy en día la mejor existente. Lacouture sabe perfilar de manera muy convincente la imagen del escritor y, en el fondo, aunque no demuestre entusiasmo por muchas de sus actitudes da la sensación de profesarle un afecto indudable una vez que ha perforado su caparazón de poses y actitudes en exceso dramáticas. Lacouture empieza por situarle en un momento peculiar y crucial de la época contemporánea, el período de entreguerras, revela en él un talante que tiene no poco de D'Annunzio o de Lawrence. Da numerosas pruebas de su tendencia a mezclar, de una manera que sería difícil de tolerar en otro, la imaginación con la realidad. Malraux no fue ese peligroso revolucionario que había colaborado con Mao en los años veinte y lo reencontraría en los sesenta, sino un ser ansioso de aventuras, siempre proclive a un cierto jacobinismo que veía en el uso de las armas la esperanza de la transformación del mundo. En el fondo hay otro Malraux al lado de esa estrella cultural megalómana que es como suele encasillársele por sus enemigos. Existe también un Malraux encerrado en su tarea tan sólo literaria, azotado a veces por tragedias biográficas y silencioso en los consejos de ministros frente a toda su espectacular facundia externa. Le falta generosidad, capacidad para la espontaneidad y simplicidad, pero, en cambio, le sobre centralidad —es decir, protagonismo esencial— en los avatares de la vida cultural e intelectual francesa y, más en general, europea durante los años treinta.

Sobre la presencia de Malraux en España durante la guerra civil el libro contiene revelaciones que se refieren mucho más a su evolución como intelectual que al papel militar que desempeñara. Lacouture, en efecto, se limita a exponer las opiniones contrapuestas de quienes juzgaron que fue un estorbo militar o la de quienes le convierten en un héroe bélico. Más interesante es, sin embargo, el juicio

Noticias

que emite acerca de su evolución ideológica como consecuencia de su estancia en España. El escritor luchó por *valores universales*, más que como compañero de viaje del comunismo. Aunque no se enfrentara con éste durante la guerra española había iniciado la senda que le llevó en 1939 a decir ante el pacto nazi-soviético: «la revolución a este precio, no».

Cenoveva Carda Queipo de Llano

BERNECKER, WALTHER L. (ed.): *España y Alemania en la Edad Contemporánea*, Frankfurt am Main, Vervuert, 1992, 275 pp.

Este libro, editado en Alemania en lengua castellana, se compone de una colección de artículos de historiadores alemanes y españoles cuyo origen está en un simposio celebrado en febrero de 1992 en la Universidad de Augsburg (Alemania). Es destacable, pues, la celeridad con que se han publicado las ponencias, a diferencia de 10 que suele ser habitual, al menos en nuestro país. La Embajada de España en Bonn ha ayudado a hacer realidad tanto el simposio como el libro, pero el artífice de uno y otro es el historiador hispanista alemán Walther L. Bernecker, en aquel momento catedrático de la Universidad de Berna y hoy de la Universidad bávara de Erlangen-Nürnberg. El fue el promotor y organizador de aquel encuentro y él ha sido el compilador de este volumen, en el que, además de hacer la presentación, la introducción y la traducción de los textos alemanes, ha contribuido con dos ensayos, correspondientes a los períodos de la guerra civil española y el mucho más próximo de la reunificación alemana.

Las demás colaboraciones se deben tanto a historiadores reconocidos (H. J. Puhle, Josef Becker, Manuel Espadas, Javier Tusell, Juan Pablo Fusi, Antonio Marquina) como a jóvenes investigadores que acaban de presentar, o están aún realizando, su tesis doctoral (Rafael García Pérez, Wolfgang Pöppinghaus, Petra María Weber, Carlos Collado Seidel). Aunque los artículos tienen enfoques muy distintos (perspectiva española o alemana, concentración o dilatación temporal...) y se centran en aspectos diferentes (relaciones políticas, diplomáticas, culturales, económicas, militares), la pretensión del compilador ha sido cubrir todos los períodos de la Historia Contemporánea, desde la Revolución de 1868 y la fundación del Imperio

de Bismarck hasta el momento actual. Sin embargo, la balanza está un tanto desequilibrada porque la mitad de los trabajos se refieren a las relaciones entre franquismo y Tercer Reich, lo que no es sino un fiel reflejo de lo que ocurre en el panorama general de los estudios históricos relativos a las relaciones entre España y Alemania en la Edad Contemporánea. La realidad es que, si se exceptúan los temas de la intervención nazi en la guerra civil española y, en mucha menor medida, la relación entre los dirigentes franquistas y el gobierno alemán durante la segunda guerra mundial, la producción historiográfica es asombrosamente escasa. Por lo que se refiere al último tercio del siglo XIX y el primero del XX, únicamente se ha prestado alguna atención a la diplomacia bismarckiana con respecto a España y, sobre todo, a la influencia alemana en España a través de la propaganda cultural y periodística.

Es fácil imaginar que la exigua dedicación que hasta la fecha han merecido las relaciones hispano-alemanas pueda deberse a la dificultad que para los investigadores de ambos países supone el idioma del otro. Lo que queda claro, en cualquier caso, es que no se debe, desde luego, a la falta de interés o importancia de dichas relaciones. A través de las páginas de este libro se pone de manifiesto que, aunque en su mayor parte están aún pendientes de un estudio serio, sistemático y profundo, los temas importantes son muchos.

Algunos de los ensayos no tratan tanto de establecer conclusiones como de presentar un *estado de la cuestión*, remitiendo a trabajos de otros especialistas que no colaboran en este libro, lo que sin duda es interesante, sobre todo por lo que respecta a los autores alemanes, dado el tradicional desconocimiento que existe en España de la historiografía de ese país. Lo que fundamentalmente se propone este primer libro colectivo dedicado a España y Alemania es dar pautas que puedan estimular futuras investigaciones. Como señala Bernecker, «si consigue despertar el interés de jóvenes historiadores por investigar el pasado y presente hispano-alemán, su publicación está más que justificada». Desde luego, este objetivo debería verse cumplido porque sin duda existe un amplio campo abierto para nuevos trabajos dado que, en gran medida, las fuentes documentales -diplomáticas, militares, etc.- no sólo alemanas y españolas, sino también de otros países, están todavía intactas.

LÓPEZ CAMINERO, FRANCISCO: *Masonería y republicanismo en la baja Extremadura*, Diputación Provincial de Badajoz, 1992, 326 pp.,
Y JORGE TORRES, ABILIO: *La masonería en La Rioja*, Instituto de Estudios Riojanos, Logroño, 1992, 173 pp.

En el contexto de la España de las autonomías surgió desde principios de los ochenta una gran maraña de obras de carácter local o regional, y «es indudable, en todo caso, que las mejores, pero también las peores, obras de Historia Contemporánea pertenecen a este capítulo...» (Alvarez Junco, J., y Juliá, S., «Tendencias actuales y perspectivas de investigación en Historia Contemporánea», en *Tendencias en flistoria*, CSIC, Madrid, 1990). Paralelamente y en la misma década se inicia en la Universidad de Zaragoza y dirigido por el profesor Ferrer Benimeli la actividad del Centro de Estudios Históricos de la Masonería Española (CEHME) con el objetivo de reconstruir la historia de la masonería española. Pues bien, en este año de 1992 aparecen en el mercado dos obras que unifican ambos conceptos. Se trata de los libros de Abilio Jorge Torres, *La masonería en La Rioja*, publicado por el Instituto de Estudios Riojanos del Gobierno de la Rioja (Biblioteca de Temas Riojanos, núm. 83), y Francisco López Casimiro, *Masonería y republicanismo en la baja Extremadura*, editado por la Diputación Provincial de Badajoz (Colección Historia, núm. 13).

En la lectura de ambos volúmenes se puede discernir una metodología concurrente planteada y discutida en los Simposios organizados por el CEHME y entre los miembros del mismo. Es decir, un exhaustivo análisis de cada una de las logias estudiadas en La Rioja y Badajoz respectivamente: fundación, evolución, organización material y vida masónica, caracteres socioeconómicos y culturales de sus miembros y clausura... Pero también en ambos trabajos se pueden ver otras coincidencias, como el hecho de que el eje cronológico es la Restauración, sin obviar su origen en los años del Sexenio Revolucionario (logia *Veronesa* en Logroño desde 1869, logia *Luz de Extremadura*, núm. 61 en Badajoz desde 1872). En el caso de La Rioja se analiza con gran profundidad el Triángulo *Zurbano* de Logroño en los años 1933-1936 como complemento a la realidad histórica de la masonería riojana. Asimismo, se puede ver en ambos ejemplares el origen burgués de los componentes de las logias. A. Jorge Torres escribe

sobre la importancia de las profesiones liberales, empresarios, propietarios, coincidentes desde la perspectiva política en tendencias liberal-progresista -no olvidemos el peso específico de Sagasta, riojano, desde la Presidencia del Gobierno y gran maestre de la masonería-, pero también del republicanismo, sin olvidar el mayor conservadurismo de los componentes de la logia *Siempre Viva*, republicano-socialista en *Diamante* y *El Eter*, anticlericalismo de la logia *Victoria*.

En el caso de la masonería de la baja Extremadura, el componente republicano es más evidente, de mayor peso, porque como escribe el profesor Gay Armenteros en el Prólogo, «trata de masones y republicanos en los años finiseculares de la pasada centuria, dos estructuras organizativas distintas, con frecuencia confundidas en las mismas personas, no ya por una “doble militancia”, sino por un lenguaje y unas aspiraciones comunes», pero su origen burgués no les permitió entender el movimiento obrero, y si bien denuncian la situación, nunca proponen soluciones profundas, reales. «Su visión de los problemas sociales fue siempre paternalista», escribe F. López Casimiro.

Eso sí, y para concluir, unos y otros se muestran proclives a defender la educación y la cultura en dos provincias donde los Índices de analfabetismo son destacables: «un 58 por 100 de la población no sabe leer ni escribir» (Jorge Torres, A.: *La masonería en La Rioja*, p. 14); «... un contexto rural y atrasado como era el de la baja Extremadura, donde escasamente el 22 por 100 de la población sabía leer y escribir» (López Casimiro, F.: *Masonería y republicanismo en la baja Extremadura*, p :307).

Dos volúmenes que se entroncan en la historia regional y en la historia de la masonería española con muchos puntos en común, no sólo en el desarrollo de las obras al ser dos piezas más del edificio que desea construir el CEHME, sino por sus propios autores, Abilio Jorge Torres y Francisco López Casimiro, que con seriedad, pormenorización, análisis riguroso de las fuentes, etc., han sabido escribir dos buenos libros.

José Miguel Delgado /darreta

LÓPEZ CASIMIRO, FRANCISCO: *Masonería, prensa y política (Badajoz, 187.5-1902)*, Universidad de Granada, 1992.

La Biblioteca *Chronica Nova* de Estudios Históricos, que edita la Universidad de Granada, ha publicado recientemente el libro de Francisco López Casimiro *Masonería, prensa y política (Badajoz, 187.5-1902)*, que constituye, para los especialistas e interesados en este tema, una importante aportación.

La obra va precedida de un Prólogo del profesor don Antonio R. de las Heras, que emite el siguiente juicio: «Francisco López Casimiro escribe bien -cualidad y empeño necesarios en el historiador-, con una facilidad expresiva que se hace notar en la fluidez del texto, y de la que se beneficia el lector, pues se desliza con gusto por una información bien elaborada, bien metabolizada, fruto de muchas horas de trabajo...» En efecto, la obra, parte de su tesis doctoral, es un análisis minucioso de las cuestiones debatidas de periódicos republicanos, por una parte, expresión de una pequeña burguesía innovadora y progresista, y por otra, de la prensa antimasonónica, proveniente de sectores más tradicionales y reaccionarios.

El libro, dividido en dos partes bien diferenciadas, analiza pormenorizadamente los periódicos estudiados -durante ese período se publicaron en la ciudad de Badajoz unos sesenta y seis periódicos, catorce de ellos dirigidos por masones-, valora no sólo la presencia de miembros de la masonería, sino también su proyección social, política y cultural, la contrasta con la reacción de la Iglesia diocesana y las fuerzas integristas a través de miembros del alto clero pacense. Unos y otros utilizaron los diarios para defensa y difusión de sus ideas.

La polémica, pese a su falta de espectacularidad, constituye, a nuestro entender, un fenómeno de importancia para entender la sociedad pacense de la época y conocer las cuestiones esgrimidas en esta dialéctica que, trascendiendo el ámbito local, tuvieron resonancia en Madrid, Sevilla, Alicante y Granada.

Pilar Amador

BULLÓN DE MENDOZA y GÓMEZ DE VALUGERA, ALFONSO: *La primera guerra carlista*, Actas, Madrid, 1992, 701 pp.

Alfonso Bullón de Mendoza es uno de los autores que más ha escrito últimamente sobre carlismo y, a tenor de sus interpretaciones, también uno de los más controvertidos. De ahí el interés que ha levantado la publicación de su tesis doctoral. Magníficamente editada, está estructurada en ocho capítulos y unas conclusiones finales. El libro, prologado por Gustavo Villalpalos, contiene además un índice onomástico-toponímico y un apéndice cartográfico con nueve mapas a todo color.

Esos ocho capítulos se pueden agrupar en tres bloques homogéneos, aunque de extensión desigual. El primero, que coincide con el capítulo I, reconstruye las numerosas sublevaciones carlistas anteriores a la muerte de Fernando VII y sus conexiones con la clandestina junta de Madrid, encargada de preparar un levantamiento general. La falta de coordinación y las constantes depuraciones impidieron el éxito inmediato de la vía insurreccional, pero no el estallido de la contienda. Los capítulos siguientes, del II al VI, analizan los aspectos estrictamente bélicos de la contienda y constituyen el verdadero núcleo central del libro. A lo largo de trescientas cincuenta páginas el autor aborda, casi siempre desde la perspectiva carlista, una serie de cuestiones que van desde la estrategia militar a la intervención extranjera, pasando por el intento de cualificar el volumen de los efectivos movilizados y la evolución cronológica y espacial del conflicto. Por fin, el tercer bloque, capítulos VII y VIII, están dedicados al análisis sociológico e ideológico del carlismo.

La amplitud de las cuestiones tratadas sólo es comparable con la pretensión del autor de revisar en profundidad un conjunto de interpretaciones sobre la primera guerra carlista casi unánimemente aceptadas. Hay que reconocerle su habilidad para documentar satisfactoriamente algunas hipótesis, como la existencia de una trama conspiratoria previa a la guerra civil o las simpatías de la nobleza -más platónicas que efectivas- por la causa de don Carlos. Pero en conjunto el trabajo se resiente por la parcialidad de las fuentes consultadas y la insuficiencia del aparato conceptual, que desemboca en un excesivo apego a la literalidad de las mismas. El autor se ha desentendido de las investigaciones más recientes y novedosas que tratan

de explicar el fenómeno carlista desde una perspectiva cercana a la antropología social. Al utilizar además como principal soporte de su trabajo la publicística procarlista decimonónica, 10 que verdaderamente destaca del libro es una actualización apenas remozada del viejo discurso legitimista donde los carlistas representan la mejor y más sana parte del heroico pueblo español y sus oponentes no pasan de ser una *exigua y corrupta minoría*.

José María Ortiz de Oruño

MARTÍNEZ MARTÍN, JESÚS A.: *Lectura y lectores en el Madrid del siglo XX*, Madrid, CSIC, 1992, 331 pp.

En esta obra el profesor Martínez Martín, síntesis reelaborada de su tesis doctoral, nos presenta un análisis riguroso sobre el público lector y el mundo del libro en el Madrid del siglo XIX, basado en las posibilidades que ofrece la documentación del Archivo Histórico de Protocolos Notariales. Fruto de una ingente investigación sustanciada en la consulta de más de 4.000 inventarios de fortuna, en un arco temporal situado entre la década de 1830 y la de 1880, que le ha permitido sistematizar y analizar 869 escrituras públicas, de las que 351 contenían información detallada, libro por libro, de las bibliotecas privadas y 169 con un grado menor de precisión, de un amplio elenco socioprofesional, desde la gran burguesía comercial y financiera a los empleados, pasando por los profesionales liberales, propietarios y rentistas, políticos y burócratas, militares, mediana y pequeña burguesía comercial y de negocios y artesanos y fabricantes, destacando por su interés las bibliotecas de Domingo Balmaseda, Andrés Caballero, Antonio Gaviria, Manuel Ruiz de la Prada, en el primer grupo; José Carcía Egeo, contador del Tribunal Mayor de Cuentas, en el segundo; Francisco Agustín Silvela, Presidente de la Sala del Tribunal Supremo; Joaquín de la Escalera, Magistrado de la Audiencia Territorial de Madrid; Andrés Leal y Ruiz, decano de la facultad de Jurisprudencia de la Central; Ramón de Fran y Armendáriz, catedrático de la facultad de Medicina de la Central; Nemesio Lallana, doctor en farmacia y catedrático de la Central; Juan Fourquet Muñoz, catedrático de Anatomía en la Central; Fermín Díaz, miembro de la Academia de San Fernando; José Exquerria Itubarría, ingeniero de Montes; Francisco Javier Mariátegui, Arquitecto Mayor de la Villa de

Madrid, por 10 que respecta al grupo de los profesionales; Norzagaray y Villaurrutia entre los propietarios; Joaquín María López, Javier de Burgos y Canga Argüelles entre los políticos; el conde de Benalúa, el conde de La Cimera y el mariscal de campo José Bueren dentro de los militares...

En fin, una exhaustiva radiografía sobre el público lector del Madrid del XIX, cuyas conclusiones se encuentran respaldadas por la amplitud de la documentación consultada y, no menos importante, por las técnicas de muestreo utilizadas por Jesús Martínez al seleccionar los notarios analizados. Además, los datos obtenidos de los protocolos notariales se completan con un amplio abanico de fuentes complementarias como los catálogos de librería del período, listas de contribuyentes por subsidio industrial y de comercio, censos, anuarios y guías mercantiles, memorias de la época, entre ellas las de Nombela y Alcalá Galiano, y revistas como *Museo de las Familias*, *Seminario Pintoresco Español*, *Revista de España*, *Indias y del Extranjero*...

En *Lectura y lectores...*, Jesús Martínez desarrolla una *historia social de la lectura*, en la que sobre la base de la *sociografía* y la *sociología* del libro, la lectura y los lectores del siglo XIX, analiza y responde a cuestiones básicas como *quién*, *cuánto* y *qué* se leía en el Madrid isabelino. La importancia historiográfica de la obra de Jesús Martínez reside, además de en las propias conclusiones obtenidas de la amplísima documentación tratada, en los planteamientos teórico-metodológicos empleados que permiten abrir una nueva senda en *historia sociocultural*, que encuentra paralelismos con el trabajo realizado en Francia por Ghartier, que acaba de ver publicado en easte llano su obra *El mundo como representación. Historia cultural: entre práctica y representación*. Al ir más allá del análisis esporádico de la biblioteca de alguna personalidad relevante amplía el campo de visión de 10 que se ha dado en llamar *historia intelectual* y ofrece nuevas perspectivas de análisis, sobre la base del recurso a una documentación novedosa como la conservada en los Archivos de Protocolos Notariales, a la hora de estudiar las influencias y preocupaciones culturales, en el más amplio sentido del término, de una sociedad. Iluminándonos sobre el contexto sociocultural en el que se desarrollaron los hombres y mujeres en un determinado marco espacio-temporal. Complemento, a partir de ahora, imprescindible a la hora de desempeñar el horizonte intelectual de una época.

La obra, dividida en dos partes, se ocupa en la primera, bajo el título *Libros, librerías y lectores en el Madrid isabelino*, del análisis

sociográfico de la edición y la lectura, mediante el estudio del mundo editorial y librero, la industria tipográfica, el comercio de librería y las relaciones entre editores, libreros e impresores responsables de la oferta al lector madrileño, permitiendo el diagnóstico del estado de la lectura en la sociedad isabelina. Como matiza el autor, la ampliación de la oferta editorial no significa automáticamente un incremento directamente correlativo en los índices de lectura efectiva; el libro, además de ser objeto de lectura se convierte en objeto de prestigio social, cuya posesión y ubicación en las bibliotecas particulares es también manifestación de estatus social. Aunque como bien señala Jesús Martínez la ampliación de la oferta editorial tuvo que relacionarse con el incremento de la demanda social de libros, proceso que durante el siglo XIX convivió con unas elevadas tasas de analfabetismo que sólo progresivamente, y con elevadas dificultades, fueron corripiéndose a partir de la segunda mitad del siglo XIX.

En la segunda parte, capítulos III al X, se procede a establecer la *tipología social del público lector*, mediante un análisis socioprofesional ajustado, gracias al exhaustivo conocimiento de la sociedad madrileña del XIX por el autor, puesto de manifiesto en numerosas publicaciones. Los resultados obtenidos son óptimos, con una descripción minuciosa a la vez que sistematizada de los contenidos de las bibliotecas privadas, lo que permiten a Jesús Martínez extraer significativas conclusiones sobre preferencias temáticas, autores y corrientes culturales presentes en ellas y, por tanto, el perfil y las inquietudes intelectuales de sus propietarios. Termina el libro con un magnífico apéndice en el que se expone en cuadros de doble entrada la temática de las bibliotecas y la tipología social del público lector. La única ausencia reseñable es la de un índice onomástico que hubiera facilitado el trabajo del lector. El interés de la obra queda de manifiesto por la solicitud de la revista francesa *Annales* de una reseña bibliográfica de la misma.

Luis Enrique Otero Carvajal

MAHTÍN NÁJERA, AURELIO: *Fuentes para la historia del Partido Socialista Obrero Español y de las Juventudes Socialistas de España*, Editorial Pablo Iglesias, Madrid, 1991, 2 vols, 1.548 pp. (numeración seguida).

El equipo responsable del Archivo y Biblioteca de la Fundación Pablo Iglesias ha proporcionado a los historiadores en estos últimos años algunos instrumentos de trabajo de valor inestimable. Primero fue el *Catálogo de Publicaciones Periódicas*, de 1984, seguido del *Catálogo de los archivos donados por Amaro del Rosal ¡Haz*, en 1986; luego el *Catálogo de los archivos de guerra civil de las Comisiones Ejecutivas del Partido Socialista Obrero Español y de la Unión General de Trabajadores*, en 1988; las *Fuentes para la Historia de la Unión General de Trabajadores*, en 1988, y siguió el pequeño librito *Guía para la consulta del Fondo Documental de la Fundación Pablo Iglesias: archivo, biblioteca y hemeroteca*, de 1989. Ahora se nos ofrece la obra que reseñamos aquí. A esta empresa múltiple se hallan ligados los nombres de Beatriz Carcía Paz, Carmen Motilva Martí, Antonio Conzález Quintana y Aurelio Martín Nájera, además de otros bastantes de personas que han aportado su trabajo paciente y escrupuloso a una tarea nunca muy agradecida intelectualmente pero de interés científico excepcional. Aurelio Martín, que ha hecho otros trabajos de documentación en estrecha colaboración con Antonio Conzález Quintana, figura, sin duda, a la cabeza de esta empresa benemérita y es autor único de esta recopilación que comentamos.

Aurelio Martín ha llevado adelante la publicación de un catálogo ingente y muy completo de medios documentales para el estudio de esa corriente fundamental en la historia de la España contemporánea que es el socialismo, aportación que debe ser valorada en la perspectiva de todas esas otras obras señaladas líneas antes. La importancia de esta nueva entrega queda así mucho mejor contextualizada. Contarnos, a partir de ahora, con una guía de fuentes para la historia del socialismo español en las tres vertientes existentes, partido, sindicato y juventudes. Sin que esa obra de conjunto que procede de la Fundación Pablo Iglesias pueda conside-

rarse única¹ en este terreno, constituye una aportación inigualada.

Este volumen de fuentes tiene necesariamente, por su índole, una estructura con la que hay que hacerse para su correcto uso. Pero la generosidad, justamente, de los elementos auxiliares para su manejo -Índices variados, cuadros de presentación y hasta ejemplos de localización- hace menos ardua la labor de comprensión. Naturalmente, el hecho de que una misma publicación recoja todo tipo de fuentes, las archivísticas, bibliográficas y hemerográficas, significa una opción que puede no parecer a todos adecuada en el mismo grado. Desde el punto de vista técnico, la presentación descriptiva de las fuentes puede estar afectada así de una mayor opacidad y complejidad. Para el investigador histórico resulta, sin embargo, lo más cómodo.

La catalogación se halla establecida partiendo de tres grandes agrupaciones fontales: *archivos*, *monografías* y *publicaciones periódicas*. Es innecesario describir aquí la propia distribución del catálogo, pero sí conviene señalar que en la primera parte, Archivos, la reseña de la documentación se hace siempre según el principio archivístico de la conservación en todo el proceso de la referencia a los organismos productores de los documentos, Partido, JSE y archivos de otras organizaciones, y las entradas se acompañan siempre de la indicación del fondo donde se encuentran los documentos y la signatura correspondiente en su caso.

El apartado que se rotula Monografías es el más extenso de los tres, como cabía esperar, el que más información acumula y, seguramente, el más problemático. Los escritos reseñados se han agrupado en tres grandes categorías que en realidad son dos: publicaciones de órganos centrales y publicaciones de organizaciones territoriales, por una parte, y después un gran apartado de publicaciones de todo género sobre el socialismo o de socialistas españoles, clasificados por orden alfabético de autores. Opción difícil, sin duda, que sólo el uso del Índice sistemático puede optimizar y que deja todo el apartado sempiternamente abierto -y no sólo en sentido cronológico- porque, como hemos dicho, los criterios para determinar si algo forma parte de las fuentes bibliográficas del socialismo español no, por la

¹ Han aparecido también guías de fuentes para la historia sindical socialista y para la historia del cooperativismo preparadas por la Fundación Largo Caballero, de la UGT.

propia índole de la investigación histórica y por el cambio de criterios metodológicos, son imposibles de someter a reglas estrictas. Otros criterios de clasificación hubieran sido posibles, sin duda. Ninguno hubiera dejado de tener inconvenientes.

Por fin, el apartado de Publicaciones Periódicas, agrupado en dos grandes sectores, publicaciones del partido y de la JSE, y publicaciones de organizaciones afines, unitarias u otras, recoge una gran cantidad de publicaciones, muchas de ellas recientemente recuperadas, que con toda clase de indicaciones sobre su depósito son de una ayuda inmensa para el investigador.

La obra tiene luego cien páginas de Anexos informativos de diversos aspectos de la historia del socialismo español, y doscientas más de índices de nombre de personas y organizaciones, sistemático, geográfico y alfabético de publicaciones periódicas. Esta «guía» de fuentes, como la llama su autor, reúne información sobre cuatrocientos archivos, reseña nueve mil monografías y alrededor de mil publicaciones periódicas. Los centros explorados, ochenta y nueve en total, son del más diverso carácter: oficiales, privados, entidades socialistas o de otros movimientos o sectores, etc.

Resulta ocioso ahora cualquier tipo de comentario erudito sobre la historia del socialismo español y la problemática genérica de sus fuentes. Es evidente que tal problemática existe. Como en la propia obra se advierte, la pérdida de documentación es en algunos casos grave. Los avatares de la guerra civil contribuyeron a ello y aunque hay perspectivas de algunas recuperaciones, el mal es difícilmente reparable. Lo que importa es la valoración de esta extraordinaria aportación a la documentación del socialismo español. Para quienes ya conocían las publicaciones instrumentales anteriores de la Fundación Pablo Iglesias, y el trabajo de Aurelio Martín y sus colaboradores, la obra presente no les sorprenderá en cuanto a su extraordinario volumen y a la riqueza de la información acumulada. Quienes no la conocieran y utilicen ésta se asomarán a uno de los más serios empeños bibliográficos temáticos que se han hecho en España y que constituyen para los contemporaneístas un obsequio y un instrumento insustituible.

Julio Aróstegui

FRADERA, JOSEP M.: *Cultura nacional en una societat dividida. Patriotisme i cultura a Catalunya (1938-1868)*, Ed. Curial, Barcelona, 1992, 303 pp.; LLORENS I VILA, JORDI: *La Unió Catalanista i els orígens del catalanisme polític Dels orígens a la presidència del Dr. Martí Julia (1891-1903)*, Publicacions de l'Abadía de Montserrat, Barcelona, 1992, 640 pp.; THOMÁS, TOAN M.: *Falange, Guerra civil, Franquisme. FETy de las JONS de Barcelona en els primers anys de regim franquista*, Publicacions de l'Abadía de Montserrat, Barcelona, 1992, 546 pp.

Aunque el sombrío panorama descrito recientemente en diversos trabajos por Borja de Piquer y Eric Ucelay da Cal sobre la historiografía catalana contemporánea sea corroborable a todos los efectos, existen siempre algunos libros que, por una u otra razón, se alejan de la tónica de general mediocridad. Este es el caso de los trabajos de Josep M. Fradera, Jordi Llorens i Toan M. Thomas. Entre los tres cubren casi un siglo de historia de Cataluña, desde los años posteriores a la revolución liberal a los primeros del franquismo. Su análisis es, sin embargo, muy distinto, tanto en los temas tratados como en el enfoque e, incluso, en la estructuración resultante. No hay que olvidar que los dos últimos libros son el fruto de sendas tesis doctorales, y eso casi siempre se nota, en especial si la editorial admite la publicación de un número de páginas destacable (entre los dos sobrepasan de sobra el millar), mientras que el primero es un riguroso trabajo suma de tres ensayos entorno a un mismo tema.

José M. Fradera define su obra como materiales para el debate sobre los orígenes del nacionalismo catalán contemporáneo, lo cual significa entrar de lleno en los entresijos de la burguesía catalana, inspiradora de la construcción. El nacionalismo es analizado como un aspecto fundamental de la cultura de clase de las burguesías ascendentes. De esa forma, la construcción de una cultura nacional deriva de la manipulación y absorción de las culturas de las clases subalternas, a través de procesos de imposición y transacción, por parte de la clase dirigente, en función de su visión del mundo peculiar. No se trata, sin embargo, ni de caer en la tentación metafísica de identificar clases inferiores con la encarnación inconsciente del espíritu de grupo, que toma cuerpo de vez en cuando, habitual entre algunos historiadores del catalanismo; ni tampoco de atribuir a las clases subalternas la función de portadoras pasivas de un stock étnico, sólo acti-

vado a través de la manipulación e integración a que es sometido por las clases dominantes en el proceso de construcción nacional, tal como parecen sugerir según Fradera los ensayos de Hobsbawm. Eso no obstante, sus reflexiones son adaptadas y discutidas en el libro, junto al resto de estudios de la historiografía marxista británica, en especial los de Hill, Williams y Thompson.

En el primero de los ensayos, Fradera analiza lo que él mismo designa como lenguaje del doble patriotismo, es decir, la elaboración de una cultura nacional a efectos internos, sin cuestionar la validez y legitimidad de la construcción estatal —y nacional— española. En consecuencia, esa cultura en construcción reflejó las vivencias, frustraciones y «fantasmas» de la burguesía catalana después de la revolución liberal. Fue pesimista, con toques de antiindustrialismo —aunque sin cuestionar el industrialismo en lo económico— y con una obsesiva prevención a explicitar las contradicciones de su propia sociedad. Rechazo del presente, o como mínimo de los aspectos no deseados del presente, y revalorización del pasado, esencialmente el medieval, y del mundo rural, la caracterizaron.

La literatura en catalán de las décadas centrales del ochocientos —1a llamada *Renaixença*— fue reflejo de las limitaciones y naturaleza de esa cultura nacional, en tanto en cuanto procedió a una selección de temas, géneros y enfoques. Teatro dramático, poesía e historiografía o recreación histórica, fueron los géneros aceptados. Esta circunstancia abortó, según Fradera, una literatura real y convencionalmente burguesa. La demanda de novelas por parte del público burgués tuvo que cubrirse con traducciones, especialmente del francés. El resultado fue, como reza el título del segundo ensayo, el de dos literaturas para una cultura. El tercero, como el anterior, complementa el primero, describiendo la tortuosa apelación a la Iglesia por parte de la intelectualidad liberal como soporte del nuevo orden, y el peculiar fracaso del catolicismo liberal catalán. En suma, *Cultura nacional en una societat dividida*, de Tosep M. Fradera, es un libro denso en informaciones, que inciden en una etapa mal conocida de la historia, y sugerencias, hecho que merece todo tipo de alabanzas por su inusualidad, convirtiéndose en uno de los textos más estimulantes y polémicos publicados en Cataluña en los últimos años.

La Unió Catalanista i els orígens del catalanisme polític, de Tor di Llorens, es una obra radicalmente distinta. Relata la historia de la Unió Catalanista —que no fue un partido político, sino una federa-

ción de entidades- desde sus precedentes y fundación en 1891 hasta 1903, con el acceso a la presidencia de Martí i Julia. Se describen profusamente, por tanto, las asambleas -en 1992 se celebró, con mucho fasto institucional pero sin casi ninguna novedad historiográfica remarcable en el tema del catalanismo, el centenario de la primera, de donde emanaron las «Bases de Manresa»- y las asociaciones catalanistas. Asimismo, reciben particular atención los aspectos ideológicos, las polémicas y escisiones -en especial las que afectaron la federación en los años finiseculares, que enfrentaron a partidarios del problema íntegro y a posibilistas-, y la caracterización de la militancia catalanista. A fines del ochocientos, según Llorens, podemos hablar de entre 2.500 y 5.000 militantes o socios de la Unió Catalanista, de entre los cuales destacan los profesionales liberales -abogados y médicos sobre todo- y los intelectuales, seguidos por los propietarios rurales.

Pueden formularse, como mínimo, dos críticas a este libro. Primeramente, por 10 poco convincentes que resultan las supuestas continuidades directas entre federalismo-carlismo y catalanismo, excepto que no las tomemos como un dogma instaurado por determinados sectores de la historiografía catalanista catalana. En segundo lugar, por la descontextualización en que subyace, durante toda la obra, el catalanismo, especialmente en relación a otras opciones político-ideológicas existentes. Yeso, en un movimiento que planeó sobre éstas, creando múltiples espacios interseccionales, conlleva un parcial entendimiento. El resultado es una investigación cerrada sobre sí misma.

Si el volumen de información contenida constituye el mérito del libro de Llorens, el de Thomas acumula, junto a éste, algunos más, muy destacables por cierto. *Falange, Guerra civil, Franquismo* es un análisis pormenorizado de la construcción de FET y de las JüNS de Cataluña, y de las múltiples tensiones generadas en este proceso, sobre todo entre falangistas y tradicionalistas -yen el propio interior de cada uno de los dos grupos-, pero también con monárquicos alfonsinos y «lligaires». Los falangistas fueron los grandes vencedores, aunque el núcleo más numeroso y consolidado antes de 1936 fuese el representado por la Comunion Tradicionalista. El estallido de la guerra, y en especial el decreto unificador de 1937 -sin olvidar el papel decisivo de personajes como Serrano Suñer-, permitieron a los primeros convertirse en los líderes del nuevo partido en Cataluña lejos de Cataluña. Thomas describe paso a paso, con envidiable mi-

nuciosidad, esta evolución, rastreándola en sus antecedentes durante la segunda república, posteriormente en el territorio llamado «nacional», en el marco de las ofensivas sobre territorio catalán más adelante, y ya, por último, después de la conquista de Cataluña a principios de 1939.

FET y de las JÜNS fracasó, no obstante, en su objetivo de conseguir una rápida y mayoritaria adhesión de la población catalana –y barcelonesa en particular– al nuevo régimen. Thomas apunta, de manera convincente, tres motivos: la errónea percepción del llamado «hecho catalán» y también la de los efectos de la guerra y la derrota, con la durísima represión adyacente, y la difícil situación económica. Cansados de guerra y privaciones, sí, pero no dispuestos a acoger al nuevo régimen como salvador, y menos aún cuando estas privaciones proseguían.

El excelente estudio de Thomas, aparte de basarse en múltiples fuentes documentales escritas, debe parte de su brillantez al gran esfuerzo desplegado de reconstrucción a partir de testimonios orales. Si bien han sido privilegiados los personajes de filiación falangista, hay que animar al autor a que prosiga su trabajo con los tradicionalistas. Podrá completar así la visión sobre un período y unos hechos muchísimo menos documentados y comprensibles antes de la aparición de su libro, que aunque constituya, en principio, un estudio sobre la Falange barcelonesa, trasciende este marco para convertirse en una aportación decisiva para la historia catalana y española, lejos de esa infinidad de estudios localistas que están proliferando en los últimos años en Cataluña y que son, desde mi punto de vista, uno de los principales causantes de la poco boyante situación de la historiografía catalana.

lordi Canal i Morell

DUARTE I MONTSERRAT, ANGEL: *Possibilitats i Federals. Política i Cultura Republicanes a Reus (1874-1899)*, Associació d'Estudis Reusencs, Reus, 1992, 460 pp.

La investigación de Duarte sobre el republicanismo en Reus, durante las primeras décadas de la Restauración, forma parte de un conjunto de estudios de carácter local sobre esta corriente política, llevados a cabo en los últimos años y en distintos lugares. Son trabajos

que responden a la insatisfacción dejada tanto por una historia política excesivamente *madrileña* e institucional, como por una historia social que identificaba exclusivamente al movimiento obrero con los partidos de clase. En el primer caso, apenas conocíamos cuál era la presencia y significación de los partidos republicanos en las distintas poblaciones del país; en el segundo, su misma existencia era ignorada.

Se trata, por tanto, de estudios locales -como, en general, todos los referentes a la vida política durante la Restauración- en los que la reducción espacial de la investigación no responde a razones oportunistas o de pura comodidad, sino que está plenamente justificada, e incluso exigida, por la misma naturaleza de los problemas que se pretende analizar y explicar.

Angel Duarte ya había publicado en 1989 una renovadora investigación sobre el republicanismo catalán en la última década del siglo XIX; siguiendo la misma línea, se ocupa en esta ocasión de *las formas de acción política, los mecanismos de sociabilidad y las expresiones culturales de las clases medias y populares* ligadas al republicanismo, en el ámbito de la ciudad de Reus, entre 1874 y 1899. Estudia cronológicamente los distintos partidos republicanos, contraponiendo el posibilismo, pragmático y caciquil, a una izquierda republicana, compuesta por federales, progresistas y autonomistas, más radical ideológicamente y menos integrada en el sistema. Analiza la prensa y los diversos aspectos de la cultura republicana, como las actitudes ante la enseñanza y el papel de la mujer, y las relaciones con protestantes, masones y librepensadores; igualmente se ocupa de las distintas facetas de su actividad en relación con las actividades económicas, la cuestión social, la política exterior, las crisis coloniales o el catalanismo.

En conjunto, la visión global que ofrece del republicanismo reusense es más positiva de lo que suele ser habitual sobre este movimiento político, al presentarlo como el medio a través del cual los sectores populares de aquella ciudad vencieron de hecho la marginación en la que el sistema quería mantenerlos.

Al mismo tiempo que un trabajo valioso e interesante en sí mismo es una pieza importante para la recomposición de una historia más cerca de la realidad, de una de las corrientes políticas fundamentales de la España contemporánea.

Carlos Dardé

Catallunya i la Restallració, 187.5-1923, Congr s Internacional d'História, Manresa, Centre d'Estudis del Bages, 581 pp.

Este volumen de Actas recoge las comunicaciones presentadas al Congreso Internacional sobre Cataluña y la Restauración que, organizado por el Centre d'Estudis del Bages, se celebró en Manresa durante los tres primeros días de mayo de 1992. La iniciativa pretendía ser una contribución académica e historiográfica a la celebración del centenario de las Bases de Manresa.

El conjunto de las 79 comunicaciones presentadas está dividido en cinco ámbitos: Instituciones y Vida Política (20), Economía (9), Dinámica y Estructura Social (21), Movimientos Artísticos y Culturales (15) y La Vida de Cada Día (14).

La variedad de las contribuciones es extraordinaria y refleja la riqueza de la investigación que se est  realizando sobre este período histórico, en su mayor parte -**la** gran mayoría de las comunicaciones están escritas en catalán- desde la misma Cataluña.

Carlos Dard 

SIERRA MARÍA: *La familia Ybarra. Empresarios y políticos*, Muñoz Moya y Montraveta editores, Sevilla, 1992, 148 pp.

El Departamento de Historia contemporánea de la Universidad de Sevilla ha publicado en los últimos años un conjunto de monografías de gran interés, a las que se añade ahora el trabajo de María Sierra, miembro de ese Departamento, sobre la familia Ybarra. Lógicamente, habida cuenta de la influencia política y poder económico que dicha familia tuvo en Sevilla desde por lo menos la década de 1840, se trata de un estudio esencial para el conocimiento no ya de la historia contemporánea de Sevilla, sino, por extensión, de la política española de la época de la Restauración -**que** es la que estudia la autora-, y de las relaciones entre intereses económicos y poder político (que es cuestión de muchos quilates, y que interesa a ámbitos de análisis que desbordan el ámbito local y aun el nacional).

Lo más meritorio del trabajo -**puesto** que la precisión conceptual y el buen uso de fuentes que lo impregnan son una obligación y no una virtud- es, a mi modo de ver, que la profesora Sierra ni dice

Noticias

obviedades ni cae en burdos reduccionismos sociológicos. Su estudio refuerza, claro está, la tesis de la relación que durante la Restauración existió entre preeminencia económica y protagonismo político. Pero lo hace con gran ponderación y, por ello, con argumentaciones convincentes. *Primero*, porque matiza bien que las razones que llevaron a los Ybarra a la política no fueron sólo económicas (al fin y al cabo, a menudo se olvida que la política no era ni prestigiosa ni lucrativa en la España del siglo XIX –a veces resultaba muy costosa– y que los grupos de presión no necesitaban entrar en política para defender sus intereses). *Segundo*, porque muestra que las élites provinciales –en este caso, los Ybarra– se vieron a sí mismas tanto o más como los representantes de los intereses generales de la provincia que como portavoces de intereses o personales o de grupo. *Tercero*, porque prueba que la ascendencia política de los Ybarra en Sevilla se debió mucho más a su capacidad para gestionar la satisfacción de intereses y necesidades locales y provinciales –a través de la contraprestación de favores con el poder central– y para crear y mantener, por medio del patronazgo y del favor, redes clientelares y relaciones de deferencia, que a la falsificación fraudulenta del voto o a la usurpación ilegal de la representación.

María Sierra propone que esa posición intermedia entre la vida local y el poder central que los Ybarra ocupaban en Sevilla –y como ellos, otras élites económicas y políticas provinciales– constituía una *doble realidad* de poder, y no una ficción. Es una proposición innovadora y sugestiva, que habrá de ser tenida en cuenta. Su trabajo, breve pero enjundioso, lo merece.

Juan Pablo Fusi Aizpurúa

REAL CUESTA, JAVIER: *Partidos, elecciones y bloques de poder en el País Vasco, 1876-1923*, Universidad de Deusto, Bilbao, 1991, 217 pp.

Al cabo de una década de estudios, monografías locales y provinciales, y trabajos de sociología electoral, el empeño de Real Cuesta de integrar esos resultados en un análisis general del funcionamiento del sistema político en el País Vasco, a lo largo de la Restauración, tiene que ser, forzosamente, bien recibido. A partir de una metodología deudora de los avances de la sociología electoral –bloques políticos,

partidos, bases electorales (o mejor, geografía electoral)-, trata de identificar los ritmos y pautas del desarrollo político vasco.

Los logros son desiguales. Un exhaustivo -para la intención *generalizante* del trabajo-- estudio de los resultados electorales y de la organización interna de los partidos -más de unos, los carlistas (de 10 que sabe), que de otros-, contrasta con un menos ambicioso balance en 10 que hace a su objeto de diseño del funcionamiento del sistema político vasco. Y es que ese objeto no se puede despachar con la conclusión de que las polarizaciones de los bloques políticos saltaron a principios de este siglo de la dicotomía liberalismo-tradicionalismo a la nueva de izquierda-derecha, con la particularidad nacionalismo-antinacionalismo para el caso vizcaíno.

Puede que falten cosas, resultados más ambiciosos, pero también, quizá el método no dé para más. De entrada, el espacio de estudio se *provincializa* en exceso. Aunque todos conozcamos las grandes distancias que separan la actuación de una y otras provincias, parece que se debería haber intentado un esfuerzo de mayor integración, de determinar, con sus rasgos diferenciales, coincidencias para todo el País Vasco, si no en los ritmos, sí al menos en la sucesión de cambios generales en esas actuaciones. Esta compartimentación provincial del estudio hace que éste sea un libro singular: es el primero de la historiografía vasca en el que se dedica a Vizcaya la misma atención que a las otras dos provincias.

El método puede dar lugar a esas limitaciones. Real Cuesta hace su análisis teniendo como protagonistas únicos a los sujetos político-electorales (partidos) y a sus prácticas (alianzas y frentes). De esa manera, no valora con suficiente entidad la existencia de grupos de interés que pueden tener tanta o más influencia en una ciudad o momento dado que todo un partido. Por ejemplo, en Vitoria aparece difuminado el grupo católico-independiente, cuando en realidad tiene una presencia determinante en toda la derecha. Otro tanto ocurre con La Piña vizcaína, que al no coincidir en los esquemas clásicos de partido, es minusvalorada. El análisis, no ya político, sino partidocrático, obvia razones de tipo socioeconómico de primer orden. La dificultad de un conocimiento exhaustivo de la realidad de cada lugar, dificulta el análisis y anima a aplicar explicaciones generales en donde 10 que debiera primar es la coyuntura particular. Así, el *datismo* vitoriano no se analiza igual a la luz de una jugada política de determinados partidos que desde el conocimiento del estado de la ciu-

Noticias

dad y provincia, correlación de fuerzas, intentos frustrados anteriores, situación económica, etcétera. Las conclusiones acaban siendo, también diferentes.

El empeño de este trabajo es bueno, y una parte importante de los resultados también. Por ejemplo, es interesante la sucesión que hace de referentes políticos en el carlismo: de fueros y religión (antiliberalismo rabioso) a religión y orden social (conservadurismo radical, pero dentro de un estado liberal: *Detener el avance de la revolución*). Con todo, no agota el tema y sigue dejando abierta la puerta, y sigue haciendo necesaria, tanto la monografía local más amplia que valore otros conceptos o factores importantes (economía, resto de acción política, sociedad), como un análisis aún más ambicioso, más globalizante, del sistema político vasco durante la Restauración.

Antonio Rivera Blanco

GARCÍA-SANZ MARCOTEGUI, ANGEL: *Caciques y políticos forales. Las elecciones a la Diputación de Navarra (1877-1923)*, Pamplona, 1992, 367 pp.

Uno de los tópicos más comunes en nuestra visión política sobre la Navarra de la Restauración ha sido, hasta no hace muchos años, el atribuir a los carlistas una total e indiscutible hegemonía sobre la provincia. No en vano Navarra y carlismo han sido términos casi inseparables; los acontecimientos de julio de 1936 y el posterior curso de los vencedores en aquella ocasión, sirvieron de eficaz pólvora para la difusión de esa idea.

Sin embargo, a medida que se van elaborando estudios más serios y rigurosos sobre su vida política, vamos descubriendo cómo -sin negar el decisivo papel que representó en ella el partido carlista- otro amplio abanico de opciones políticas estaban presentes en la provincia e incluso superaron, en distintas etapas su dominio. De hecho -al igual que ocurre en otras provincias vascas como Guipúzcoa o Alava- el amplio espectro de partidos políticos (además de dinásticos, republicanos y pequeños núcleos socialistas se añaden católicos, carlistas, integristas, euskaros y nacionalistas), supone una inusual pluralidad política dentro de la España de la Restauración, y conceden una importancia -relativa, dada la conocida fraudulencia del sistema electoral- al análisis de sus comicios.

Eso es lo que se ha propuesto el profesor de la Universidad Pública de Navarra, Angel García-Sanz Marcotegui, que ha escogido, con buen criterio, el estudio de las elecciones provinciales. Menos conocidas que las generales o incluso que las municipales, las elecciones a las Diputaciones tienen en Navarra y en el País Vasco una importancia añadida, dadas las amplias atribuciones de estos organismos, cuyo control sobre Ayuntamientos y sobre los mecanismos electorales para la designación de Diputados a Cortes -como bien destaca el autor- las hacían muy atractivas para los partidos políticos. Una mayor participación electoral y una mejor representación del censo, junto a una gestión más inmediata y, por tanto, mejor conocida, hacen que sus resultados fueran además, probablemente, más representativos de la realidad política provincial.

García-Sanz hace un pormenorizado y documentado estudio cronológico de todos los comicios provinciales celebrados entre 1877 y 1923, dando cuenta de todos los avatares políticos que acompañaron cada elección, lo que le permite, al final de su trabajo, ofrecernos unas interesantes conclusiones sobre la implantación de las distintas opciones políticas en las diferentes zonas o distritos, y las etapas de su predominio: sintetizando, dominio de los dinásticos entre 1877 y 1888, de 1890 a 1903 de los conservadores, de 1905 a 1916 de los carlistas, y, por último, hasta 1923, un mayor equilibrio entre dinásticos, carlistas y nacionalistas.

Junto a este análisis electoral, el libro aporta, además, un verdadero estudio prosopográfico, con una gran profusión de datos y noticias sobre los protagonistas de esta actividad política, de los que se indica su posición social, familiar, económica, etc. Con ello García-Sanz -sin duda uno de los que mejor conoce la vida política navarra de estos años, a los que ya ha dedicado otros trabajos de investigación- nos ofrece una visión de su tipología y de sus relaciones que completa nuestro conocimiento sobre los mecanismos de control político en la provincia. Todo ello lo convierten en una obra imprescindible para todos aquellos que quieran conocer la vida política de Navarra de finales del siglo XIX y del primer cuarto del siglo XX.

Félix Luengo Teixidor

GONZÁLEZ DE DURANA, JAVIER: *Ideologías artísticas en el País Vasco de 1900. Arte y política en los orígenes de la modernidad*, Bilbao, Ekin, 1992, 228 pp.

De un tiempo a esta parte, la historia por excelencia (la historia política en su acepción antigua, la social hoy, o de la civilización como prefiere Jover) está recibiendo una serie de aportaciones desde otras disciplinas afines que, entiendo, no están siendo debidamente asimiladas (pienso, por ejemplo, en el magnífico en todos los sentidos libro de Ion Juaristi, *El linaje de Aitor*).

Entre ellos, una serie de trabajos que desde la historia del arte vienen a alumbrar más de un aspecto de la historia general del País Vasco. Tal es el caso de los análisis de Javier González Durana sobre las artes plásticas vascas hecha desde la interdisciplinaridad. En esta ocasión González Durana recopila en forma de libro una serie de artículos suyos aparecidos entre los años 1984 y 1989 (una magnífica obra en su concepción -adelanto ya el comentario- pero en parte frustrada por su factura).

El libro está concebido como una reflexión sobre las «relaciones que se establecieron entre las ideologías políticas y las prácticas artísticas» en el País Vasco en torno al crucial año de 1900. Argumento, sin duda, importante tanto por la fecha -clave para la aparición de la modernidad en esta parte del continente- como por el poder que el pensamiento simbólico y mítico -fundado en torno a cierta estética- tuvo en el origen de las culturas políticas modernas (Cassirer).

Esta es la nervadura que da unidad al libro. En él pueden distinguirse tres claros bloques temáticos en los que se analiza la relación que con el arte mantienen la cultura nacionalista, la socialista y la liberal-industrialista que -con el tradicionalismo, no se olviden- constituían las grandes corrientes ideológicas del País Vasco en la época.

El autor parte del campo de la historia del arte y organiza su trabajo a partir de la «capacidad para evocar» que el artista tiene (la *metáfora* aristotélica o la *alegoría* platónica) y que, realizada la obra, queda a disposición de la comunidad (global o parcial, para su uso consciente o inconsciente, etc.). Perspectiva sumamente interesante y que ha dado notabilísimos frutos en otras latitudes (piénsese en el

programa para la historia de las imágenes del Instituto Warburg y todos sus discípulos a partir de E. H. Gombrich). El objeto es «ofrecer (otra) panorámica de un período del pasado del País Vasco, ya estudiado en sus aspectos políticos y económicos..., a partir de sus pretensiones en torno al arte».

En su primera parte, como decimos, aborda la relación entre nacionalismo vasco y arte. Según González de Durana, dicha relación atravesó en el cambio de siglo por tres momentos cronológicamente solapados. Inicialmente se generaría una corriente ambigua de neorromanticismo local, vinculado al pensamiento foralista de la época, que basaría su estética en la reproducción de viejas leyendas locales, en la idealización del mundo rural y en el historicismo mítico según las pautas del modelo romántico europeo del XIX. En un segundo momento, establecida ya una doctrina nacionalista en torno a la figura de Sabino Arana, ésta -que no éste, quien despreciaría las artes por subsidiarias de la política- lanzaría un programa para la creación de un arte étnico (etnográfico en los detalles y racial en sustancia) que fuera expresión del espíritu propio, una *Geisteswerke*, que alimentara un vasto proyecto de *Volksgeist* para la comunidad vasca -*La raza- en proceso de Liberación*. Finalmente, desde 1900, se produciría una evolución del programa nacionalista que, sin abandonar plenamente la idea de la existencia de temas *genuinamente vascos* (idealizadas escenas populares de entorno rural), pondría el acento en la existencia de una peculiar *sensibilidad artística* surgida del *espíritu de La raza* (independientemente de la voluntad del creador) de la que dimanaría el *arte vasco* (algo similar a lo dicho por Menéndez Pelayo referido a lo español). Este sería el esquema que se aplicaría a la obra de la interesante generación de pintores y escultores bilbaínos de principios de siglo (los Arrúe, Losada, Uranga, Maeztu, Arretxe, Guiard, Zubiaurre, Tellauche, Mogrovejo, ineluso Zuloaga), a quienes se consideró exponentes de aquel arte. Este acercamiento tendría su plasmación en la revista *Hermes* dirigida por Jesús de Sarría (un heterodoxo del nacionalismo, debe advertirse).

El segundo capítulo, menos interesante, hace un recorrido por *La Lucha de CLases* (periódico de los socialistas bilbaínos) para analizar la relación que éstos mantenían con el arte. Nos presenta en él a un Unamuno joven interesado por el programa democratizador en el arte de William Morris y la estética de Ruskin y los prerrafaelistas o en el arte social de Tolstoi; analiza la iconografía de las ilustraciones de

la publicación; y termina haciendo un repaso al papel que el arte cumpliría en la utopía socialista (muy morrissiana, pero también krausista, añadiría): arte como expresión de la colectividad, de lo verdadero, de lo justo y de lo bello, como manifestación de lo auténticamente humano, el nervio vital de todo hombre y estímulo liberador para la clase trabajadora.

En un tercer capítulo se incluyen artículos diversos (entre los que destaca el referido a la interesante personalidad de Gutiérrez Abascal).

Pues bien, como queda dicho, éste es un magnífico libro frustrado en parte. Magnífico en su concepción, sus consideraciones sobre el asunto tratado, y en sus propósitos interdisciplinares -excepcional por lo infrecuente-. Pero frustrado en parte por defectos en su composición y en su factura.

Los más inmediatos son los derivados de la publicación de los artículos aquí recopilados sin la menor modificación respecto de sus originales, ni explicación ninguna. Con ello se resiente en cierto modo la arquitectura del libro (repetición de capítulos, notas no corregidas, etc.). Pero, sobre todo, se echa en falta una bibliografía puesta al día -lo que, sin duda, afecta a los contenidos mismos.

En esa misma dirección viene a abundar el escaso aparato crítico que se utiliza en la obra. Así se explican quizá ciertos excesos historiográficos que contiene el escrito. Del mismo modo, hubiera debido incluirse un comentario diseutado sobre las referencias metodológicas empleadas. Especialmente cuando el libro se mueve en ese complejo mundo de la historia de las artes plásticas y la iconografía -que inciden además en las *filosofías del símbolo*- en relación con la historia del pensamiento político. Un libro donde tantas veces se cita a William Morris, el artesano del arte, se merecía una factura más cuidada.

Bien. Si hay aspectos que lastran el alcance del trabajo, no es menos cierto que, a pesar de ello, la obra sigue siendo de gran interés, porque hay en él a veces un trabajo minucioso —sí, también minucioso—, y en general se trata de un trabajo inspirado, sugerente, brillante en ocasiones, que se merece una edición más cuidada y acabada. Lástima que no se haya aprovechado esta reedición para hacerlo. Los lectores lo hubiéramos agradecido.

Javier Ligarte

MEES, LUDGEH: *Nacionalismo vasco, movuruenlo obrero y cuestión social (1903-1928)*, Fundación Sabino Arana, Bilbao, 1992, 377 pp.

En 1992 se ha cumplido el centenario del nacionalismo vasco, de la primera obra nacionalista de Sabino Arana: *Bizka.ya por su independencia*. En cambio, la historiografía de base científica sobre este movimiento político y social no tiene más de veinte años de vida. En la década de 1970 los historiadores se centraron en analizar su etapa fundacional en el mareo de la revolución industrial vizcaína del último cuarto del siglo XIX, hasta culminar con el conocido libro de Javier Coreuera (1979), mientras que las investigaciones llevadas a cabo en los años ochenta se han volcado sobre todo en la II República y la guerra civil. Entre ambas etapas quedaba poco estudiado el período posaranista (tras la muerte del fundador en 19(3), salvo los artículos de Antonio Elorza recopilados en su libro *Ideologías del nacionalismo vasco* (1978).

Desde entonces apenas se había avanzado en el conocimiento de la etapa que transcurre entre 1903 y la Dictadura de Primo de Rivera (1923), hasta la aparición en el último lustro de diversos trabajos del historiador alemán Ludger Mees, que han culminado con la reciente publicación de una versión revisada y actualizada de su tesis doctoral, leída en 1988 en la Universidad de Bielefeld (RFA) bajo la dirección del profesor Hans-Jürgen Puhle. Como señala este politólogo en el prólogo del libro, la investigación de Mees se sitúa en el contexto de la nueva historiografía social alemana, dentro de la cual sobresale la *escuela de Bielefeld* (Wehler, Kocka). Asimismo, en su interpretación del movimiento nacionalista se constata la influencia recibida de las tesis del historiador checo Miroslav Hroch (*Social Preconditions of National Revival in Europe*, 1985).

Muchas son las aportaciones de la obra de Ludger Mees a la historiografía sobre el nacionalismo vasco y sobre la Euskadi de comienzos del siglo XX. En primer lugar, profundiza especialmente en el decenio que sigue a la muerte de Sabino Arana (con Angel Zabala y Luis Arana al frente del PNV), mucho menos conocido hasta ahora que el siguiente de 1914 a 1923 (con sus fases de auge y de crisis del movimiento nacionalista, siendo el punto de inflexión entre ambas el año 1919). La trascendencia de esa etapa posaranista en la evo-

Noticias

lución posterior del PNV es muy grande, pues en ella se configuran su organización y su programa (condensado en la ambigua fórmula de la *reintegración foral plena*), se produce su expansión fuera de Vizcaya y se constituye como movimiento interclasista y populista, que va penetrando progresivamente en la sociedad vasca durante la Restauración. En el crecimiento orgánico del PNV desempeña un papel capital su abundante prensa, continuando el ejemplo de su fundador, en especial los semanarios regionales y el importante diario *Euzkadi* (nacido en Bilbao en 1913), cuya difusión y su complejo entramado empresarial son desvelados por Ludger Mees en base a una rica documentación inédita procedente de varios archivos privados y públicos.

Sin duda, su contribución principal se centra en el análisis de las relaciones entre las cuestiones nacional y social, entre el nacionalismo vasco y el movimiento obrero, que le lleva a dedicar un capítulo al sindicato Solidaridad de Obreros Vascos, creado en 1911 por iniciativa del PNV para frenar la influencia socialista en la clase obrera vasca. En este aspecto destaca por su novedad el estudio que hace del feudo solidario: los astilleros «Euskalduna» de Bilbao, propiedad del gran naviero nacionalista Ramón de la Sota Llano, demostrando el «amarillismo» de SOV en dicha empresa gracias a la consulta de su propio archivo. Ludger Mees hace hincapié en la ausencia de un programa social en el PNV de la época, esgrimiendo su «neutralismo social» y la armonía de clases, incluso en el caso de su sector radical e independentista escindido en 1921 (*Aberri*), que de ningún modo puede ser considerado un partido de izquierdas. (Hasta la fundación de Acción Vasca en 1930 no existió una izquierda nacionalista de Euskadi.) También investiga empíricamente la base social del nacionalismo vasco, resaltando la adhesión de la juventud y su marcado interrelasismo, tema éste que ya abordó el mismo autor en su libro anterior titulado *Entre nación y clase* (1991).

En suma, los trabajos realizados por Ludger Mees, profesor de la Universidad del País Vasco, viene a colmar el vacío historiográfico que existía sobre el nacionalismo vasco de 1903 a 1923 y confirmar el buen momento de la nueva historiografía vasca, uno de cuyos puntales han sido los estudios sobre la ideología y la fuerza política hegemónica en la actualidad en Euskadi. Libros como éste coadyuvan a desentrañar el *laberinto vasco* al dar a conocer con rigor sus raíces históricas.

José Luis de la Granja Sainz

RIVERA BLANCO, ANTONIO: *La ciudad levítica, Continuidad y cambio en una ciudad del interior (Vitoria, 1876-1936)*, Diputación Foral de Alava, Victoria, 1992, 489 pp.

Estamos, según afirma el autor en la introducción de este excelente trabajo, ante «un libro clásico en su arquitectura». El sentido de estas palabras lo explicita inmediatamente al señalar su objeto de estudio más cercano «al mundo de las cosas que al de las ideas». Lo que hemos de entender como un apartamiento de las corrientes que confluyen en la denominada nueva historia cultural. Caracteriza a esta nueva historia, además de un interés prioritario por el análisis del discurso, una renuncia más o menos consciente a producir una explicación científica y coherente del cambio en el pasado en beneficio de la afirmación de lo particular, de lo contingente y lo episódico.

La búsqueda de una explicación estructural de los procesos humanos que caracterizaba la labor de los historiadores hasta los años sesenta -aunque hay que tomar esta periodización con las mismas reservas que tomamos cualquier otra en el ámbito de la historiografía- ha dejado paso a esta altura de principios de los noventa a una preocupación por lo minúsculo apoyada en técnicas procedentes de disciplinas afines, tales como la antropología y el análisis literario; la influencia de la sociología se ha hecho persistente ya desde etapas anteriores.

Pues bien, si convenimos en que son las expresadas las tendencias principales que dominan el panorama historiográfico occidental -en el que debemos insertar cualquier producción vasca y española a pesar de su relativo aislamiento de la misma- debemos felicitarnos del clasicismo reivindicado por Antonio Rivera, pues en él se resume un intento de resistencia a esta historia fragmentada. La del profesor Rivera aspira a ser una historia total, por más que se trate de una totalidad reducida, la que cabe en el marco físico de Vitoria. Como él mismo nos dice, ésta «es, o quiere ser, la historia de una ciudad», o lo que es lo mismo, de la continuidad y el cambio en la misma, en definitiva de su proceso de modernización. Esta centralidad del proceso de modernización nos sugiere una primera apreciación positiva, por cuanto expresa su intento de construir un principio de inteligibilidad de todo el desarrollo histórico contemplado, de ahí el apelativo de resistencia con que la caracterizábamos, aunque inmediatamente debamos añadir algunas reservas.

El estudio de Rivera intenta zafarse de las consecuencias más negativas del empleo de conceptos como el de modernización, en concreto, y en palabras de Fontana, de su alusión a un orden social autorregulado. En este sentido apunta su preocupación por definir las formas y las fuerzas que provocan el cambio histórico, pero la centralidad de la ciudad, de su proceso de modernización, hace que esas fuerzas no sean tanto el motor como «el reflejo» de los cambios, y que el protagonismo que alcancen no sea propio, sino, como él mismo afirma refiriéndose a la clase obrera, «transferido». Con todo, y aunque consideramos el señalado como el flanco más vulnerable a la crítica, su profundidad ha de ser matizada de inmediato.

La ausencia de un *mapa cognitivo global*, en expresión de J. Lame-son, de un principio o principios reguladores del proceso social, no es algo que pueda apuntarse en detrimento de esta obra, por cuanto afecta al conjunto de las ciencias sociales, y la tarea de construirlo, de ser ello posible, implicaría la colaboración de todas las personas implicadas en las mismas.

Quedémonos; por de pronto, con las valiosas aportaciones que Rivera realiza a la historiografía vasca, señalando, como ya lo hiciera el profesor Miralles, que con este estudio, y con los trabajos hasta ahora publicados, contribuye el autor a equilibrar el panorama historiográfico de la Comunidad Autónoma Vasca, hasta ahora excesivamente centrado en investigaciones sobre Vizcaya, y, en menor medida, Guipúzcoa. No menos reseñables resultan los apartados dedicados a la Dictadura de Primo de Rivera, que unen a su interés intrínseco la circunstancia de contribuir a paliar la ausencia de un estudio monográfico sobre el período; también como avance de lo que en el futuro podrá constituir una monografía, cabe señalar su dedicación a la CNT alavesa. Por encima de todo ello, y superando el marco de los estudios sobre Euskadi, resalta el carácter modélico que este trabajo supone para todas las ciudades de interior. El escenario vitoriano puede ser tomado como paradigma de la estabilidad de estas ciudades frente al dinamismo y la conflictividad que, en un esquema frecuentemente exagerado, caracterizaba los núcleos de población periféricos. Lo que no impide reconocer la presencia, en ocasiones, de episodios conflictivos de relevancia, pero lo que define la ciudad de Victoria es la estabilidad de todas sus esferas y su dependencia para el cambio de lo que acontece fuera de sus límites. Es, lo afirma el autor, caja de resonancia de fenómenos que se orquestan fuera.

Las casi quinientas páginas del libro de Rivera se abren con una descripción de la ciudad a finales del siglo XIX y principios del XX que preludian lo que será una constante de todo el trabajo, la variedad de planos de análisis ensayados. En efecto, junto a un análisis de crecimiento físico de la ciudad, que se aproxima al campo de la geografía urbana, encontramos la caracterización del crecimiento demográfico y la división de la sociedad vitoriana por sectores de actividad. La terciarización de su población activa, con más de un 45 por 100 de la misma integrada en el clero, la fuerza armada y el servicio doméstico sirve de excusa para el apelativo de «levítica» que aparece en el título, aunque su significado resuena más allá de este dato empírico. Todo ello se acompaña con la definición de la estructura industrial, las causas del fracaso de las iniciativas empresariales ensayadas y la consiguiente gestación de una psicología empresarial defensiva. Por último se exponen los primeros pasos del movimiento obrero en la ciudad y la desconexión entre poder socioeconómico y político que, llevando al poder provincial y local a organizaciones con importante base popular, provocó el no funcionamiento del sistema canovista en Vitoria.

Esta situación se modificará en el segundo de los tres grandes períodos estudiados y que abarca desde 1915 a 1930. Destaca en primer lugar la reiterada elección de Dato como diputado provincial, algo que, pese a tener una motivación de carácter clientelar, no supuso cambios económicos importantes para la ciudad, que tampoco supo aprovechar la coyuntura favorable de la primera guerra mundial para provocar un despegue de su economía. En lo político sus efectos fueron más importantes contribuyendo a modificar los espacios ocupados por las distintas fuerzas sociales y políticas. La Dictadura de Primo de Rivera, además de efectos en este mismo ámbito, supuso el inicio de distintos procesos, como la democratización de la sociedad, que madurarían durante la República.

El período republicano asiste al asentamiento de las relaciones laborales, culminando un proceso de estructuración y articulación de los intereses obrero-patronales desarrollado en la etapa anterior, aunque para ello fuera necesario el debilitamiento de la CNT que inició, desde los primeros momentos del régimen, una política de hostigamiento hacia la República. La hostilidad fue también la nota dominante desde el otro lado del espectro político; la derecha tradicionalista, que conservó su electorado, se comportó como una fuerza an-

Noticias

tisistema. La etapa republicana supone la culminación del estudio de Rivera con el dibujo de importantes transformaciones que no supusieron, sin embargo, la modernización definitiva de la ciudad, lo que no ocurrirá hasta la década de los cincuenta y sesenta de este siglo.

Si, para concluir, añadimos a lo ambicioso del proyecto hasta aquí esbozado y, en nuestra opinión, felizmente culminado, las características de rigor en la fundamentación empírica y en el análisis de los procesos, la actitud desprejuiciada frente a todos los fenómenos y el ritmo y la precisión en el relato de los acontecimientos, concluiremos en reconocer en el de Ribera un trabajo bien hecho.

José Javier Díaz Freire

DOMÍNCUEZ CASTRO, LUIS: *Viños, viñas e xentes do Ribeiro. Economía epatrimoniojamiliar, 1810-19.52*, Ed. Xerais, Vigo, 1992, 272 pp.

Para los que no conocen bien Galicia, el título de este libro puede parecer que su contenido se limita a una parcela muy concreta –la actividad vitivinícola– de la historia de las gentes de una comarca específica: O *Ribeiro*. Pero nada más lejos de la realidad.

En primer lugar porque, como dice Ramón Villares en el limiar o prólogo, «si hay alguna comarca en Galicia que tenga poder de evocación positiva y simpática en la imaginación popular, ésta es sin duda el Ribeiro orensano atravesado por ríos tan humanizados como el padre Miño, el abacial Avia o el caballeresco Arnoia». Ribadavia y sus entornos ha sido, desde la baja Edad Media, una parte muy importante de la economía rentista gallega y un producto imprescindible tanto en las mesas de las clases privilegiadas como de las populares.

Además de la centrada elección temática, el libro de Luís Domínguez sobresale por la utilización sistemática, aunque no exclusiva, de documentación privada, no siempre fácil de manejar.

Planteado bien el objetivo y con las herramientas adecuadas a tal fin, el resultado no podía ser más interesante. Las vigas maestras o ejes principales de la investigación son dos: el estudio de la evolución de la propiedad de la tierra y de las familias fidalgas de la zona a través de su principal fuente de riqueza: el vino.

Pero en torno a estas dos ideas marco hay un estudio complejo y rico con brillantes referencias al devenir histórico de la hidalguía del Ribeiro durante el XIX y parte del XX, el origen y formación de sus patrimonios, su desintegración, los ingresos, la organización de la producción, la contabilidad, su comportamiento en las subastas de la desamortización, la comercialización del vino, los préstamos y la mentalidad rentista, los gastos en general, la alimentación, los estudios y la cultura, la vida cotidiana de las clases dirigentes y de los jornaleros, la economía doméstica y los cambios técnicos, las prácticas de cultivo, la vinificación, etcétera.

En definitiva, a través de las doscientas setenta y tantas páginas de este libro, redactado en un gallego conciso y bien escrito, su autor hace, por un lado, un aporte fundamental a la historia agraria de Galicia describiendo la evolución de una de las clases sociales más características en Galicia, *la fidalguía ribeirá* hasta su fusión con la burguesía y la aparición del *propietario*, la nueva figura dirigente durante la Restauración; por otro lado, recorre la historia del principal protagonista, el propio producto, el vino del Ribeiro, sus vicisitudes, sus dificultades, sus plagas, su elaboración, sus innovaciones técnicas, su estricto carácter gallego, etcétera.

Como en otros campos de la vida histórica en Galicia, este mundo, esta organización económica y rural, este sistema productivo irá desapareciendo poco a poco por la incidencia del principal factor de la contemporaneidad gallega: la emigración.

Jesús de Juana

POSE ANTELO, JOSÉ MANUEL: *La economía y la sociedad compostelana a finales del siglo XIX*, Universidad de Santiago de Compostela, 1992, 370 pp.

El nombre de Santiago de Compostela va indefectiblemente unido a su carácter universitario y metropolitano. La imagen que un profano tendría de la actividad y las gentes de la Compostela decimonónica sería la plaza del Obradoiro o de la Universidad poblada de tejas clericales, togas y trajes académicos y estudiantes famélicos y astutos.

Con la experiencia de quien ha trabajado muchos años sobre temas compostelanos (red viaria y ferrocarril, banca, emigración a

América, etc.), el profesor Pose Antelo nos muestra en este libro más la ciudad real que era Santiago durante la primera fase de la Restauración que la estereotipada que nos podíamos imaginar.

El estudio comienza con unas cuestiones preliminares en las que se hace hincapié en el despojo político-administrativo y el estancamiento demográfico y urbanístico que va a sufrir la ciudad del Apóstol durante la primera mitad del siglo XIX.

Después se analizan de manera exhaustiva y concienzuda los sectores económicos. Pose Antelo pasa revista a la utilización y distribución del suelo, a los sistemas de cultivo, a la producción y consumo de cereales, al régimen, estructura y dimensiones de la propiedad, la ganadería, la evolución de los precios... La conclusión general no parece demasiado optimista: baja productividad, inexistencia de excedentes, descapitalización y emigración. En definitiva: una agricultura en crisis permanente.

En cuanto al sector secundario, muy reducido y de marcado carácter artesanal y manufacturero, podemos resumir las numerosas estadísticas, relaciones y clasificaciones que se aportan, por lo general extraídas de los libros de matrícula industrial, diciendo que los establecimientos «industriales» eran escasos y de poca entidad, sin apenas mecanización de la energía humana, animal o hidráulica.

Ya hemos dicho que la Compostela finisecular en una ciudad esencialmente comercial y de servicios. Dejando a un lado a la Iglesia metropolitana y a la Universidad, el autor se centra esencialmente en un tema que conoce perfectamente: los transportes. Explica con todo lujo de detalles los caminos y las carreteras, el ferrocarril, los itinerarios, el tráfico de viajeros y mercancías, las empresas, y algo tan importante para las microeconomías familiares como eran los precios. Después de describir los comienzos y evolución de las primeras entidades bancarias (la Caja de Ahorros y Monte de Piedad de Santiago y la sucursal del Banco de España) se centra el análisis del profesor Pose en el comercio y la hostelería, principal actividad económica. El comercio estaba orientado al consumo local y comarcal y a satisfacer las necesidades primarias (el 50 por 100 pertenecía al ramo de comestibles, el 28 por 100 al del vestido). El ramo de hostelería contaba en 1893 con tres fondos de primera categoría, «bastantes» casas particulares de huéspedes, siete cafés, cuarenta tabernas y veinte bodegones.

La segunda parte de la investigación está dedicada a la sociedad. José M. Pose es especialmente brillante en la descripción de los com-

ponentes y la actividad y comportamiento de las distintas elases santiaguesas. Un trabajo extraordinariamente minucioso es la larguísima relación de asociaciones religiosas (Cofradías, Congregaciones, Comunidades religiosas...), Sociedades Benéficas, Obras benéfico-religiosas, Sociedades de Socorros Mutuos, Sociedades recreativas e instructivas, Asociaciones políticas, Real Sociedad Económica de Amigos del País de Santiago (se limita a reconocer lo más importante del excelente trabajo de Fernández Casanova) y Cámara de Comercio, describiendo su fundación, sus dirigentes, sus objetivos, sus actos más representativos...

Especial interés tiene el último capítulo dedicado al movimiento obrero y la conflictividad social. Se inicia con el riguroso examen sobre las características del mundo obrero santiagués (número, salario, jornada laboral, etc.) para pasar después a un interesante análisis sobre la implantación del movimiento obrero y la puesta en práctica de acciones organizativas (más de una docena de sociedades de resistencia) y reivindicativas, especialmente las huelgas de mayo de 1890 y enero de 1896. El estudio termina con una referencia a la actitud de la jerarquía eclesiástica compostelana ante el problema obrero y la creación del Círculo Católico de Obreros.

Para concluir, yo diría que el excelente y denso libro del profesor Pose tiene la virtualidad de adentrarnos en el conocimiento preciso y concreto de la sociedad y de la actividad diaria de una singular ciudad gallega en ese indeterminado tiempo, entre el mundo tradicional y el denominado «moderno» o capitalista, que es la Restauración decimonónica.

Jesús de Juana

CASTRO, XAVIER, y JUANA, JESÚS DE (eds.): *Mentalidades colectivas e idcolox[as]*, (VI Xornadas de Historia de Galicia), Diputación Provincial de Ourense, 1992, 287 pp.

Si la publicación en 1990 de las V Xornadas de Historia de Galicia -tras un estudio preliminar sobre la evolución de la población gallega en la etapa contemporánea- se centró en un tema capital que marcó la propia personalidad de los gallegos, *la emigración a América*, analizada tanto desde los factores de expulsión y atracción como de relación, el volumen de las VI Xornadas aparecido este año

aborda parcelas y temas diferentes que tienen como vértice unificador las ideologías y las mentalidades colectivas. Elites y masas, ambos sujetos colectivos son coprotagonistas mancomunados (y a veces enfrentados) de la marcha de la historia y, por consiguiente, los dos resultan imprescindibles para poder comprender en su justo término las ideas, las pasiones, las actitudes y los comportamientos de la sociedad gallega.

La temática de las representaciones colectivas se ha erigido actualmente en una respetable parcela histórica incardinada en la construcción de la historia total, difundida tarde y cultivada poco en Galicia, por lo que este libro significa una aportación novedosa en este concreto campo historiográfico, amén de la positiva valoración de los trabajos específicos que en él se recogen y que pertenecen todos ellos a reconocidos historiadores gallegos. A lo largo de sus doscientas ochenta y siete apretadas páginas van desfilando asuntos tan sugerentes como la relación entre la economía y la ideología en la burguesía coruñesa, la mentalidad de la sociedad rural ante la escolarización de la mujer, la etiología de la desertión militar, la educación y el calvosotelismo en el Orense republicano de los años treinta, la actitud y el sentimiento ante la muerte y el más allá, o la significación de los banquetes fúnebres, entre otros.

Jesús de Juana

ROBLES, LAUHEANO: *Miguel de Unamuno. Epistolario inédito*, Espasa-Calpe, Madrid, 1991, 2 vols.

Sin duda se debe estar muy agradecido a Laureano Robles por la importante labor de recopilación que ha llevado a cabo al coleccionar casi quinientas cartas, desconocidas hasta el momento, de Miguel de Unamuno. Sin embargo, este trabajo de primera magnitud queda oscurecido para el lector interesado en esta temática por la forma en que el autor presenta el resultado de su esfuerzo. Por desgracia, este libro no está destinado a renovar los estudios unamunianos, a no ser que sea objeto de una reelaboración que, además, ha de ser muy a fondo.

De todos es conocida la *epistolomanía* de Unamuno, justamente recalcada por Robles en su brevísimo prólogo a esta edición. Si las cartas de Ortega son siempre importantes y aun decisivas para inter-

pretarle, en el caso de Unamuno encontramos en su producción epistolar la expresión más auténtica y espontánea de su intimidad. Además, en el caso del escritor vasco ésta resulta tan ligada a su pensamiento que en realidad es imposible estudiar este último sin tener en cuenta aquélla. La crisis religiosa unamuniana y su evolución antimonárquica, a partir de su enfrentamiento con la Dictadura de Primo de Rivera, a título de ejemplo, sólo pueden ser interpretadas, como de hecho ya lo han sido, teniendo en cuenta las cartas que escribió durante ambos períodos cruciales.

Sin embargo, lo lógico hubiera sido hacer una edición completa del epistolario unamuniano, dirigido principalmente a especialistas, aun abierto, como es lógico, a posteriores incorporaciones que fueran apareciendo. Laureano Robles, en cambio, ofrece quinientas cartas por completo al margen de las más numerosas que ya han sido publicadas y lo hace, además, de una edición popular. En realidad la utilidad que esta fórmula editorial tiene es escasa para el especialista y desorientadora para el gran público. El especialista en este libro no encuentra más que uno de esos epistolarios eruditos aparecidos en revistas literarias de escasa circulación; el propio Robles ha publicado cada año un mínimo de tres y un máximo de cinco, a partir de 1986. Eso quiere decir que es necesario no sólo concluir la labor de recopilación, sino completarla con otra de reinterpretación biográfica o del pensamiento del escritor vasco. En cuanto al público lector, puede acabar por tener una imagen distorsionada de lo que es Unamuno. Este epistolario, como todos los del escritor, es expresión de su intimidad, pero no puede decirse de él que obedezca a la explícita voluntad de someterse a un género literario, como a menudo sucede en escritores de otras latitudes, franceses o británicos. El lector no gustará del Unamuno escritor leyendo sus cartas, aunque éstas puedan ser útiles e incluso imprescindibles para interpretarle. Por eso no basta poner una carta tras otra.

Hay otro inconveniente en esta publicación que nace de la forma en que está anotada. Testimonia, por supuesto, trabajo y erudición por parte del compilador, pero no facilita, en cambio, la comprensión por parte del lector del sentido de las cartas. De nada o de muy poco sirve saber el número de cartas que se conservan de un correspondiente o de otro. Tampoco se nos informa de lo escrito por los destinatarios de las cartas y, sobre todo, falta la mención de la circunstancia histórica en la que cada una de las cartas se escribieron.

En definitiva, lo que hubiera sido de desear es que con este material se hubiera hecho una edición completa del epistolario unamuniano, con un buen prólogo y un número suficiente de notas. En una edición de bolsillo y con los inconvenientes mencionados el lector tiene la sensación de que el trabajo considerable que este libro supone resulta fallido.

Genoveva Garda Queipo de Llano

REY REGUILLÓ, F. DEL: *Propietarios y patronos. La política de las organizaciones económicas en la España de la Restauración, 1914-1923*. Ministerio de Trabajo y Seguridad Social, Madrid, 1992, 919 pp.

«Invertebrado y plural era aquel mundo patronal, como plurales fueron sus actividades ante los problemas económicos, ante la reforma social, ante la conflictividad y ante las vicisitudes de la vida política». Esta es una de las conclusiones, quizás la conclusión global, del libro de Fernando del Rey. Detrás de su aparente sencillez se esconde el resultado de un trabajo riguroso y muy documentado, lleno de propuestas sugerentes y retos interpretativos.

El autor estudia un período, el de la crisis final de la Restauración -centrándolo aproximadamente entre los años 1914 y 1923—, que, si bien está alcanzando cada vez mayor protagonismo en la actual producción historiográfica, no ha gozado de demasiado fervor hasta fechas recientes. El propio concepto de *crisis* al que se asocian estos años, especialmente intensos y conflictivos, han propiciado la tendencia al balance de apresurada liquidación negativa del período de la Restauración. La visión *pesimista*, esto es, la que cree en la ineluctabilidad de su desenlace -**la** dictadura de Primo de Rivera «rematando un cuerpo enfermo», según conocida expresión de R. Carr- se ha abonado con imágenes profundamente negativas, algunas de ellas estereotipadas y en buena parte heredadas de viejas interpretaciones. Así, por ejemplo, se ha destacado la incapacidad e inmovilismo de la clase política, se ha hablado de un Estado *capturado* por los intereses económicos o complaciente esclavo de los grupos de presión y se ha dibujado un conflicto bipolar (clases empresariales o propietarias/clases trabajadoras) que, con escasas matizaciones, se convertía en un retrato de verdugos y víctimas. Fernando

del Rey se decanta claramente por una visión más *optimista* de las -cercenadas- posibilidades de evolución de este sistema político y relativiza el papel atribuido a algunos de sus protagonistas. Para ello centra su atención, en este complejo escenario de la decadencia, en algunos de sus más destacados intérpretes: los patronos, los empresario y los propietarios organizados. Analiza su organización, sus respuestas ante la política económica y la reforma social, sus actividades en los conflictos sociales y sus vinculaciones políticas.

La elección de estos sujetos de estudio no resulta especialmente original, pero sí lo es su aproximación a los mismos. No hay *beligerancia* contra el sujeto histórico, y sí un intento de comprender sus pautas de comportamiento colectivo en función de los condicionamientos objetivos del período. En este aspecto, se aleja definitivamente de cierta historiografía del movimiento obrero en la que los planteamientos morales primaban sobre el análisis desapasionado de los hechos históricos, 10 que conducía, en muchos casos, a interpretaciones un tanto maniqueas y condenatorias.

Fernando del Rey pretende romper tópicos y análisis petrificados. Por lo pronto, uno de esos mamotretos pétreos conceptuales que desmenuza es el del «bloque de poder dominante» -expresión e interpretación que se vienen cuestionando últimamente algunos historiadores. En sus análisis de las relaciones entre el poder político y los poderes económicos retrata un mundo plural, heterogéneo y conflictivo de demandas y respuestas, que refuta tanto la idea de docilidad del Estado frente a las fuerzas económicas (correa de transmisión), como su *secuestro* final por parte de los grupos de presión. Tampoco existe homogeneidad -*señala*- ni en el comportamiento, ni en los objetivos políticos ni siquiera en las reivindicaciones de los diferentes grupos patronales. Ello no sólo se ilustra por la autorización organizativa de estos grupos patronales, sino por las propias divergencias internas que separaban a sus miembros en los ámbitos de la militancia política y de la actividad «morales» hacia las clases trabajadoras -*tal vez*, la gran reclamación común de *orden social* sería el único factor de plena coincidencia-o En este sentido, el análisis que realiza F. del Rey de las implicaciones patronales en los conflictos sociales resulta especialmente desmitificador. El autor interpreta como *reacciones defensivas* muchas de las actitudes *duras* que alimentaron las fuerzas patronales frente al movimiento sindical de izquierdas, tanto en el marco de las relaciones laborales como en el de la con-

frontación directa y la política regresiva (en sus diversas vertientes). Critica —y éste es uno más de los retos interpretativos de su trabajo— la tesis del terrorismo patronal, cuya importancia real minimiza. Dibuja con toda su complejidad las relaciones entre patronos y sindicatos libres, para concluir afirmando que no existía tan clara involucración entre ambos, con excepción de individualidades concretas. El papel de los libres, concluye —y de nuevo lanza una tesis rupturista—, tiene sentido en lo que «cabe calificar (...) como guerra civil proletaria» o «guerra intersindical». Como estas afirmaciones ahondan en la percepción —aunque no lo haga explícito en su trabajo— de la necesidad de abordar las fracturas verticales en el análisis de las clases y grupos que, durante mucho tiempo, se han venido considerando como estratos horizontales impermeables conscientes de su clase e imbuidos de un espíritu común.

El análisis del corporativismo en su compleja polivalencia —como elemento clave en la comprensión de la evolución de las fuerzas sociales y su relación con el Estado de este país—, es otro de los elementos cardinales en la tesis de Rey Reguillo. Bajo el prisma de los postulados y el renovado marco competencial de las teorías corporativistas estudia un hecho, la *estampida organizativa*, que no sólo resulta generalizado en otros países en el mismo período, sino que responde a múltiples factores entre los que la superación del modelo de relaciones del Estado liberal hacia nuevas formas (más democráticas o reaccionarias) es un hecho que complementa o supera las estrictas motivaciones económicas.

Para terminar cabe destacar un último elemento del trabajo que se reseña —aunque otros muchos, dada su riqueza y extensión, hayan sido obligatoriamente omitidos en esta apretada síntesis— o El autor apuesta abiertamente por una historia de ámbito *nacional*. Puede que tenga fisuras debido a la imposibilidad de atar, en tan ambicioso proyecto, todos los cabos. Pero resulta sumamente gratificante encontrarse con este tipo de trabajos en los que al efecto globalizador se suma una generosa aportación documental y un valiente afán renovador. Es, sin duda, revisionista y polémico. Aunque va más allá en sus conclusiones que en la matizada elaboración. Quizás porque demanda un debate, siempre saludable y enriquecedor.

María Jesús González Hernández

PEÑARRUBIA I MARQUÈS, ISABEL: *Els partits davant el caciquisme i la qüestió nacional a Mallorca (1917-1923)*, Consell Insular de Mallorca i Publicacions de L'Abadia de Montserrat, Barcelona, 1991, 735 pp.

Con el objetivo de explicar cómo se realizó mediante el caciquismo la integración de la sociedad mallorquina en el «Estado español» durante la Restauración, dos son las pautas metodológicas que, asumidas explícitamente, guían toda la obra de Isabel Peñarrubia: en primer lugar, la llamada *interpretación nacionalista* de la historia; y en segundo lugar, el análisis *de clase*. Con tales presupuestos de partida, el estudio gira en torno a la supuesta contradicción que se dio entre «un Estado opresor» y una «nación oprimida», fruto de la cual habrían sido los dos tipos de nacionalismo político que pretendidamente se enfrentaron en la isla de Mallorca: el español y el catalán, con clara victoria del primero sobre el segundo. El responsable de tal desenlace fue para la autora el caciquismo, al que desliga de las teorías de la desmovilización, caracterizándolo como un sistema de dominación económica y de control social más que como un «simple» hecho político y de manipulación del electorado. Si ello fue posible, según Peñarrubia, no sólo se debió a los instrumentos de coerción que se imponían desde «Madrid» (gobernadores civiles, jueces corruptos, alcaldes y concejales marionetas...), puesto que las propias «clases dominantes» de la isla (la oligarquía agraria terrateniente y los grandes comerciantes contrabandistas, éstos como clase que deviene «hegemónica» en el período) tuvieron mucho que ver en ello desde el momento en que se adoptaron consciente e interesadamente el papel de *simples comparsas* de los gobiernos dinásticos, del más *extremo* centralismo y del más *intransigente* españolismo. Y todo ello, como es obvio desde esta perspectiva, al margen de los «verdaderos intereses» de Mallorca, de los que la autora repetidamente se siente portavoz.

En las limitaciones de los análisis «de clase», por sabidas, no es cuestión de abundar ahora. De la *interpretación nacionalista* de la historia, sea cual sea el objetivo que le acompañe, cabe recordar, sin embargo, que a lo largo del tiempo se ha revelado como un instrumento ideal para la edificación de proyectos políticos excluyentes de esa misma índole; pero resulta lícito dudar, no obstante, de su efica-

cia para el análisis desapasionado y no mixtificador de realidades preteritas. La historia que se hizo bajo los sueños imperiales del franquismo, por citar un caso, fue un buen ejemplo de ello. La historia que se hace en la actualidad en ciertos sectores de nuestra historiografía -minoritarios sin **duda**- parece que se está dejando seducir por idénticos fantasmas y no menos similares peligros, si bien al amparo de otras banderas y de otros mitos. El libro de Isabel Peñarrubia constituye un trabajo verdaderamente descomunal, derrocha esfuerzo, se basa en una cantidad ingente de fuentes, reúne incluso materiales que, sin el corsé de la militancia política, resultan sumamente útiles para el conocimiento de la historia reciente de Mallorca. Por ejemplo, es encomiable la información que aporta sobre el arraigo y la base social de las distintas corrientes y partidos políticos en la isla (dinásticos, republicanos, socialistas, regionalistas, carlistas...), o, con independencia de los juicios de valor en los que la autora se deja prender y el desequilibrado tratamiento que de las fuerzas políticas hace primando al regionalismo ya sus homólogos - a pesar de que la conciencia nacionalista aparece como minoritaria-, resulta encomiable también el análisis de las actitudes de los distintos grupos ante la llamada «cuestión nacional». Pero todo esto no basta para convencer al lector de las tesis que se defienden, salvo que la historia en sí misma se considere un arma de la que servirse para la construcción de un determinado proyecto social y político.

y no convence porque los supuestos de partida son en gran medida erróneos cuando no abiertamente sesgados. Primero, da por sentado que existe un fuerte nacionalismo español, expansivo y agresor al servicio de las «provocaciones centralistas» y de la «castellanización», cuando en realidad del nacionalismo español sabemos muy poco porque es un tema que todavía se halla sin estudiar. Pero además, como bien ha advertido -entre otros y por citar a un historiador catalán- Borja de Riquer recientemente, lo que define al nacionalismo español que sale de la revolución liberal con el aplauso de muchos sectores de la burguesía catalana es su extrema debilidad. Ya durante la Restauración, el Estado que la autora dibuja como «opresor», en justicia no se puede afirmar que fuera un Estado policial, pues el grado de libertades que la constitución garantizaba era muy amplio. Por no hablar de sus recursos. Aquél era un Estado sumamente débil y pobre, por lo que parece exagerado atribuirle todos los males de la sociedad mallorquina: que las carreteras, por ejemplo, se

hallasen intransitables resultaba normal en todo el país; que el Estado cobrase impuestos que disgustaban a los contribuyentes isleños y les llevaban a movilizarse no difiere para nada de la presión impositiva y de las movilizaciones antifiscales que se dieron en el resto de España; que las leyes se hacían en Madrid no tiene por qué extrañar porque el Parlamento se ubicaba allí y en cualquier caso las leyes eran iguales para todas las provincias y regiones. No era aquélla, obviamente, la España de las autonomías. En consecuencia, ver a Mallorca y al resto de los llamados *Paisös Catalans* poco menos que como colonias donde se cebaba la *depredación centralista* conlleva el riesgo de caer en las fronteras de la alucinación, sin olvidar que ese esquema sería igualmente aplicable al resto del territorio español existieran o no *singularidades nacionales*.

En segundo lugar, si tan intenso fue el proceso de «españolización» —que la autora confunde con la cultura castellana haciendo el juego, paradójicamente, al tan cacareado españolismo (Jos españoles se transfiguran de este modo en «peninsulares» y España en «la Península») —, ¿por qué después de doscientos años de «irracionalidad centralista» el 95 por 100 de la población isleña no hablaba y ni siquiera entendía el castellano? ¿Por qué —como también reconoce la propia autora— la cultura popular mallorquina permanecía íntegra a la altura de 1923, pese a la injerencia estatal y la *traición* españolista de las «clases dominantes»? ¿Por qué la mayoría de los regionalistas o autonomistas se consideraban también españoles? ¿Era y es incompatible sentirse catalán o mallorquín, y hablar la lengua de la tierra, con una idea plural de España y de lo español? Si los partidos turnantes se erigían en *correas de transmisión perfectas* del españolismo, ¿por qué bastantes dinásticos —mauristas, datistas, liberales— defendieron la singularidad lingüística y cultural de la isla? ¿Por qué los proyectos de descentralización administrativa municipal indiscriminadamente los considera la autora tácticas para neutralizar los nacionalismos periféricos? ¿Acaso no se acomodaban mejor a la realidad española de la época donde todo se hallaba imbuido de localismo? En ese sentido el caso de Mallorca parece paradigmático, como lo prueba no sólo que la cultura castellana hubiera sido asumida exclusivamente por algunas élites, sino también el hecho de que, salvo grupos minoritarios, se recelase de Cataluña, del pancatalanismo y más en concreto de Barcelona, por ser un centro de potencial poder político y administrativo más cercano especialmente que

Madrid. Ese recelo, por lo que se desprende de este libro, parecía mucho más afincado en la sociedad mallorquina que el recelo hacia el Estado y el rechazo de la idea de España en sus distintas versiones.

Muchas más contradicciones quedan sin resolver en la obra de Peñarrubia. Aquí sólo podemos enumerar algunas: la participación de la Lliga en los «corruptos» gobiernos dinásticos y en la «dominación estatal»; la atribución del monopolio de las corruptelas electorales a los partidos del turno como si en otras parte de España las *fuerzas modernizadoras* (Lliga, lerrouxismo, socialistas...) se hubieran visto libres de todo pecado; la significativa presencia de los dinásticos en la muy anticaciquista sociedad Fomento del Civismo de Mallorca; el fuerte protagonismo de la Iglesia, el integrismo y los carlistas en el catalanismo *modernizador*; las movilizaciones de las organizaciones de patronos y empresarios mallorquines contra la política económica de los gobiernos, que matizan y cuestionan la identificación entre los dinásticos y las clases económicas «dominantes» del lugar que plantea la autora, etc. Y lo peor no es tanto eludir las respuestas a tantas contradicciones como el hecho, además, de adjetivar peyorativa o despectivamente todos los fenómenos, instituciones, individuos y grupos que no satisfacen los propios presupuestos ideológicos. ASÍ, al lado de la «corrupta» y muy «provinciana» oligarquía isleña *vendida* al «corrupto» Estado «centralista», se sitúan los comerciantes «sin escrúpulos», los socialistas «domesticados» y *cómplices* de la opresión nacional, el «estado de inconsciencia popular» frente al nacionalismo, el «españolismo patriotero», «demagógico» y «mesiánico», el «pseudomallorquinismo», el «sucursalismo» de los reformistas, la «ascendiente tiranía» de Joan March. En contraste, Barcelona aparece como el *centro natural*, y el catalanismo y todo lo que se halle próximo figura en la escena como «dinámico», «democratizador», «progresista» y «moderno», incluido nada menos que el carlismo, cuyas propuestas corporativistas, según Peñarrubia, no tienen por qué ser consideradas como reaccionarias, sino «avanzadas» en cuanto que hubieran propiciado una participación popular más real en el juego político.

En definitiva, en este libro se encuentran datos sobrados para interpretar la historia de Mallorca de forma muy distinta a como lo hace la autora, que aprovecha de manera muy discutible el caudal de información de que dispone, a partir del cual se percibe un panorama político verdaderamente rico y lo suficientemente intrincado,

complejo y fragmentado (el «vergüismo» y las reacciones que genera a su alrededor constituyen el paradigma de esta afirmación) como para que resulte imposible reducirlo a los esquemas dicotómicos y a los presupuestos metodológicos en los que se le ha pretendido encorsetar.

Fernando del Rey Reguillo

NAVAJAS ZUBELDIA, CARLOS: *Ejército, Estado y Sociedad en España (1923-1930)*, Instituto de Estudios Riojanos, Logroño, 1991.

El trabajo de Carlos Navajas se inscribe dentro de la reciente tendencia bibliográfica que muestra un interés creciente por los asuntos militares y por la intervención de éstos en la política nacional. Este interés se ha visto sustancialmente revitalizado con el intento de golpe de estado del 23 de febrero de 1981. Este hecho, junto a otros que no podemos analizar aquí, quizás ha producido que algunos autores inicien sus investigaciones, y a veces las terminen, con claros prejuicios en contra de las instituciones militares.

El objeto del trabajo de Carlos Navajas es el ejército, y principalmente el ejército de Tierra, en la Dictadura de Primo de Rivera. Sin embargo, lo que ofrece de sustancia y de interés en su contenido se refiere exclusivamente a la organización militar y a la ideología militar (apartados tercero y cuarto). Por contra, los capítulos dedicados a las relaciones entre el ejército y la Dictadura (apartado primero) y a la militarización del Estado y la sociedad (apartado segundo) resultan claramente insuficientes en la utilización de datos y fuentes primarias y al mismo tiempo se emiten opiniones y se realizan interpretaciones excesivamente arriesgadas para el escaso bagaje empírico y analítico utilizado.

La principal aportación del libro que nos ocupa es su excelente y detallado análisis del sistema de ascensos y recompensas en el ejército, en el que se ve que el autor ha trabajado concienzudamente. Su aportación de datos es cuantiosa y muchos de ellos eran desconocidos hasta el momento. Sin embargo, en mi opinión, el autor no establece suficiente relación entre la evolución de esta política y la de la política militar general del Régimen. Quizás ello sea debido a lo que considero principal carencia del libro: la falta de análisis del problema de las «Responsabilidades» y de la influencia de la guerra de

Marruecos en la política militar. Sin una comprensión profunda de estos dos problemas resulta difícil explicar la política militar de la Dictadura, incluso la de ascensos y recompensas, sobre todo en los años que transcurren desde 1923 a 1926.

El apartado dedicado a la ideología militar es fruto de una amplia investigación sobre la prensa militar de la época y resulta de gran interés para conocer el pensamiento político de ésta. Su lectura creo que debe hacernos reflexionar sobre el peligro de identificar la ideología de la prensa militar de la época con la ideología de los militares o de los oficiales del ejército. De forma similar, el autor establece una relación excesivamente estrecha, lineal y poco matizada entre la ideología militar y la ideología del Régimen.

No cabe más que felicitarse, por último, por la aparición e investigaciones sobre temas militares que vayan cubriendo el vacío que teníamos en este campo y que constituyen bases sólidas para conocer mejor la historia militar.

José Luis Gómez-Navarro

SANTOS TORROELLA, RAFAEL: *DaN residente*, Publicaciones de la Residencia de Estudiantes, Madrid, 1992, 249 pp., y BUÑUEL, LUIS: *Goya* (guión cinematográfico) y *La Duquesa de Alba y Goya* (sinopsis), Instituto de Estudios Turolenses, Teruel, 1992, 189 pp.

Dos ediciones cuidadas, casi de lujo, para dos rescates documentales importantes en la historia cultural española. El primero, *DaN residente*, consiste en una recopilación de cartas cruzadas entre habitantes temporales de la madrileña Residencia de Estudiantes, en la década de los veinte. Allí fue Dalí huésped, junto a José Bello Lasierra, Emilio Prados, Carda Lorca y Luis Buñuel, durante un tiempo no demasiado largo —si lo comparamos con otros—, entre 1922 y 1926.

Rafael Santos Torroella, recopilador, anotador e introductor había editado ya, entre otros estudios sobre el pintor ampurdanés, las cartas de Dalí a Carda Lorca. Ahora, en *DaN residente*, combina documentos de variado destinatario en los que, más que otro cualquiera, destaca el papel de Pepín Bello. Para el editor, en esa documentación epistolar (que se presenta casi al completo reproducida fotográficamente) se encuentra inscrito el «código genético» (sic) de toda

la posterior evolución artística y del pensamiento entero de Salvador Dalí. En la Residencia, en efecto, como parte integrante de un *estilo* y una *estética* conocidos, se gestará esa *rigurosa lógica de la fantasía* o ese *método espontáneo de conocimiento irracional* que Dalí encarna sustantivamente desde que se traslada a París, ya en la década de los treinta.

El compartimento *dadaísta* de algunos de los artistas residentes -mejor que un *surrealismo* apenas existente (sólo Buñuel animará a Dalí, con la empresa conjunta de *Le chien andalou*, a practicarlo)- halla en esta correspondencia rescatada algunas demostración forma. Pero también la hallan, y a mi juicio más cumplidamente aún, la peculiar textura de la amistad -no sólo personales- de la cohesión y sus límites, las «barreras que no tardarían en volvérselos infranqueables» (p. 38, introducción). Esas barreras, desde luego, tienen que ver con los aspectos íntimos y emocionales de la relación, pero no sólo: los lazos y ataduras de magisterio y aprendizaje, aceptados por unos y otros con más o menos entusiasmo y constancia aparecen a lo largo de estas páginas como determinantes.

Alejándose de unos y otros intujos se muestra, por ejemplo, Emilio Prados (en cartas de honda sencillez, a Pepín Bello, del verano del 25). Con fuerza, más que ningún otro, se percibe el arrastre progresivo de Buñuel, capaz de alejar a Dalí de la esfera poética de Federico esgrimiendo, entre otras, armas tan eficaces como éstas (destinados los parámetros, esta vez, a Bello, en el verano del 29): «La inteligencia (...) es incapaz de hallar lo que halla el instinto». O bien: «Naturalmente, pasarán días sin que hagas nada, pero uno vendrá que te cogerá inspirado, en que tu irracionalidad brotará libremente, y entonces verás que te saldrán cosas buenas». Todo ello, para acabar afirmando que Lorca -varado en la razón- no era, *no podía ser*, un verdadero surrealista y que, si bien decía pretenderlo, resultaban de ellos «cosas (...) falsas».

Es precisamente este asunto -controvertido- del surrealismo español (también a través de Luis Buñuel y, en este caso, su propia obra) el que aflora en el otro volumen que aquí comento. Los textos originales de Buñuel que acaba de rescatar, en su versión original en castellano (algo había en francés), el Instituto de Estados Turolenses, ponen en contacto al lector con un guión cinematográfico primerizo (escrito en el otoño de 1926, y nunca llevado a la pantalla) para contribuir a los fastos imaginarios por la Junta magna del Centena-

rio de Goya en Zaragoza -**la** cual incumplió el acuerdo, no obstante, alegando razones financieras- y también con una sinopsis (Goya y la duquesa) escrita en inglés años más tarde (1937), para la Paramount. Tanto en uno como en otro caso, según destaca en la introducción Gonzalo M. Borrás, el pintor de Fuendetodos que ve Buñuel aparece libre de la lectura a que le había sometido, en 1928 (en su libro *Goya*), Ramón Gómez de la Serna, decidido en cambio por su parte a ver -tanto en los grabados como en las pinturas negras- el estallido del inconsciente, la liberación del artista a su través.

Los dos libros que he presentado aquí brevemente tienen pues ante todo, a mi juicio, el valor de contribuir a reavivar al debate sobre las peculiaridades del surrealismo español, sobre su carácter fuertemente endógeno y sobre su cohesión más o menos *inventada*. Sea lo que fuere al respecto, lo cierto es que *lo realmente existente* resulta aparecer, en definitiva, como producto social e intelectual de la eobertura vanguardista que alimentaba, exuberantemente, el *ambiente* mismo de la Residencia, su práctica de juego intelectual sin limitaciones.

Elena Ilerández Sandoica

ARENAS POSADAS, CARLOS: *La Sevilla inerme. Estudio sobre las condiciones de vida de las clases populares sevillanas a comienzos del siglo XX*, Gráficas Sol, Sevilla, 1992, 175 pp.

El que León Carlos Álvarez Santaló, conocido especialista en el estudio de la Historia de las Mentalidades, presente este libro de Carlos Arenas Posadas, no es, desde luego, producto nacido de la más pura casualidad. A poco que uno se introduzca en las páginas de *La Sevilla inerme*, la primera sensación que percibe es que está ante un experimento historiográfico situado a medio camino entre la tradicional Historia Social y la más vanguardista y novedosa Historia de la Vida Privada. En definitiva, no se persigue más que huir de la visión tópica de una Sevilla roja o de una Sevilla burguesa -que es sólo media Sevilla- y cohabitar, a lo largo del breve espacio de 175 páginas, con un depauperado sector de la población obrera que no ha sido, por el momento, objeto -tampoco sujeto-- de la historia sevillana más reciente y que en nada ha coadyuvado a la formación de los tópicos sobre la capital andaluza.

Ampara el autor su decantación por el tema en lo que considera un peculiar deterioro de las condiciones de vida de los obreros sevillanos que difícilmente puede encontrarse entre las clases trabajadoras españolas o europeas por las mismas fechas (finales del siglo XIX y principios del XX) y, de esta apreciación, se desprenden inevitablemente algunas cuestiones. ¿Realmente eran éstas unas circunstancias peculiares o es que no siempre encuentra el historiador una fuente tan privilegiada como la utilizada por Arenas Posadas para infiltrarse en los recovecos domésticos de la vida proletaria? ¿Era el marco sevillano, que se describe en el primer capítulo, tan distinto al de otras ciudades andaluzas o al de los núcleos obreros localizados en las comarcas mineras e industriales?

Pero hemos hablado de capítulos. En cuanto a su estructura, el libro de Arenas presenta una división tripartita en la que el capítulo dedicado a las condiciones de vida de los obreros sevillanos se constituye en núcleo neurálgico de toda la obra. Con todo, este estudio es, fundamentalmente, una realidad unitaria. Y puede observarse esto en el complemento final de la investigación, en que se aborda la visión que sobre el tema tuvieron los agentes sociales —propietarios, municipio, asociaciones populares- responsables, en última instancia, de la situación obrera, y en el tratamiento del capítulo dedicado al marco sevillano. La integridad del discurso del autor nos lleva a través de la Sevilla de la época, de la mano de su economía, su demografía, su configuración urbana o su política, no sólo para permitirnos disponer de un telón de fondo siempre oportuno a fin de conocer el desarrollo histórico de los hechos y percibir sus contrastes de luz y sombra, sino también para construirnos mentalmente una Sevilla nueva-no más feliz—, esencialmente distinta de la que han forjado inveteradamente los tópicos, y que aquí no es ya telón, sino escenario directamente implicado en el devenir cotidiano de la población obrera que protagoniza este trabajo.

En efecto, el obrero sevillano o, más que él, su circunstancia vital -siguiendo el aserto gassetiano- es el verdadero actor principal de un trabajo que, tomando como vectores de investigación la pobreza, la enfermedad y la vivienda, revela en blanco y negro la fotografía histórica de un conjunto social extremadamente depauperado, anónimo (por qué no repetir «inerme») y frecuentemente desatendido por una historiografía deslumbrada por ese otro sector obrero movilizad, contestatario y societariamente activo que, no obstante, era

sólo la punta del iceberg del mundo silencioso y oscuro de los que consentían sin protestar en aras de la supervivencia. Arenas Posadas nos permite introducirnos en esa marginalidad terminal con la precisión de un médico forense, diseccionando las fuentes sanitarias de la época -como en su momento hicieron Hauser, Meneses, Sánchez Pizjuán, Laborde...- hasta dejar ante nosotros la vivencia descarnada de las clases populares sevillanas y la realidad profundamente desarticulada de una ciudad escindida entre un Sur burgués y un Norte obrero que se enfrentan.

Jornada laboral, ingresos familiares, distribución profesional, dieta alimenticia, hábitos domésticos, rentas de inquilinato, estructura de la vivienda, etc., se convierten en variables confluyentes engarzadas con el objeto de reconstruir la cotidianidad y privacidad del mundo obrero.

Conviene insistir en esto. Por mucho que pesen las asfixiantes cifras de hacinamiento familiar recogidas por el autor, éste es, sin reparos, un trabajo sobre la vida privada obrera. Una vida que se intuye en cuanto se hace alguna incursión en la historia social obrera, pero que normalmente no aparece tan sólidamente expuesta en las fuentes. La razón de base es evidente: una documentación de primera mano, sustanciosa y consistente aunque probablemente más escasa de lo que su autor hubiese deseado, que, además, de informar, relata con la pulcra objetividad positivista de los médicos sevillanos que entre 1916 y 1919 investigaron la propagación de la tuberculosis en su ciudad.

El médico, con su labor indagadora y su vertiente de portavoz de la opinión pública —o de, al menos, un sector de la opinión—, está constantemente presente a lo largo de todo el texto, pues los Expedientes de Investigación Higiénica analizados cuantitativa y cualitativamente se complementan con el uso de otras fuentes sanitarias municipales y con una profusa bibliografía de época donde, además de los cronistas, los intelectuales y los políticos, los profesionales de la Medicina vierten sus opiniones sobre las condiciones de vida de la población trabajadora sevillana.

Queda ahí, pues, *La Sevilla inerme*, abriendo nuevas propuestas de investigación y sugiriendo el tratamiento de fuentes novedosas, constituyéndose, finalmente, en un material bibliográfico cuyo uso ha de ser, sin duda, inexcusable para futuros proyectos de investigación sobre la vida obrera.

María Antonia Peña Guerrero

COBO ROMERO, F.: *Labradores, campesinos y jornaleros. Protesta social y diferenciación interna del campesinado jienense en los orígenes de la guerra civil (1931-1936)*, Ayuntamiento de Córdoba, 1992, 537 pp.

El trabajo que presentamos es una elaboración de la Tesis Doctoral del autor, ganadora de la última edición del Premio Díaz del Moral. El aval de dicho premio, uno de los más relevantes del panorama nacional en su género, es *a priori* garantía más que suficiente de la calidad de la investigación. El objeto del estudio se resume en el subtítulo del libro: protesta social y diferenciación interna del campesinado jienense en los orígenes de la guerra civil (1931-1936). Sería lamentable que la especificidad cronológica y espacial del tema predispusieran negativamente al posible lector, puesto que éste, como ya advierte el prologuista, no encontrará en *Labradores, campesinos y jornaleros* mera empirie cuantitativista ni vacuo descriptivismo. Por contra se verá sorprendido por un trabajo de hondo calado teórico y fundamentado utillaje conceptual, carente de maniqueísmo y simplismo dogmático; por un trabajo que se beneficia además de un tratamiento interdisciplinar de la materia, que abarca desde la Economía hasta la Sociología Electoral.

En síntesis el presente trabajo analiza, a partir de la realidad jienense, la evolución sociopolítica, económica e ideológica de un campesino transformado por el desarrollo y progresiva implantación de un capitalismo agrario, que a pesar de su atraso, fue capaz de cortar, gracias en parte a la legislación *pequeño-burguesa* del bienio progresista, un tejido social campesino, hasta entonces homogéneo por su situación de subordinación social, generando en su seno respuestas divergentes, y hasta contrarias, en el contexto de agudo enfrentamiento de clases sociales que caracterizó el régimen republicano y que desembocaría trágicamente en la contienda civil del 36.

Formalmente los contenidos del estudio pueden disponerse en dos bloques. Un primer bloque donde el autor plantea el marco de inteligibilidad teórico e histórico del problema, y un segundo, más extenso, que corresponde al estudio pormenorizado del mismo en el ámbito jienense.

Francisco Cobo arranca su análisis precisando el utillaje conceptual que va a utilizar. En este sentido parte de una idea de campesino

nado entendido como sector social rural, familiarmente estructurado y caracterizado por un código moral comunitario, una racionalidad económica común, y sobre todo por una situación de dependencia y explotación en el esquema de las relaciones de producción, más que por la propiedad o no de la tierra como elemento definidor del grupo.

En el contexto histórico, la periferización de la agricultura jienense, su especialización y consiguiente dependencia del exterior, así como su progresiva capitalización en detrimento de los espacios de explotación comunal, van a determinar la radicalización del enfrentamiento social entre un campesino, organizado políticamente, que lucha por preservar su cultura del trabajo y por romper su situación de subordinación socioeconómica, y los grupos burgueses beneficiarios de la explotación campesina que, acuciados por la crisis agraria, pretenden, en contra del *específico orden moral campesino*, optimizar los rendimientos derivados de su control de los medios de producción y de su condición de clase dominante.

Este esquema conflictual define las relaciones sociales meridionales durante la República. Sin embargo, dicho esquema no tiene un discurso lineal y mecanicista. El autor subraya el proceso de diferenciación interna operado en el bloque campesino, como uno de los elementos determinantes de la coyuntura social republicana. Dicho proceso de diferenciación fue motivado por las reacciones de los diversos sectores campesinos jienenses ante la legislación agraria republicana. El autor fundamenta el apoyo de parte del campesinado (los pequeños propietarios y los arrendatarios) a la solución involucionista protagonizada por el Ejército, en esos elementos de diferenciación campesina interna agudizados tras el triunfo del Frente Popular. Diferenciación que confirmó al resto del grupo campesino jienense, de predominio jornalero, en la vía revolucionaria de la secular aspiración campesina a la colectivización y el libre acceso a la tierra.

La obra de Francisco Cobo, en definitiva, y parafraseando de nuevo a M. Gómez Oliver, prologuista y director de su Tesis Doctoral, respira vida, pasión, «habla de hombres y mujeres que trabajan, luchan y gozan, ganan y pierden, se organizan en definitiva para mejorar sus condiciones de vida».

PÉREZ MONTOYA, M.: *Las derechas almerienses durante la II República: el primer bienio (1931-1933)*, Instituto de Estudios Almerienses, Almería, 1991, 197 pp.

Este libro se inserta en una consolidada tendencia historiográfica que, desde las obras de Payne, Tusell y Avilés, etc., se ha dedicado al estudio de las derechas políticas españolas con pretensiones de objetividad, evitando el reduccionismo maniqueo con el que simpatizantes y detractores habían venido presentando la evolución histórica de este conflictivo cuerpo político. Conviene resaltar esta cualidad en un momento en el que precisamente la pretensión de objetividad está siendo cuestionada desde ámbitos extrahistoriográficos, con motivo del traído y llevado centenario del nacimiento de Franco. En esta línea se inscribe el trabajo de Manuel Pérez Montoya, cuyo principal mérito consiste, en mi opinión, en reconstruir el armazón de las fuerzas políticas almerienses desde una cuidada objetividad.

Hablo de *fuerzas políticas* en plural porque en realidad, a pesar del título del libro, estamos ante un estudio de todas las agrupaciones políticas almerienses durante los primeros años de la República: republicanos, socialistas, e incluso comunistas, son analizados con parecido detalle al dedicado a las fuerzas de derecha. Ello se explica, en buena parte, porque esta publicación de Pérez Montoya es el resultado de un primer trabajo de investigación en el que, para reconstruir una sección del espacio político provincial, ha tenido que enfrentarse con un vacío historiográfico casi general, sólo salvado parcialmente por la ayuda de los trabajos de Fernando Martínez. No parece arriesgado aventurar que esta obra verá su continuación en una tesis doctoral en la que el autor podrá centrar con mayor precisión su objeto de estudio, una vez desbrozada la maraña inicial con la que se encuentra cualquier investigación pionera en el marco local/provincial. En relación a esta carencia, creo que se encuentra también una limitación que presenta el libro en cuanto a su estructura narrativa: el excesivo detallismo en la exposición cronológica de los hechos, que le hace adquirir en varias partes (2.1, 2.2) el carácter de crónica. No es sólo un problema de exposición, ya que el detallismo suele dificultar el salto hacia cuestiones más generales, hacia hipótesis interpretativas ambiciosas. Creo que se trata de un problema relacionado con la carencia de apoyo historiográfico a la que he hecho mención, fácilmente superable en estudios posteriores.

El libro reconstruye la evolución de las fuerzas políticas almerienses desde el Gobierno Berenguer hasta el triunfo de la derecha en las elecciones de 1933, estructurando este proceso en tres capítulos de organización cronológica, por encima de los cuales se dibujan líneas de continuidad. La política almeriense durante estos años presenta una clara analogía con la nacional en cuanto al predominio de unas u otras fuerzas: frente a la crisis de las derechas tradicionales y la inconsistencia de unas nuevas derechas en los momentos finales de la monarquía y en los primeros de la República, las fuerzas de izquierda consiguieron una unión eficaz. La tensión de uniones y divisiones se irá invirtiendo según la nueva derecha vaya dando cuerpo a la opción conservadora y, paralelamente, la izquierda se vaya fragmentando en el uso del poder, hasta desembocar en los resultados electorales del 33. En este marco, que el autor reconstruye tanto a través del estudio de los procesos electorales como de los períodos de constitución de las instituciones de gobierno local y provincial, se inscriben otra serie de contenidos más concretos. Entre ellos, yo destacaría por su interés dos cuestiones: la oposición de derechas tradicionales y nuevas, y la pervivencia de modos políticos característicos de la Restauración, por encima del cambio de régimen. El primero de estos temas es tratado sobre todo en el capítulo primero, en el cual se expone cómo el intento de los Gobiernos Berenguer y Aznar de recomponer los partidos dinásticos en las distintas provincias (en el caso almeriense fundamentalmente el conservador), precipita el enfrentamiento natural entre conservadores monárquicos y nuevas derechas, al recolocar en el poder al primer grupo. La incompatibilidad que Linz constataba en la Europa de entreguerras entre los espectros políticos de la derecha conservadora tradicional y la nueva derecha radical, parece agudizarse en los ámbitos locales/provinciales en cuanto a lucha por la detentación del poder, quedando las diferencias ideológicas en un plano mucho más secundario. El caso de Almería ejemplifica con claridad la dureza de este enfrentamiento.

Por otra parte, esta obra ofrece la posibilidad de apreciar claramente la pervivencia de comportamientos políticos propios de la Restauración, tanto en el seno de las derechas como en el de los partidos republicanos de centro e izquierda. En este último sentido, el autor destaca la parcial intervención de los sucesivos Gobernadores Civiles, no ya sólo a favor del partido que ocupaba el poder central, sino incluso a favor de sus propios intereses de promoción política en la provincia.

El libro evidencia un trabajo exigente de recogida de información, sobre la base de la documentación hemerográfica y el uso más puntual de otras fuentes (Actas Municipales, Archivo de la Diputación Provincial, Archivo Histórico Nacional, e incluso alguna fuente oral). Gracias a ello, estamos ante una obra densa en contenidos y con grandes posibilidades de desarrollo, que supondrá un paso importante para la historiografía política almeriense y andaluza del siglo XX.

María Sierra

VALLS, RAFAEL: *La Derecha Regional Valenciana (1930-1936)*, Edicions Alfons el Magnànim, IVEI, Valencia, 1992, 272 pp.

He aquí un estudio que rechaza la generación espontánea. Afortunadamente. Al situar a la Derecha Regional Valenciana como objeto central de su investigación, el autor no renuncia a establecer sus antecedentes ni a rebuscar en ellos algunas de las claves de la DRV en su etapa republicana. En efecto, la primera parte de la obra no sólo establece los orígenes ideológicos de la DRV —el carlo-catolicismo y el catolicismo social de principios de siglo—, sino que demuestra que la presunta excepcionalidad de la DRV como partido de masas de la derecha española, al menos por su precocidad, no es tal. Los precedentes son significativos: la Liga Católica de 1903 —que, dicho sea de paso, cuenta con el magnífico estudio de Ramir Reig, *Blasquistas y clericales*, Valencia, 1986— y la Agrupación Regional de Acción Católica de 1922. Este último grupo, de formulación demócrata-cristiana, semillero de fórmulas políticas y de dirigentes futuros de DRV. La Dictadura de Primo siega su decurso, pero al tiempo pone a disposición un marco fecundo para que el periódico que representa la opción católica —*Diario de Valencia*— lidere los intereses económicos de la burguesía conservadora valenciana, confiriéndoles un primer tinte regionalista, posteriormente fructífero. Y enrollando a ese sector social en las propuestas del director de aquella publicación, Luis Lucia.

Catolicismo, reformismo, regionalismo y voluntad de integración en el juego político, acudiendo al recurso de la movilización masiva (aprendida frente al enemigo republicano-blanquista, reforzada frente al socialismo), serán los postulados que Lucia lance en su libro—

programa *En estas horas de transición* (1930). Con este componente estratégico, la ya conformada DRV entrará en la República asumiendo las ambigüedades del accidentalismo político: arma de doble filo, capaz de integrar antirrepublicanos, pero también de promover en DRV la incubación de golpistas.

El autor hace un repaso minucioso de los años republicanos, para observar los cambios de quien se conforma con el principal partido de la derecha valenciana. El primer bienio es más bien formativo: se trata de aglutinar, creando una tupida red organizativa, controlada por sectores sociales burgueses, aunque con pretensiones interclasis-tas, las suficientes para integrar a una parte del pequeño campesinado. El segundo bienio, tras el éxito de la política masiva de DRV y su plasmación electoral, significa el poder y sus servidumbres: la desintegración del reformismo inicial para conformarse en pilar de la coalición cedista, de la que obtendrá magnífico aval para extenderse como partido regional a las comarcas de Castelló y Alacant, pero que vinculará para siempre a la DRV a los avatares del gobierno radical-cedista, haciéndole perder su autonomía -tan querida por Lucia cuando manifestaba admiración por la Lliga catalana o por el PNV.

El abandono absoluto del reformismo social-católico inicial desemboca en la potenciación de la no menos católica visión corporativa de la sociedad. De ahí a la fascistización del partido no hay más que un paso, que DRV da. Y como bien ve el autor de la investigación, confiriendo al fascismo español su caracterización nacional-católica (véase el antológico texto de la p. 165), puesto que DRV no sólo colabora como fuerza civil del golpe de estado del 18 de julio de 1936, sino que sus hombres conformarán los medios directores del primer franquismo.

La investigación posee densidad y buena trabazón. Tal vez al lector interesado le hubiese atraído saber más y mejor sobre cómo se articularon los intereses de la burguesía valenciana y de su representante, DRV, en los años del bienio radical-cedista, y que el autor sólo infiere a través de los debates parlamentarios. Así sabemos que los apuntes programáticos sobre la *función social de la propiedad* en DRV se convirtieron en nada cuando en el parlamento se apoye la abrogación del proyecto de Reforma Agraria y aun de las medidas reformistas del ministro Giménez Fernández; pero no sabemos hasta qué punto los intereses del bloque económico que hay detrás de DRV quedaron satisfechos con su propio gobierno y, por ende, qué se frus-

tró para ellos cuando las elecciones de febrero de 1936 dieron el poder al Frente Popular. Tal vez una ampliación de fuentes hubiese dado buenos resultados en ese nivel. Pero, en conjunto, la obra es importante y, aunque sea un tópico afirmarlo, llena un vacío historiográfico que empezaba a ser ya intolerable. Valls tuvo buen criterio al apercibirse, como lo tuvo al escoger la interesante bibliografía sobre el catolicismo político italiano como modelo para su investigación.

Francesc-Andreu Martínez Gallego

FERNÁNDEZ CLEMENTE, E.: *EL coronel Rey D'Harcourt y La rendición de Teruel. Historia y fin de una Leyenda negra*, Instituto de Estudios Turolenses, Teruel, 1992, 139 pp.

La trágica historia de Domingo Rey D'Harcourt, teniente coronel de Artillería habilitado para coronel, y gobernador militar de la plaza de Teruel, constituye una de las biografías paradójicas producto de la guerra civil, si bien no se trata de un caso único. Rey D'Harcourt, en efecto, sufrió el destino de forjarse una biografía *mal* para ambos bandos, de la que el pequeño libro de Eloy Fernández Clemente es una, quizás tardía, pero oportuna y decisiva, a mi juicio, contribución a su disipación total.

Los hechos son sencillos. Rey D'Harcourt, un militar africanista, por cierto, hubo de defender Teruel -**que** quedó de parte de los sublevados en julio de 1936, pero muy en primera línea frente al activo territorio republicano de Valencia- en el terrible invierno de 1937-1938, ante el ataque desencadenado por un Ejército de la República que había de probar la nueva eficacia que se esforzaron en procurarle un ministro como Indalecio Prieto y un Jefe de Estado Mayor como Vicente Rojo. Teruel fue el objetivo elegido en diciembre de 1937, por razones militares diversas, en la nueva estrategia de Prieto y Rojo, y por su posesión se desarrolló una batalla que culminó con la rendición de la plaza a las fuerzas leales a la República consumada en la noche del 7 de enero de 1938, según reza el acta de la capitulación.

Fernández Clemente, con muy buen criterio, elimina de sus estudios todas las referencias fundamentales a la batalla misma, que ha sido descrita en buenas monografías, estrictamente militares -*las* de Martínez Bande o Casas de la Vega- o ha sido objeto de algún tra-

tamiento más completo como el reciente de Tuñón de Lara. Tal vez no hubiera sobrado en el ceñido estudio de Fernández Clemente una consideración algo más amplia de la importancia política de la toma de Teruel, en una fase clave de la guerra, porque ello explica, en algún grado al menos, la ferocidad de la campaña desplegada desde el bando sublevado para ensuciar y ennegrecer la figura del coronel Rey D'Harcourt como traidor, cobarde y otros dicitos de ese orden. Para la República, se trataba de la primera capital de provincia que se arrancaba de manos de los sublevados y que parecía mostrar un renacer inequívoco de su potencia militar. Es bien sabido que la caída alteró los planes de guerra de Franco, orientando su esfuerzo militar hacia Aragón.

Toda la *leyenda negra* tejida por su propio bando sobre la actuación en la batalla de Rey D'Harcourt tiene justamente un punto firme de apoyo en obras de clérigos o propagandistas mendaces al servicio de Franco —de ellos se da cuenta en las notas a pie de página de la obra—, en cuyo bando no dejó de acudir a ninguna mentira para cargar la culpa de la caída de Teruel sobre su jefe militar, dada la importancia indudable que el hecho tenía en el propio terreno de la propaganda. La trágica paradoja de esta historia es la de la muerte del coronel Rey D'Harcourt fusilado por elementos republicanos, más o menos descontrolados, al final de la guerra, en febrero de 1939, en el momento del paso en aluvión de la frontera francesa. Tenido prisionero durante meses, después de habersele ofrecido trabajar en favor de la República, cosa que rechazó, Rey D'Harcourt fue fusilado en la misma acción en que lo fue también el antiguo obispo de Teruel, fray Anselmo Polanco. Es de observar el muy distinto uso hagiográfico que el régimen de Franco hizo de ambas injustificadas muertes.

Puesto que el propio relato personal que, al parecer, redactó Rey D'Harcourt en su cautiverio no ha llegado a nosotros, el interés historiográfico fundamental del libro de Fernández Clemente, además de su significación de justicia histórica, estriba, desde luego, en la aportación de algunos documentos de notable importancia sobre el caso. Uno es el «Procedimiento Sumarísimo... instruido en averiguación de las causas y responsabilidad por la rendición de la plaza de Teruel» que consta de 2.291 folios y que se instruyó a 32 jefes y oficiales. Se acompaña a ello el documento que redactó el teniente secretario del *Procedimiento* y el texto preparado por el defensor de la

causa, teniente jurídico Miguel Castells, que nunca fue leído, acompañado de una *Critica del Procedimiento* redactada por el mismo personaje. Importa destacar que la causa no encontró motivos de culpabilidad alguna en el hecho de la rendición y que de ello resultó su sobreseimiento después de concluida la guerra. Los textos de Castells emplean igualmente una elevada cantidad de argumentos exculpatorios. De todos estos escritos publica Eloy Fernández Clemente largos extractos que ocupan toda la segunda parte de su obra (desde p. 73).

A la tragedia personal de la que la obra da cuenta, se suma también la provechosa lección que aporta de los medios de la propaganda y de la presión ideológica empleados por el bando perdedor en Teruel. Todos los medios oficiales sublevados de la época -incluidos los mismos panfletos radiofónicos de Queipo de Llano- procurando echar todas las culpas del suceso sobre Rey D'Harcourt y sus oficiales. Los procedimientos jurídicos puestos en marcha muy pronto, dejaron daro rápidamente que no había delito alguno que punir. La defensa -descartadas acciones heroicas- llegó al límite último de sus posibilidades materiales. Ello era perfectamente sabido por Franco y su *staff*, que no consiguieron que el socorro de la plaza fuera eficaz. Pero era preciso dar otra imagen. El libro de Fernández Clemente, muy enfocado hacia la reivindicación explícita e implícita de la inocencia de Rey D'Harcourt, quizás no presta a estos aspectos «contextualizadores» toda la atención factible. Pero su loable intención de hacer justicia, servida por una escritura ágil y unas interesantes ilustraciones -que muestran, entre otras cosas, el gran deterioro sufrido por la estructura urbana turolense- justifican plenamente la puesta de las cosas en su punto en un tema de tan hondo calado humano como éste.

Julio Aróstegui

SANTACREU SOLER, J. M.: *L'economia valenciana en la guerra civil*, IVEI, Valencia, 1992, 184 pp.

La imagen más rancia y tradicional del País Valenciano, la del Levante feliz, que tanto éxito ha tenido en el subconsciente español, ha sido combatida con empeño en las últimas décadas. Esta simplificación mental, que ha tenido como principales valedores al conservadurismo y las clases oligárquicas del propio país, reducía Valencia

a un vergel de riqueza donde florecían frutos diversos, y donde sus esforzados campesinos cultivaban con laboriosidad unas tierras fértiles y agradecidas.

El tópico del marcado carácter agrícola de la economía valenciana, que acompaña esta visión decimonónica, ha marcado durante décadas el debate historiográfico valenciano. En los últimos años diversos estudios han ido matizando este dominio de la agricultura, observando un significativo nivel de industrialización de las comarcas valencianas que se inicia ya en el siglo XIX.

En este contexto es donde debemos analizar el libro de I. M. Santacreu Soler que estudia el impacto de la guerra civil sobre los niveles económicos de la agricultura y la industria valenciana. Además, el texto intenta cubrir el vacío en la investigación que existe sobre los temas económicos de la guerra civil, en especial en el marco del País Valenciano.

Santacreu Soler habla del período 1936-39 de forma similar a lo que el de 1914-18 significó para la economía valenciana: estancamiento de la agricultura y expansión de la industria. Sin mencionarlo explícitamente, el autor coloca ambos instantes como los momentos fértiles de la industrialización valenciana, cuando se colocaron las bases que explican la expansión de los años sesenta.

El autor se enfrenta al análisis de la agricultura durante la guerra a partir de la constatación de la profunda crisis que experimentó a partir de 1932-33, sobre todo por los problemas que padecía la agricultura de exportación (cítricos, arroz, cebollas, etc.). La guerra no hizo más que agravar la situación para este sector, máxime cuando por las necesidades alimenticias de la población y el ejército, se tendió más hacia el cultivo de alimentos básicos que hacia la agricultura de exportación. Santacreu Soler constata una reducción de la superficie cultivada y de la producción, en especial en los cítricos y el arroz.

Frente a este panorama las principales industrias del país adoptaron sus recursos productivos en función de la demanda de la situación bélica. El ejército se erigió en su principal cliente, sustituyendo a los mercados tradicionales que habían reducido considerablemente el volumen de su demanda en años anteriores. Santacreu Soler afirma esta expansión industrial a partir de las cifras de beneficios que estas industrias obtuvieron, especialmente entre los textiles, de calzado, juguetes mecánicos, talleres mecánicos, etc. Además, la coyuntura bélica contribuyó a que el País Valenciano se convirtiera, pese

a su escasa tradición, en una de las principales zonas productoras, al margen de Cataluña, de armamento en la España republicana.

El autor reconoce que el libro parte de las investigaciones de su tesis doctoral, que limitaba el análisis a la provincia de Alicante. Este hecho se refleja en el trabajo y lastra su contenido. Las cifras económicas y datos, imprescindibles en estudios de esta naturaleza, con absoluta predominancia de las comarcas meridionales, suponen un empobrecedor sesgo geográfico que cuestiona algunas de las conclusiones. Sustentar afirmaciones sobre hechos económicos a partir de muestreos de empresas, sin ningún criterio estadístico en su obtención, también hace dudar de los resultados obtenidos. Ambas deficiencias se combinan en algunos capítulos donde se analizan sectores industriales a partir de ejemplo de una empresa, que además se localiza en una zona poco característica de esa actividad. Lo que es un estudio en profundidad de la realidad económica de las comarcas meridionales se torna más pobre y superficial conforme subimos por el mapa valenciano, y puede llevar a comprometer el resuhado global del libro.

Enrique Borderia Ortiz

SÁNCITEZ ASIAÍN, I. A.: *La Banca española en la guerra civil, 1936-1939*, Real Academia de la Historia, Madrid, 1992.

Esta publicación recoge el discurso leído por el autor en el acto de su recepción pública en la Real Academia de la Historia que tuvo lugar el 8 de abril de 1992.

Se trata de un detallado estudio de los avatares de las entidades de crédito españolas durante la guerra civil. Este es un tema escasamente investigado; la mayor parte de las historias financieras del siglo XX, o acaban en 1935 o comienzan en 1940 y dejan los años de guerra sin explorar. La explicación para que ello haya sido así es doble: por una parte, es un período en el que la información económica y financiera no abunda, y, por otra, ofrece una notable complejidad técnica difícil de sortear. Sólo escritores de la talla de Larraz y Sardá se han atrevido, antes de Sánchez Asiaín, a adelantarse con acierto en la compleja situación monetaria española de aquellos años.

La monografía que reseñamos examina la *guerra monetaria* desencadenada entre el gobierno de la República y el de Franco duran-

Noticias

te la contienda civil. De un lado, cada una de las administraciones buscó organizar su propia zona financiera y, al mismo tiempo, invalidar las decisiones económicas que se adoptaban en territorio enemigo. En relación con 10 primero, lo más destacado fue la escisión del Banco de España en dos institutos emisores, uno con sede en Madrid y otro con sede en Burgos, cada uno emitiendo sus propios billetes. Y por 10 que se refiere a lo segundo, debe hacerse notar el proceso de bloqueo de cuentas bancarias y de ilegalización de los signos monetarios y creados por uno y otro contendiente desde el mismo 18 de julio.

La monografía está dividida en tres partes, con un total de siete capítulos. Primeramente presenta la situación de la banca española antes de la guerra civil, dando un somero repaso a su estructura y tipo de negocio. En la segunda parte, que contiene 10 principal de la investigación, describe el proceso de ruptura institucional de la organización financiera del Estado y la forma en que las dos administraciones condujeron sus asuntos. La diferencia esencial entre ambas fue que la zona franquista se caracterizó por una mayor disciplina financiera, mientras que en la republicana quebró todo principio de unidad; la autoridad central se descompuso y nacieron *entes* emisores locales, que no sólo desafiaron al gobierno, sino que además introdujeron un caos económico sin parangón. La última parte la dedica Sánchez Asiaín a tratar brevemente el proceso de normalización monetaria una vez terminada la guerra.

Para su trabajo Sánchez Asiaín ha contado con tres fuentes de información magnífica. Primero, ha tenido la paciencia de indagar en la maraña de leyes, decretos y órdenes de todo tipo publicadas durante la guerra; además, las ha ordenado e interpretado con acierto. Segundo, ha tenido el privilegio excepcional de leer con detenimiento las actas de los Consejos de Administración de los principales bancos y cajas de ahorro.

y tercero, ha recogido por vía oral las opiniones, argumentos y recuerdos de banqueros que de una forma u otra intervinieron en los hechos monetarios de la guerra y de la inmediata posguerra. Pero además, Sánchez Asiaín ha empleado con provecho toda la producción historiográfica reciente. Con estos ingredientes el autor ha preparado un libro denso, técnicamente difícil y muy completo, que le hace de lectura imprescindible para entender los avatares de las finanzas españolas entre 1936 y 1939.

Pablo Martín Aceña

BATTAMONDE, ANGEL, Y CAYUELA, JOSÉ: *Hacer las américas. Las élites coloniales españolas en el siglo XIX*, Alianza América, Madrid, 1992, 390 pp.

A la hora de estudiar la importancia del trasvase de capitales coloniales hacia la *metrópoli*, historia y literatura se han entremezclado frecuentemente introduciendo altas dosis de confusión, resultado de la existencia contradictoria de un desconocimiento de los hechos reales junto con evidencias individuales muy significativas, que han fundamentado una interpretación tendente, por lo general, a resaltar y mitificar la actividad altruista desempeñada por el «indiano» una vez retirado en la *metrópoli*.

La línea de investigación emprendida hace años por Angel Bahamonde y José Cayuela, que ya presentaron un primer avance de sus investigaciones en el número 1 de la *Revista Internacional de Sociología* del año 1987, constituye dentro de este ámbito de estudio un importante avance. Y ello por dos motivos esenciales: en primer lugar, su estudio contribuye de manera notable a llenar el vacío historiográfico existente a la hora de conocer el volumen, colocación y frecuencia temporal del trasvase de capitales privados coloniales transferidos a la *metrópoli*, aspecto éste que nos es desconocido para buena parte del siglo XIX. En segundo lugar, la metodología definida por los autores constituye un sugerente ejercicio al favorecer la integración en un mismo discurso de perspectivas de análisis que con frecuencia aparecen en las investigaciones de maneras separadas; me refiero al esfuerzo realizado a la hora de delimitar, resaltar y combinar las motivaciones políticas y económicas que subyacen en las decisiones individuales y, también, de grupo, que a menudo quedan diluidas en los grandes agregados.

Parece existir un amplio consenso entre los historiadores en considerar la influencia ejercida por la Isla de Cuba y la élite en ella constituida, como uno de los factores a tener en consideración a la hora de interpretar la historia española del siglo XIX. Bajo este criterio, investigaciones publicadas en los últimos años han ofrecido un perfil político de la *metrópoli*; el señalado criterio ha facilitado que asimismo conozcamos mejor la base económica de su reproducción asentada en el sistema azucarero con mano de obra esclava. Sin embargo, la delimitación de su poder económico y su integración en el merca-

do mundial, superando las limitaciones de la relación bilateral metrópoli-colonia, son menos conocidas. Ha sido, precisamente, el deseo de indagar en este último aspecto el objetivo central de estudio de Angel Bahamonde y José Cayuela. En la obra se aborda el origen del poder económico de la élite cubana, así como su proyección exterior desde tres perspectivas que se desarrollan a lo largo de los nueve capítulos en que se estructura la exposición: los ciclos de formación de las fortunas y los mecanismos de trasvase de las mismas, la actividad desarrollada por esta élite en España, y, finalmente, las relaciones colonia-metrópoli, y la función desempeñada por Gran Bretaña como metrópoli económica. Tres perspectivas que conforman un conjunto interpretativo homogéneo al constituir la actividad desarrollada por el «comerciante portuario» de origen peninsular el hilo conductor sobre el que descansa el discurso, cuya actitud se asentaba en una aparente contradicción: por un lado, dado su papel hegemónico en el reforzamiento de la relación colonial impuesta por la metrópoli —en un proceso coetáneo a la formación del Estado liberal en España—, y por otro lado, solidificando los argumentos de separación, dada su vinculación cada vez más estrecha con Gran Bretaña y Estados Unidos como mejor garante de la ampliación de sus patrimonios.

Tres son las aportaciones que cabe resaltar del estudio de Angel Bahamonde y José Cayuela, y que a mi juicio abren sugerentes líneas de investigación en el caso de las relaciones colonia-metrópoli. En primer lugar, la importancia que tiene profundizar en el estudio de la promoción de los vínculos personales, que a través de su materialización en redes informales, conformaban el medio más eficaz para resolver los problemas derivados, de un lado, del deseo de hacer cumplir los contratos reduciendo los costos de transacción; de otro, de la necesidad de eliminar las dificultades de acceso al crédito y demás recursos necesarios para financiar la actividad empresarial. La Familia desempeñaba la unidad básica de reproducción biológica, social y económica, constituyendo el enlace matrimonial en excelente mecanismo de vinculación, alianza e intercambio entre las distintas familias, cohesionando intereses y favoreciendo la unicidad de criterios dentro de la élite. En segundo lugar, la relación colonial entre España y Cuba durante el siglo XIX debe plantearse desde perspectivas que tiendan a superar el simple marco bilateral entre metrópoli y colonia. La falta de acoplamiento entre el mercado cubano y español

ocasionaba enfrentamientos que se dejaban sentir en la relación política, así como también en la búsqueda de otros horizontes económicos, encontrados finalmente en Gran Bretaña y Estados Unidos. Por último, hay que señalar el sólido replanteamiento que se presenta en la idea de 1898 como fractura de una relación entre metrópoli y colonia; los autores se inclinan más por la tesis del «continuismo», fundamentándose en la observación de que la guerra de independencia colonial no aceptó de forma esencial la transferencia de hombre y propiedades hacia España. La relación entre la antigua metrópoli y la nueva república continuó en decenios posteriores.

En resumen, la obra de Angel Bahamonde y José Cayuela constituye un estudio serio, riguroso y, asimismo, novedoso por el modo de adentrarnos en el conocimiento de los determinantes formales y funcionales de los grupos de poder.

Andrés Hoyo Aparicio

SÁNCHEZ ALONSO, BLANCA: *La inmigración española en Argentina. Siglos XIX y XX*, Ediciones Júcar, Colombres, 1992, 168 pp.

Por su relevancia social y económica, pocos acontecimientos históricos pueden compararse con las migraciones transatlánticas. En el tema ocupa un lugar prominente España, uno de los países que más población cedió a América, tanto en el siglo XIX como en el XX. Por el lado receptor Argentina fue la segunda nación -después de los Estados Unidos- que mayor número de extranjeros recibió. Entre los que llegaban al Río de la Plata los españoles sólo fueron superados numéricamente por los italianos.

Es el fenómeno de la movilidad humana hispano-argentina el que se propone tratar Blanca Sánchez Alonso en esta obra auspiciada por la Fundación Archivo de Indianos de Asturias. El libro, claro y esquemático, recorre las cuestiones más importantes relacionadas con el tema. Luego de considerar la historiografía existente, describe la economía argentina de la época, sin cuyo desarrollo hubiera sido imposible la absorción de millones de personas, la mayor parte entre 1880 y 1930. Primero la lana, luego los cereales y finalmente la carne congelada serían los bienes exportables que sirvieron de motor de su crecimiento. Sin embargo, al ser una economía muy abierta, sufría de agudos ciclos causados por los cambios en la demanda mun-

dial. Las fuertes oscilaciones eran percibidas de manera casi instantánea por los posibles inmigrantes, cuyo número variaba notablemente de año en año. Esta sensibilidad, asociada con el nivel de salarios reales pagados, es más destacada para los italianos que para los españoles. La inmigración italiana fue además más temprana y con un mayor asentamiento en las zonas rurales que la española.

De España fue Galicia la que aportó la mitad de los emigrantes, por lo que no es sorprendente que en Argentina los españoles sean conocidos como gallegos. En segundo lugar sigue Cataluña y Andalucía, con proporciones menores. En general, el emigrante presentaba un alfabetismo mayor al promedio español y su traslado se apoyaba en redes familiares o de amigos ya instalados en Argentina, que hacían menos riesgosa la acomodación.

El libro de Sánchez Alonso se ocupa de muchos otros temas, entre los que podemos destacar el perfil laboral de los inmigrantes y su estructura familiar. Pensamos que la autora tiene una virtud no común entre los historiadores, que es la capacidad de sintetizar y hacer comprensible en pocas páginas un tópico tan complejo como el aquí tratado, que hasta el momento no ha recibido la atención que merece por parte de investigadores y académicos.

Carlos L. Newland

MALUQUER DE MOTES, JORDI, *Nación e inmigración: los españoles en Cuba (siglos XIX y XX)*, Ed. Júcar, Gijón, 1992, 190 pp.

El libro de Maluquer de Motes, que forma parte de una colección dedicada a estudiar la emigración española contemporánea, se plantea como objetivo compensar la escasa atención de los historiadores hacia uno de los componentes básicos de la población cubana actual: la inmigración española. En un contexto historiográfico como el español en el que predominan los trabajos de historia regional o local, y con respecto a Cuba, los estudios sobre el período colonial y la esclavitud, hay que aplaudir el esfuerzo de síntesis y de análisis que un investigador concienzudo como Jordi Maluquer de Motes ha realizado sobre la historia de Cuba. Ciertamente que el tema de la inmigración es especialmente atractivo para realizar esa historia transnacional al poner en comunicación dos polos del mismo proceso, pero no por ello hay que dejar de resaltar el excelente trabajo de Maluquer en

cuanto a manejo, conocimiento y crítica rigurosa de las fuentes tanto cubanas como españolas.

El libro abarca múltiples aspectos del fenómeno migratorio organizados en dos partes bien diferenciadas: la época colonial y el período republicano. Aun a riesgo de simplificar en exceso el comentario me centraré en varios aspectos puntuales que considero de interés para los investigadores españoles. Uno de los esfuerzos más encomiables del autor estriba en su afán por sacar a la luz datos de participación regional en la corriente migratoria hacia Cuba. Maluquer de Motes distingue tres tipos de inmigración en Cuba con características, cronología y funciones bien definidas: los canarios, con un modelo de expansión de frontera; los catalanes y su diáspora comercial, y los gallegos y asturianos en busca de recursos de apoyo para explotaciones familiares precarias en la península. Como toda tipología, y el autor es consciente de ello, los riesgos de simplificación son evidentes, pero su argumentación, en líneas generales, resulta convincente (más en el caso catalán que, por otra parte, es el más claro y el que mejor conoce el autor), y muy reveladora de las pautas generales de la emigración española contemporánea.

Igualmente hay que reseñar la atención que el autor presta al estudio de las profesiones de los emigrantes. El análisis de Maluquer de Motes no permite ya afirmaciones simplistas del estilo de que la mayoría eran agricultores. Siendo esto cierto, la variedad de profesiones que oculta «el reto» deja pocas dudas de la fuerte especialización de los emigrantes españoles. Con todo, hay que resaltar la elevada presencia de españoles en aquellas profesiones asociadas a la distribución de mercancías: comerciantes y vendedores. El autor atribuye esta concentración profesional al dominio político de la época de la colonia y, ¹⁰ que resulta más convincente, a una solvencia profesional, prestigio y experiencia acumulados. Sin embargo, si analizamos la composición profesional de los españoles inmigrantes en Argentina, resulta curioso constatar la también acusada concentración de los españoles en categorías comerciales. Esta característica común en dos países tan distintos induce a reflexionar sobre esta aparente «habilidad» de nuestros emigrantes. Quizá el dominio de la lengua proporcionaba a los españoles ventajas considerables frente a otros grupos inmigrantes, o quizá, las actividades comerciales permitían obtener los recursos que se pretendían a la hora de emigrar de una manera relativamente fácil y exitosa.

Por último, y en relación con las tasas de alfabetización de los inmigrantes españoles, según las estadísticas cubanas, el porcentaje de españoles que sabían leer y escribir supera todos los años el 60 por 100 y llega a alcanzar con cierta frecuencia más del 85 y aun del 90 por 100. A ningún investigador de la emigración se le escapa la fragilidad de los datos estadísticos cuando se refieren a estas cuestiones y quizá los porcentajes parecen excesivamente elevados, pero señalar que se trata de un despropósito que revela la inutilidad de la fuente parece, asimismo, excesivo. Máxime cuando Maluquer de Motes no ofrece argumentos sólidos en favor de su posición de incredulidad.

Dos son los argumentos que se pueden aportar para una discusión más rigurosa acerca de la alfabetización de los emigrantes españoles. En primer lugar, si tornarnos las tasas de alfabetización de los grupos de población de los que formaban parte mayoritariamente los emigrantes y en las provincias afectadas, la disparidad de cifras no es tanta. Así, en Galicia, según el censo de 1910 y entre los varones del grupo de 16-20 años, la tasa de alfabetización media es del 66 por 100; en Cataluña, del 70 por 100; en Asturias y Santander, del 87 y 94 por 100 respectivamente. Tasa similares, y aun más elevadas, se repiten para el grupo de 21 a 25 años. La comparación pertinente se debería hacer, pues, entre los mismos grupos de edad, y no entre el total de los emigrantes, fuertemente seleccionados por edad y por sexo y el conjunto de la población. En segundo lugar, en el caso argentino y aun cuando los datos son más discutibles pues se refieren no a la población emigrante, sino a la población residente, las tasas de alfabetización de los españoles son, en 1914, del 78 por 100 para los varones, lo que induce a pensar, con todas las cautelas necesarias, que la alfabetización era un factor de primer orden a la hora de plantearse la aventura migratoria. Que estos datos deben someterse a fuerte crítica queda fuera de duda, pero asimismo invitan a una mayor profundización en la relación entre alfabetización y emigración.

Estas reflexiones que surgen al hilo del libro de Maluquer de Motes no hacen sino poner de relieve la cantidad de aspectos sugerentes que se esconden tras una magnífica síntesis. El trabajo de Maluquer se convertirá, sin duda, en obra de obligada consulta para los interesados en el terna.

THOMAS, PETER D. G.: *Revolution in America: Britain and The Colonies, 1763-1776*, University of Wales Press, Cardiff, 1992, 101 pp.

Este libro es el cuarto, y hasta la fecha último, título de la serie *El pasado en perspectiva* que la Universidad de Gales publica sobre historia, no sólo contemporánea, sino también antigua, media y moderna, y no sólo británica, sino también europea y universal. Fundamentalmente dirigida al estudiante universitario, su propósito es ofrecer en pocas páginas y a un módico precio síntesis de temas históricos diversos, a la luz de la más reciente investigación. La concepción es muy parecida a la de las series que publican otras Universidades y editoriales, basadas en la necesidad de abordar los diferentes objetos de estudio de forma más consistente de lo que puede hacerlo un capítulo de un libro de texto, pero con menos extensión y detalle que las monografías académicas especializadas.

Estos análisis concisos y puestos al día de temas fundamentales tienen como objetivo declarado el estimular el pensamiento crítico y permitir que el lector extraiga sus propias conclusiones con respecto a interpretaciones divergentes. Para que ello sea posible, cada volumen dispone de una selección de documentos extraídos de fuentes originales (archivos, prensa, diario de sesiones parlamentarias, panfletos, proclamas...), a los que se remite en el texto; asimismo, contiene un capítulo historiográfico en el que se cuenta la historia de la historia, esto es, se describe el desarrollo de la investigación, la superación, modificación y revisión de interpretaciones, los distintos enfoques que aún prevalecen, los debates y controversias entre los historiadores. Incluye además una selección bibliográfica, comentada, de obras tanto generales como relativas a aspectos concretos, insistiendo en las diferentes líneas interpretativas existentes. Y, por supuesto, el siempre útil índice onomástico.

El autor de cada librito es un especialista, un profesor universitario con larga experiencia en la investigación y enseñanza del asunto de que se trate. En el presente caso, Peter D. G. Thomas tiene tras de sí, en efecto, veinticinco años de dedicación a la Revolución americana. Sus estudios sobre esta cuestión son muchos, pero su obra fundamental es sin duda su recientemente completada trilogía sobre la Revolución o, más exactamente, sobre la política colonial británica

hacia América entre 1763 y 1776. El libro que aquí comentamos no es sino un apretadísimo resumen de sus investigaciones y de ahí que el período abarcado sea el mismo que en los tres tomos de su voluminosa obra. Más que de la Revolución, el libro trata del camino hacia la Revolución; acaba en el momento de la ruptura y no comprende por consiguiente el desarrollo de la guerra; no llega a Saratoga, sino sólo hasta Lexington.

También el punto de vista o el enfoque es el mismo, esto es, total y absolutamente británico. Thomas no se sitúa en la óptica de las colonias, sino de la metrópoli. No habla de la organización política, la composición social, los intereses económicos o el universo cultural de las colonias americanas. Lo que analiza es la política británica, las distintas actuaciones y reacciones ministeriales con respecto a esa parte del Imperio, los debates y decisiones del Parlamento de Westminster y, en fin, la actitud de la clase política inglesa hacia América hasta el estallido de la guerra. He aquí la primera nota distintiva con respecto a conocidos estudios recientes publicados en Norteamérica, que, en contraposición, se sitúan en la perspectiva del otro lado del Atlántico, hasta el punto de que alguno de ellos prácticamente ignora a Gran Bretaña. Parece claro que no estaría de más reemprender el diálogo entre los enfoques «nacionales» británico y americano, que hace años (1976) dio como fruto un interesante volumen de ensayos a cargo de Ian R. Christie y Benjamin W. Labaree, cuyo expresivo título habla por sí solo: *Empire or Independence, 1760-1776: A British-American Dialogue on the Coming of the American Revolution*.

Thomas considera aún necesario el famoso mito, proclamado como un dogma de fe por la vieja «interpretación Whing de la historia», del poder tiránico de Jorge III y sus ministros. Esta idea de la Revolución como una lucha contra la tiranía, aunque se remonta al siglo XIX, ha demostrado ser extraordinariamente perdurable. De ahí la insistencia del autor en que la lucha en América no se produjo contra el rey o los ministros, sino contra la pretensión soberana y el poder legislativo supremo del Parlamento, un Parlamento cuyos miembros compartían mayoritariamente un mismo criterio sobre política colonial y que contaban además con el apoyo de la opinión británica, que veía lógico que los colonos contribuyesen con impuestos a los gastos de su propia defensa y administración. Las medidas emprendidas por Gran Bretaña desde 1763 no fueron sino un intento de hacer real y efectivo el principio de soberanía de la metrópoli, que hasta entonces había sido en gran medida nominal.

Aunque enmarcado en el contexto más amplio de los problemas del Imperio británico tras la Guerra de los Siete Años, el análisis de Thomas es en cualquier caso exclusivamente político. Lo que le interesa es la relación constitucional entre la metrópoli y las colonias porque, para él, la causa fundamental de la Revolución no es otra que la contraposición y enfrentamiento de concepciones, a uno y otro lado del Atlántico, sobre la estructura y la función del Imperio. Otras causas, muy discutidas por los historiadores, como la supuesta opresión económica, religiosa o militar, no son - Thomas coincide en ello con la opinión más comúnmente admitida- sino mitos o, en todo caso, motivaciones menores. El autor no duda de lo inevitable del conflicto entre dos nociones divergentes de lo que debía ser el Imperio. Gran Bretaña actuó dentro de la legitimidad constitucional, pero las colonias rechazaron esa actuación porque habían alcanzado un alto grado de madurez política. Esta interpretación -eminentemente política y *simpática* o comprensiva hacia la actitud británica- se sitúa en la misma línea de aquella vieja corriente historiográfica denominada *imperial*, que se desarrolló fundamentalmente a lo largo de la primera mitad de este siglo.

Simultáneamente a la escuela *imperial* se desarrolló también la escuela *progresista*, cuyos planteamientos son, en cambio, ajenos por completo a la obra de Thomas. La llamada interpretación *progresista* pone el acento en las características socioeconómicas de las colonias considerando que, en analogía con posteriores revoluciones en Europa, la verdadera fuerza motriz de la Revolución americana no fue la rebelión contra Gran Bretaña, sino la lucha por el poder entre distintas clases sociales dentro de la propia América. O sea, que la cuestión del *home rule* importaba menos que la cuestión de *who should rule at home*.

El muy debatido tema del papel que el conflicto de clases en América desempeña en el desafío colonial al gobierno inglés está totalmente ausente de la obra de Thomas, que nada dice de la estructura social colonial. No obstante, en su breve comentario historiográfico, se distancia de la interpretación *progresista* al apuntar que los cada vez más numerosos y exhaustivos estudios sobre colonias concretas han demostrado que el rasgo distintivo de la política americana durante el período revolucionario no fue una lucha entre diferentes clases, sino una lucha entre fracciones dentro de las estructuras locales de poder, con un resultado casi invariablemente favorable a los sec-

tores que desafiaron más firme y decididamente la política británica.

En cuanto al debate sobre si los colonos trataban de conseguir libertades o mantener las que ya tenían, aunque no es «el tema» del libro de Thomas, de sus páginas se desprende que asume la tesis del carácter esencialmente conservador de la Revolución: los colonos defendían un *statu quo* liberal-democrático ya existente y que veían amenazado por la voluntad británica de ejercer un control más estrecho. Algunos autores, sin embargo, han subrayado el papel del movimiento popular, asegurando que los nuevos dirigentes de la nación tuvieron que acomodarse a las demandas populares. En este sentido, la Revolución norteamericana no habría sido la primera revolución moderna, sino también la primera revolución *popular* victoriosa de los tiempos modernos.

Susana Sueiro Seoane

MAILAMUD, CABLOS: *América Latina, siglo XX. La búsqueda de la democracia*, Editorial Síntesis, Madrid, 1992, 170 pp.

En palabras del propio autor, el presente libro no pretende convertirse en un detallado repaso de la historia latinoamericana del último siglo, ni siquiera una crónica más o menos ordenada de los principales sucesos ocurridos en la misma centuria. Sus objetivos se limitan a dar una serie de claves que permitan al lector español enfrentarse con unos hechos que numerosas veces aparecen como incomprensibles y que están directamente vinculados con el pasado latinoamericano más inmediato. Ello supone la discusión de las líneas maestras del desarrollo económico, político y social del siglo XX, poniendo el énfasis en los elementos más claramente explicativos, por encima de otros datos que si bien pueden ser relevantes no aportan demasiado en función del objetivo propuesto.

El autor se enfrenta al reto de explicar al lector español por qué un país como Argentina, con enormes recursos económicos, que antes de 1930 se ubicaba entre los más ricos del mundo, actualmente se encuentra en una situación económica dramática. Para responder a esta pregunta, extendible al resto de los países de la región, se realiza un repaso a la dinámica del sector externo desde finales del siglo XIX hasta el presente, poniendo énfasis en el período de la crisis de 1930, por ser el momento -según el autor- en que como con-

secuencia de la situación internacional, las economías latinoamericanas se replegaran sobre sí mismas y optaran por la vía de la industrialización mediante la sustitución de importaciones.

Posteriormente se estudia la evolución política y social de los países latinoamericanos, subrayándose cómo se evolucionó del sistema bipartidista decimonónico (liberales, conservadores) a otro más complejo. Una de las características del presente volumen es haber tomado consciencia del proceso latinoamericano en el contexto internacional para así superar las visiones nacionalistas o localistas a las que estábamos acostumbrados. Hasta la fecha era tradicional cuando se describía el sistema político latinoamericano imperante en el siglo XIX, poner el acento en lo restringido del mismo, en el fraude y en el caciquismo, en la existencia del voto censitario, en la imposibilidad de que los analfabetos y las mujeres pudieran ejercer sus derechos cívicos. Carlos Malamud pone de manifiesto que si bien todo ello es estrictamente cierto, se suele olvidar que en la mayor parte de Europa existían sistemas semejantes en la misma época y que en buena parte de los países americanos la introducción del voto universal fue bastante temprana en comparación con lo que ocurrió en otras regiones del mundo.

El volumen se cierra con un interesante capítulo en el que se analiza de forma sintética la actual situación de las distintas regiones latinoamericanas, aprovechándose para realizar una valoración de las posibilidades a corto plazo de la transición hacia la democracia.

Se trata, pues, de un libro de síntesis de historia que tiene la virtud de incluir una infinidad de interrogantes que hacen que el lector universitario al que va encaminado se sienta impulsado a ampliar sus lecturas para lograr una mejor comprensión de los procesos de cambio de América Latina, así como de sus formas de conjunción en la evolución internacional.

Pedro Pérez Herrera

Ideas Políticas. Revista de análisis y debate, Cambio XXI A. C., año I, núm. 1, México D. F., mayo-junio 1992, 267 pp.

El artículo 74 de los estatutos del Partido Revolucionario Institucional de México (PRI) proporcionó las bases para que el 28 de febrero de 1991 se constituyera *Cambio XXI. Fundación Mexicana*, con

la misión de actuar activamente en la reestructuración ideológica de dicho partido. Esta Asociación Civil debe contribuir a la creación de una nueva cultura democrática con la participación de intelectuales, profesionales y políticos procedentes de las distintas fuerzas políticas mexicanas. En esencia, cubre el espacio que la Fundación Pablo Iglesias ocupa en España con respecto al PSOE, o la Friedrich Ebert en Alemania con respecto a la socialdemocracia.

Ideas PoLíticas ha sido creada como un elemento de divulgación de las ideas discutidas en el seno de Cambio XXI. Se trata de una revista bimestral de análisis y debates políticos que se guía, según el acta de su fundación, por criterios de pluralidad y libertad de pensamiento, con la novedad de incluir en sus páginas, además de la documentación priista, las investigaciones académicas y las discusiones generadas en Cambio XXI, así como importantes estudios comparativos.

Su primer número se divide en varias secciones. En la primera, titulada «Política comparada», se publican artículos como los de Antonio Molina Meliá, «El nuevo Estatuto de la Iglesia en la España democrática»; el de José Francisco Ruiz Massieu, «Italia: una democracia atípica», y el de Francisco J. de Andrea, «Etimología y origen de los partidos políticos». También aparecen documentos como «El Colegio electoral de los Estados Unidos», el «Voto popular y electoral para presidente de los Estados Unidos de los principales partidos» y el «Fallo de la Suprema Corte de Justicia de los Estados Unidos sobre el caso "Alvarez Machaín vs. United States"».

La segunda sección, titulada «Conversaciones políticas», incluye la conversación mantenida entre José Luis Stein, secretario general de Cambio XXI, y Jaime Sánchez Susarrey, politólogo de reconocido prestigio en México, donde se plantea la situación del proceso democratizador y el papel del Estado.

La tercera sección, que recibe el nombre de «El debate de las ideas», está compuesta por diferentes discursos: el de Genaro Borrego Estrada como presidente del Comité Ejecutivo Nacional del PRI; el de Luis H. Alvarez, presidente del Comité Ejecutivo Nacional del Partido Acción Nacional (PAN), y el de Cuauhtémoc Cárdenas, presidente del Comité Ejecutivo Nacional del Partido de la Revolución Democrática (PRD).

La siguiente, titulada «Estadística Política», recoge las elecciones de 1991. Por su parte, la de «Noticias» y «Bibliografía» reúnen la in-

formación de los actos, acuerdos y publicaciones políticos generados en los últimos dos meses en México.

Tenemos ante nosotros, pues, un material que facilitará a los estudiosos de la dinámica política mexicana los puntos de vista oficiales del partido en el gobierno, sus debates y preocupaciones internos, así como las formas de justificar sus ideas.

Pedro Pérez flerrero

ALCÁNTARA, MANUEL, Y MARTÍNEZ, ANTONIA (comps.): *México frente al umbral del siglo XXI. Reformas económicas y democratización política*, Centro de Investigaciones Sociológicas, Madrid, 1992, 301 pp.

El presente libro reúne las ponencias que se presentaron en el Seminario Internacional *México frente al umbral del siglo XXI. Reformas económicas y democratización política*, que tuvo lugar del 10 al 13 de diciembre de 1991 en la Facultad de Ciencias Políticas y Sociología de la Universidad Complutense de Madrid. El seminario, al que asistieron destacados investigadores españoles y mexicanos, tuvo por objeto reflexionar sobre la actualidad mexicana al mismo tiempo que ampliar el conocimiento de la situación latinoamericana entre el público español.

Manuel Alcántara subraya en la introducción al volumen que durante décadas México, por su estabilidad política, había aparecido como un caso paradigmático en el contexto latinoamericano. Sin embargo, cuando la crisis de la deuda se hizo presente en México, se comprobó con amargura que la reestructuración económica que había golpeado a otros países del continente en la década de los sesenta como un freno al crecimiento llegaba con todos sus bríos al poderoso país ubicado al sur de los Estados Unidos y al norte de América Latina. La crisis económica desembocó en crisis fiscal y ésta aceleró el proceso de desmoronamiento de las estructuras políticas. De esta forma comenzó a hacerse patente la necesidad de la reforma del Estado y, por tanto, de la democratización de los mecanismos internos de legitimación y representación.

Todo ello es objeto de análisis en los diversos artículos que se recogen en el libro y que en su día fueron fruto de interesantes discusiones. Los trabajos de la primera parte (Manuel Alcántara y Loren-

zo Meyer) proporcionan las claves para entender las bases del sistema americano. En la segunda se recogen diversos análisis sobre las reformas económicas, su contenido, implicaciones y límites (Jorge Alcocer, Carlos Elizondo, Jesús Silva-Herzog, Ludolfo Paramio, Blanca Heredia, Mónica Serrano). La tercera parte tiene como tema central la democracia (Luis Javier Garrido, José Woldenberg, Fernando Escalante, Santiago Míguez González, Mauricio Merino). La última sección, a modo de conclusión, reúne los trabajos de Ismael Crespo, Antonia Martínez y Lorenzo Meyer, en los que se reflexiona acerca de la transición mexicana. Como material de referencia se incluye en un apéndice los indicadores políticos y económicos más importantes de la última década.

El libro profundiza, así, sobre los procesos políticos de transición o consolidación democrática. Se trata de una obra que ocupa un lugar importante en la literatura de las Ciencias Sociales sobre América Latina por múltiples razones. Por un lado, rompe con la tendencia general de las publicaciones españolas sobre América Latina aparecidas con motivo de la celebración del 92, centradas básicamente en la descripción de los procesos del descubrimiento y conquista del continente. Por otro lado, supone una orientación integral en la que se ofrece tanto una dinámica histórica como un estudio del contexto social, económico y político. Quizás el libro hubiera quedado redondeado si se hubiera ampliado la perspectiva y dinámicas internacionales, ya que en algunos casos se manejan algunas hipótesis interpretativas que pecan de un excesivo nacionalismo.

Pedro Pérez Herrero

CASAUS ARZÚ, MARTA: *Guatemala: linaje y racismo*, Facultad Latinoamericana en Ciencias Sociales, San José de Costa Rica, 1992, 356 pp.

El presente libro es -como menciona su autora en las primeras líneas- un estudio sobre un aspecto desconocido de la realidad guatemalteca. Estudia, por un lado, la génesis y estructura familiar de la clase dominante guatemalteca y, por otro, sus prácticas y actitudes frente a la población indígena. Los objetivos señalados se satisfacen con el estudio histórico (primera parte) de las redes familiares de los grupos de poder más importantes y con el análisis por medio

de una encuesta directa (segunda parte) de los sentimientos racistas discriminatorios que el grupo oligárquico presenta en la actualidad. Marta Casaus demuestra con estos materiales que la familia como aparato ideológico ha asegurado la reproducción de las relaciones sociales de producción (sólo sobreviven aquellas redes que son prolíficas); ha mantenido la ideología dominante, en especial el racismo en tanto que factor de autoafirmación y de cohesión entre sus miembros; y ha ayudado a consolidar el poder económico y político (alianzas matrimoniales).

Como sintetiza con precisión Carlos M. Vilas en el prólogo, el libro de Marta Casaus constituye un importante aporte en relación al conocimiento de la formación histórica de los grupos de poder en el mundo subdesarrollado, así como de su orientación político-ideológica. La obra describe de forma minuciosa los mecanismos (redes de parentesco, vinculación con el poder político tanto en época colonial como poscolonial) que la élite utilizó para preservar y ampliar su poder a lo largo de la historia, al mismo tiempo que enumera las diferentes bases económicas sobre las que se asentó en los distintos momentos.

A lo largo de las páginas se pone de relieve la extraordinaria flexibilidad social de los grupos dominantes guatemaltecos y se subraya en particular la relevancia que adquirió la incorporación de nuevos miembros en los momentos de crisis. De capital importancia es el haber demostrado que los momentos históricos tenidos tradicionalmente como épocas de ruptura (los movimientos de independencia, la reforma liberal decimonónica, la inmigración europea ligada a la agricultura cafetalera), lejos de suponer una barrera a la preservación de los intereses de la élite, acabaron convirtiéndose en factores de dinamización al impulsarse complejas estructuras de cambio. En particular, se comprueba que los grupos de notables conservaron su identidad y sus bases de poder al mismo tiempo que incorporaron selectivamente a nuevos elementos en sus filas, hecho que les permitió mantener su predominio por encima de las tensiones de la política guatemalteca y de las rupturas institucionales.

En esencia, el libro posee un valor múltiple. El historiador y el especialista en prosopografía pueden reconstruir la evolución y dinámica de los grupos de poder; y el sociólogo interesado en el entendimiento de la ideología de las élites dirigentes actuales encuentra un detallado análisis de las concepciones racistas utilizadas por la oli-

garquía como mecanismos de dominación y de autojustificación.

Se trata, en suma, de una obra importante en la que se plantean inteligentes hipótesis de investigación y en la que se llegan a documentadas conclusiones. Es uno de esos libros que, por la potencia explicativa de los argumentos manejados, será sistemáticamente utilizado en los años venideros por los distintos especialistas de cada una de las regiones de América Latina a fin de calibrar la posibilidad de aplicar sus planteamientos interpretativos. En definitiva, es un libro que deben conocer no sólo los estudiosos de Guatemala, sino también todos aquellos que se dediquen a la comprensión tanto histórica como sociológica y política de la realidad latinoamericana por brindar un atrayente marco conceptual de análisis.

Pedro Pérez Herrero

Argentina. Evolución macroeconómica, financiación externa y cambio político en la década de los 80, Situación Latinoamericana, Serie Estudios, CEDEAL, Madrid, 1992, 222 pp.; *Chile. Evolución macroeconómica, financiación externa y cambio político en la década de los 80*, Situación Latinoamericana, Serie Estudios, CEDEAL, Madrid, 1992, 191 pp., *Y México. Evolución macroeconómica, financiación externa y cambio político en la década de los 80*, Situación Latinoamericana, Serie Estudios, CEDEAL, Madrid, 1992, 149 pp.

Estos tres volúmenes editados por la Fundación CEDEAL (Centro Español de Estudios de América Latina) inician la *Serie Estudios* de la colección *Situación Latinoamericana*, creada en 1990 con el objetivo de contribuir al análisis y a la reflexión sobre la realidad de América Latina, así como para facilitar la búsqueda de respuestas y soluciones a los problemas que tienen planteados los países de la región, todo ello desde la perspectiva de concurrir al establecimiento de las condiciones favorecedoras de los procesos de desarrollo económico, de una más equitativa distribución del ingreso y de la consolidación de la democracia. La *Serie Estudios* comienza con una antología sobre *La década de los ochenta* en donde se reproducen importantes trabajos sobre la evolución de la economía, de las relaciones financieras externas y del sistema político de diversos países del continente a lo largo de la década de los años ochenta. Hasta el momen-

to sólo han aparecido los volúmenes de Argentina, Chile y México, pero en un futuro próximo se podrán consultar también los referentes a Brasil, Colombia y Perú.

Hay que subrayar que la *Serie Estudios* tiene programado ir ampliando la colección con sucesivas monografías. En breve aparecerá un volumen que reunirá distintas investigaciones (desde una perspectiva intermedia entre el análisis de los casos nacionales y la gran generalización) sobre el papel del Estado en América Latina (se han seleccionado los casos de Argentina, Brasil, Colombia, Chile, México y Perú). Con posterioridad se publicarán distintas monografías sobre la *Estructura Económica* actual de los países, en las que se analizarán las características y los procesos de cambio estructural en los sectores primario, industrial y financiero, así como los del sector público, mercado de trabajo y sector exterior. Finalmente, saldrán a la luz otras monografías sobre los diferentes esquemas de integración regional (Mercosur, Pacto Andino, Mercado Común Centroamericano y Tratado de Libre Comercio de México en Estados Unidos y Canadá) desde el punto de vista de las dificultades que plantea la diferente evolución macroeconómica de los países implicados y la coordinación de las políticas económicas, así como de las disparidades observadas en la evolución de los factores estructurales que inciden en la competitividad de los respectivos sistemas productivos.

Todas estas publicaciones facilitan el acercamiento de la realidad latinoamericana al público español a través de la exacta comprensión de sus dinámicas internas, hecho que debemos agradecer, ya que existía un hueco inmenso sobre esta temática en nuestro mercado editorial. El haber sido realizado por un equipo de redacción compuesto por reconocidos especialistas internacionales hace de esta colección una obra de suma calidad académica. Paralelamente, las propias características de la colección hacen que sea manejable tanto por el especialista en estos temas como por aquel profesional (periodista, diplomático, político) o empresario que esté buscando información sobre las dinámicas a corto y medio plazo de los distintos países de América Latina. En suma, se trata de una referencia obligada y de un material insustituible que todo aquel que trabaje sobre, para, con o por América Latina debe tener.

Pedro Pérez Herrero

BETHELL, LESLIE (ed.): *Historia de América Latina*. 9. *México, América Central y el Caribe*, c. 1870-1930, Barcelona, Cambridge University Press-Crítica, 1992, 348 pp., e *Historia de América Latina*. 10. *América del Sur*, c. 1870-1980, Barcelona, Cambridge University Press-Crítica, 1992, 541 pp.

Continuando con la publicación en castellano de la *Historia de América* de la Universidad de Cambridge, dirigida por Leslie Bethell, en este año 1992 han aparecido sus volúmenes 9 y 10, que completan el período 1870-1930, ya tratado en lo referente a las cuestiones socioeconómicas y socioculturales en los volúmenes 7 y 8.

Estos dos que ahora nos ocupan se orientan preferentemente a las cuestiones políticas del período 1870-1930, caracterizado por la extensión del dominio oligárquico y por la madurez del orden neocolonial, tal y como ya han señalado autores como T. Halperin o M. Carmagnani.

Los dos volúmenes se organizan internamente con criterios geográficos, dedicando partes distintas a los diversos países americanos.

Así, el volumen 9 en su primera parte recoge tres capítulos perfectamente diferenciados sobre México: «México: la restauración de la República y el Porfiriato», por Friedrich Katz (Universidad de Chicago), experto en la cuestión agraria del período; «La Revolución Mexicana, 1910-1920», por John Womack, Jr. (Universidad de Harvard), autor de una de las obras más sólidas sobre el zapatismo y la Revolución Mexicana, y «México: revolución y reconstrucción en los años veinte», por Jean Meyer (Centro de Estudios Mexicanos y Centro Americano de la Embajada de Francia en México), conocido suficientemente por todos merced a sus obras sobre la Revolución, el sinarquismo o la Cristiada. La segunda parte dedica cada uno de sus cuatro capítulos a América Central, por Ciro F. S. Cardoso, profesor de la Universidad Federal Fluminense (Brasil); Cuba, por Luis E. Aguilar (Universidad de Georgetown); Puerto Rico, por Angel G. Quintero Rivera (Universidad de Puerto Rico); la República Dominicana, por H. Hoetink (Universidad de Utrech), y Haití, por David Nicholls (Oxford).

En el décimo volumen se mantiene el mismo esquema. La primera parte está dedicada a las Repúblicas del Río de la Plata, con cuatro capítulos referentes a Argentina elaborados por Roberto Cortés

Conde (Instituto Torcuato de Tella, Buenos Aires), Ezequiel Gallo (Instituto Torcuato de Tella, Buenos Aires) y David Rock (Universidad de California en Santa Bárbara); uno a Uruguay, por Juan A. Oddone (Universidad de la República, Montevideo), y otro a Paraguay, por Paul H. Lewis (Universidad de Tulane, Nueva Orleans). La segunda parte se orienta hacia las Repúblicas Andinas: a Chile, de la mano de Harol Blackemore; Bolivia, de Herbert S. Klein (Universidad de Columbia, Nueva York); Perú, de Peter F. Klarén (Universidad George Washington, Washington D. C.), y Colombia, Venezuela y Ecuador, de Malcom Deas (St. Antony's College, Oxford). La tercera y última parte ofrece un amplio panorama de Brasil, gracias a Warren Dean (Universidad de Nueva York), Emilia Viotti (Universidad de Yale) y Boris Fausto (Universidad de São Paulo).

Tal y como hemos señalado para los autores ocupados de los capítulos referidos a México, todos los participantes en estos volúmenes son destacados especialistas en las áreas y períodos que tratan. Esto da a la obra un valor indiscutible, puesto que estos breves artículos constituyen la más actualizada y solvente síntesis sobre la evolución política de los países latinoamericanos en este extenso período. La disparidad de criterios a la hora de abordar los distintos capítulos puede suscitar controversias, como la que nos plantea ante el artículo dedicado a la Revolución mexicana, organizado internamente con un estricto criterio cronológico, entre octubre de 1910 y diciembre de 1920.

Asumiendo las dificultades propias de toda obra colectiva, estos volúmenes se convierten, sin duda, en el manual de cabecera y en la obra de síntesis más destacada sobre el período en lengua castellana.

Nuria Tabanera Carda

ALIANZA
EDITORIAL

H
I
S
T
O
R
I
A

Comercializa:
Grupo Distribuidor Editorial
Tel. 361 0809

Miguel Artola

PARTIDOS y
PROGRAMAS
POLITICOS

- I. LOS PARTIDOS
POLITICOS.
- II. MANIFIESTOS y
PROGRAMAS
POLITICOS.

Libros Singulares



Miguel Artola

(dirección)

ENCICLOPEDIA DE
HISTORIA DE
ESPAÑA

- I. ECONOMIA y
SOCIEDAD.
- II. INSTITUCIONES
POLITICAS, IMPERIO.
- III. IGLESIA,
PENSAMIENTO,
CULTURA.
- IV. DICCIONARIO
BIOGRAFICO
- V. DICCIONARIO
TEMATICO

Alianza Diccionarios

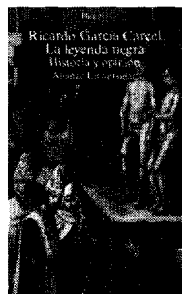
**Richard
Gillespie**

HISTORIA DEL
PARTIDO
SOCIALISTA
OBRERO ESPAÑOL
Alianza Universidad

Martin Kitchen

EL PERIODO DE
ENTREGUERRAS
EN EUROPA

Alianza Universidad



**Ricardo García
Carce)**

LA LEYENDA
NEGRA.
HISTORIA y OPINION
Alianza Universidad

**Manuel Luccna
Salmral**

SIMON BOLIVAR
El libro de Bolsillo



*Ya es sabido el interés de
ESPASA CALPE
en poner de manifiesto
los hechos que suceden y que día a día
hacen la HISTORIA, nuestra historia...*

*ESPASA CALPE, no solo como testigo
vivo desde 1926
sino como protagonista directo
en la historiografía de nuestro País,
quiere sumarse a la
ASOCIACIÓN DE HISTORIA
CONTEMPORÁNEA,
en su labor de difusión
del acontecer histórico.*

